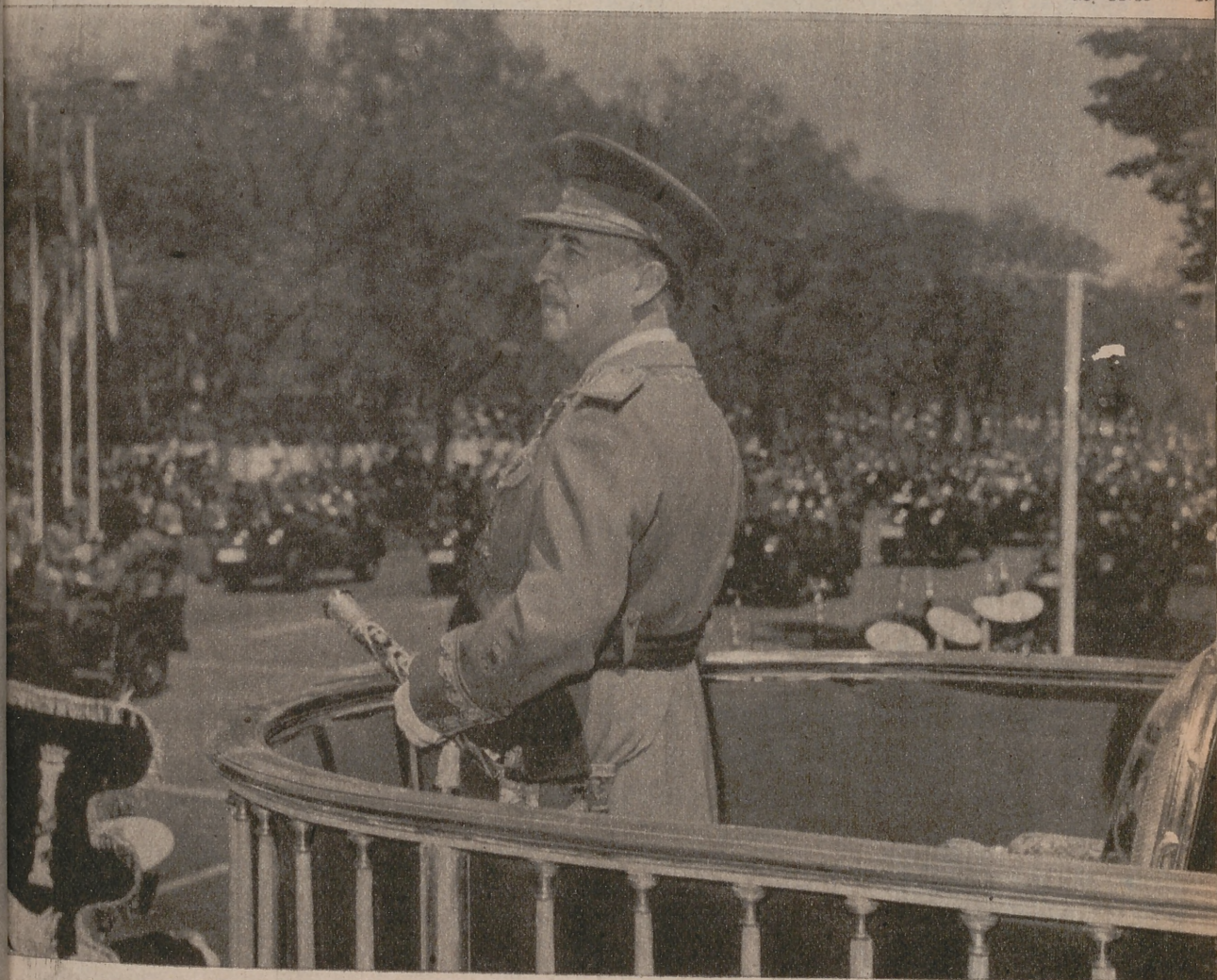


EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 10 - 16 mayo 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II época - Núm. 545 Depósito legal M. 58.69 - 19



UN EJERCITO AL DIA

Con los nuevos
armamentos, la moral,
la disciplina y el espíritu
de siempre

Importancia de la División
Pentómica en la moderna
organización militar
española



PRIMAVERA

Todas las representaciones simbólicas de la Primavera coinciden en esa apariencia juvenil, saludable y alegre que, los pintores, especialmente, se complacen en reiterar. Y debe ser así, porque Primavera es salud. De ahí que se imponga en esta época asegurarla y fortalecerla con la higiénica acción de la "Sal de Fruta" ENO, esa deliciosa bebida tan eficaz para el cuerpo como para el espíritu porque corrige y, a la vez, estimula y despeja.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

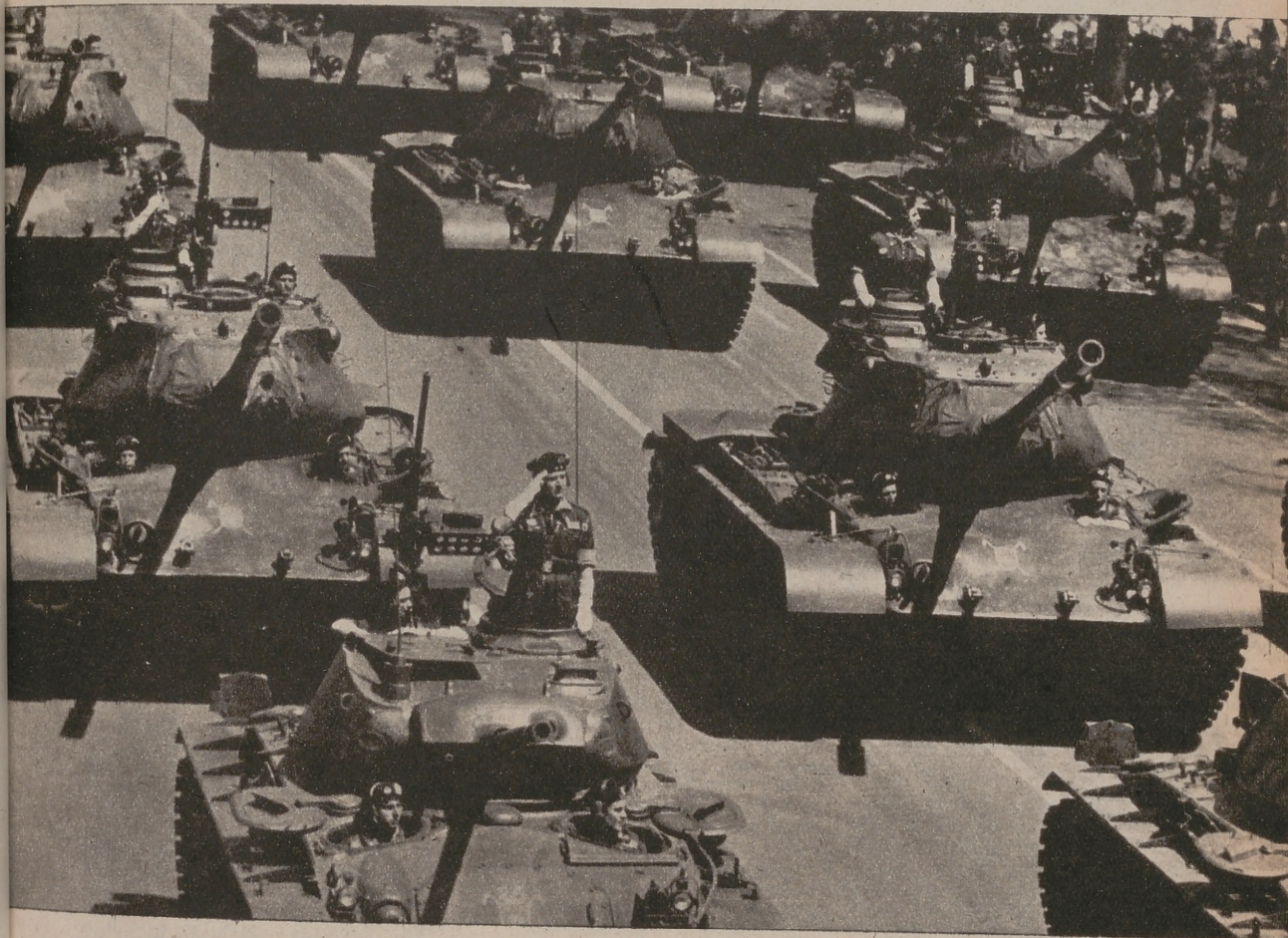
REGIST.

REFRESCA DEPURA Y ENTONA



Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

UN EJERCITO AL DIA



CON LOS NUEVOS ARMAMENTOS, LA MORAL, LA DISCIPLINA Y EL ESPIRITU DE SIEMPRE

Importancia de la División Pentómica en la moderna organización militar española

VEINTE años después he aquí, otra vez y siempre, el Desfile de la Victoria. La Gran Parada del Ejército de España. Soldados españoles, que pasan y saludan en su marcha al gran artífice de la Victoria, del nuevo Ejército y de la nueva España ¡al General Franco! Hace ahora veintitrés años, cuando nos encontrábamos precisamente en el umbral del Movimiento, en la víspera misma de aquel glorioso 18 de Julio de 1936, la verdad es que España yacía, postrada, sin Ejército. La Revolución previamente le había «triturado», Azaña fue el hombre al que se encomendó esta infame tarea. Tarea que se cumplió para obedecer a Rusia, que lo ordenaba apremiante, mientras que se fraguaba ya el Ejército rojo a través de las milicias y organizaciones marxistas juveniles. La fórmula del caso era justamente la de siempre: «Disolver el Ejército y crear, en cambio, la fuerza militar de la Revolución».

Franco, que inició la guerra sin Ejército —he aquí el gran milagro!— terminó venciendo con uno que él creara poderoso; más de «cincuenta Divisiones» dotadas de abundante material. ¡Veinte años de paz; veinte años de reconstrucción y resurgir nacionales no han sido ajenos a la labor castrense! Que «el que quiera la paz» —según el adagio romano— «debe prepararse para la guerra». ¡Y aquí está el Ejército de la paz! Son los de siempre: jinetes que si han sustituido el caballo de sangre por el motor, reviven en todo momento el espíritu tradicional, ágil y ofensivo, de la caballería española de todos los tiempos; artilleros, como aquellos que ahora hace ciento cincuenta y un años daban ejemplo de gloria, valor y altivez, con Velarde y Daoiz, en el Madrid del Dos de Mayo; infantes herederos de las gestas de Pavía, de San Quintín, de Mühlberg; los mismos, se diría, que mandaron

Farnesio, Alba, González de Córdoba, Saboya... porque también a estos de hoy los manda todo un Gran Capitán: Franco. Marineros de la siempre gloriosa Escuadra nacional. Aviadores que aprendieron de García Morato, arrojados como él; esforzados, valientes. El Ejército de España un día el «Gran libro del soldado español». He aquí una tarea que tenemos los españoles pendientes. ¡Soldados de España! ¡Los mejores del mundo, los llamó Recitús! Wellington, el ilustre general inglés de la guerra de la Independencia, dijera de ellos un día que con un puñado de soldados nuestros había podido llegar hasta Toulouse; ¿pero hasta dónde habría llegado —se preguntaba— si hubiera dispuesto de más? Napoleón llevó a Rusia, junto a sus más aguerridas Divisiones, algunas tropas nutridas por españoles. Alguno de los generales de Bonaparte pretendió censurar a éstos por su aparente



Fuerzas de la División Experimental, armadas con el modernísimo fusil español «Cetme»

desorden, pero el Emperador le atajó: «Si hubiera tenido cinco o seis Divisiones de españoles —dijo— hubiera conquistado incluso Moscú.» Y, en fin, Hitler, que conocía de cerca la idiosincrasia de nuestros valientes soldados de la División Azul, en nuestra réplica al comunismo ruso, censuraba, en nuestros hombres, es verdad, su práctica castrense poco rígida, pero admiraba y elogiaba, como a nadie, el arrojo, el valor y el espíritu de sacrificio de nuestros soldados. «Donde hay un español, jamás se retrócede un paso», dijo alguna vez.

He aquí, pues, a los soldados de España, los soldados del nuevo Ejército. Con sus nuevos equipos, sus nuevas armas, fieles ya a la nueva técnica también, pero siempre los mismos; los soldados de una historia magnífica de veintitantos siglos. Los soldados de las guerras de Roma, los de la Cruzada de la Reconquista, los de Flandes o Italia, los del Centro de Europa o de América, los de las campañas ultramarinas también, los de África, los de la guerra de Liberación, los de Kranis Borg. Tales son nuestros soldados de ayer. Iguales, insistimos, a los de hoy. Seguramente idénticos también a los de mañana. He aquí nuestra gran virtud racial; estos soldados. Nuestra «arma secreta» y aun diríamos mejor, pensando en la gran lección de hace ahora veinte años, nuestra gran «arma decisiva». ¡Los soldados de España...!

UNA DIVISION EXPERIMENTAL

Decía Ardant du Picq, el gran tratadista militar del último tercio del pasado siglo, que la «fuerza moral» de un Ejército está re-

presentada por su «disciplina» y que su «fuerza material», por su «capacidad de destrucción». Por tanto, en efecto, los Ejércitos son a la vez, moral, disciplina, espíritu y también capacidad de destrucción, material y armamento poderoso. Del «espíritu» de nuestros soldados, sígo hemos dicho, ¡aunque hay tanto siempre que decir! De la «potencia material» podemos y aun debemos de decir algo ahora a continuación.

El Ejército de la Victoria, el de hace veinte años, fue como si dijéramos el «Ejército precedente», el punto de partida del actual. «Otros tiempos, otras costumbres», según la expresión sabida. Masas de infantería a pie; masas de caballería, a caballo, con lanceros vistosos incluso; artillería de campaña, con piezas ligeras; los primeros «carros» ligeros nuestros; los «Junker» en el cielo... La remoción del material vino, sin que importaran las dificultades, constante y decidida. Se llevó hasta el final la motorización. Desaparecieron casi la caballería a caballo, surgieron los «jeeps», aumentó el poder de la artillería; aparecieron los primeros aviones-escuela de reacción, aumentó, desde luego, el peso de los tanques...

La gran obra de la modernización militar española estaba en marcha. Más que para nadie para los Ejércitos es verdad a la letra aquello de «renovarse o morir».

¡1959! El Desfile de la Victoria del vigésimo aniversario del triunfo español sobre el comunismo ruso, nos ha mostrado la última conquista de nuestra organización. La llamada «División Experimental». Y, entre otras armas nuevas, el fusil «Cetme».

La información circulada con anterioridad al desfile para la Prensa explicó al gran público lo que deberá ser esa llamada

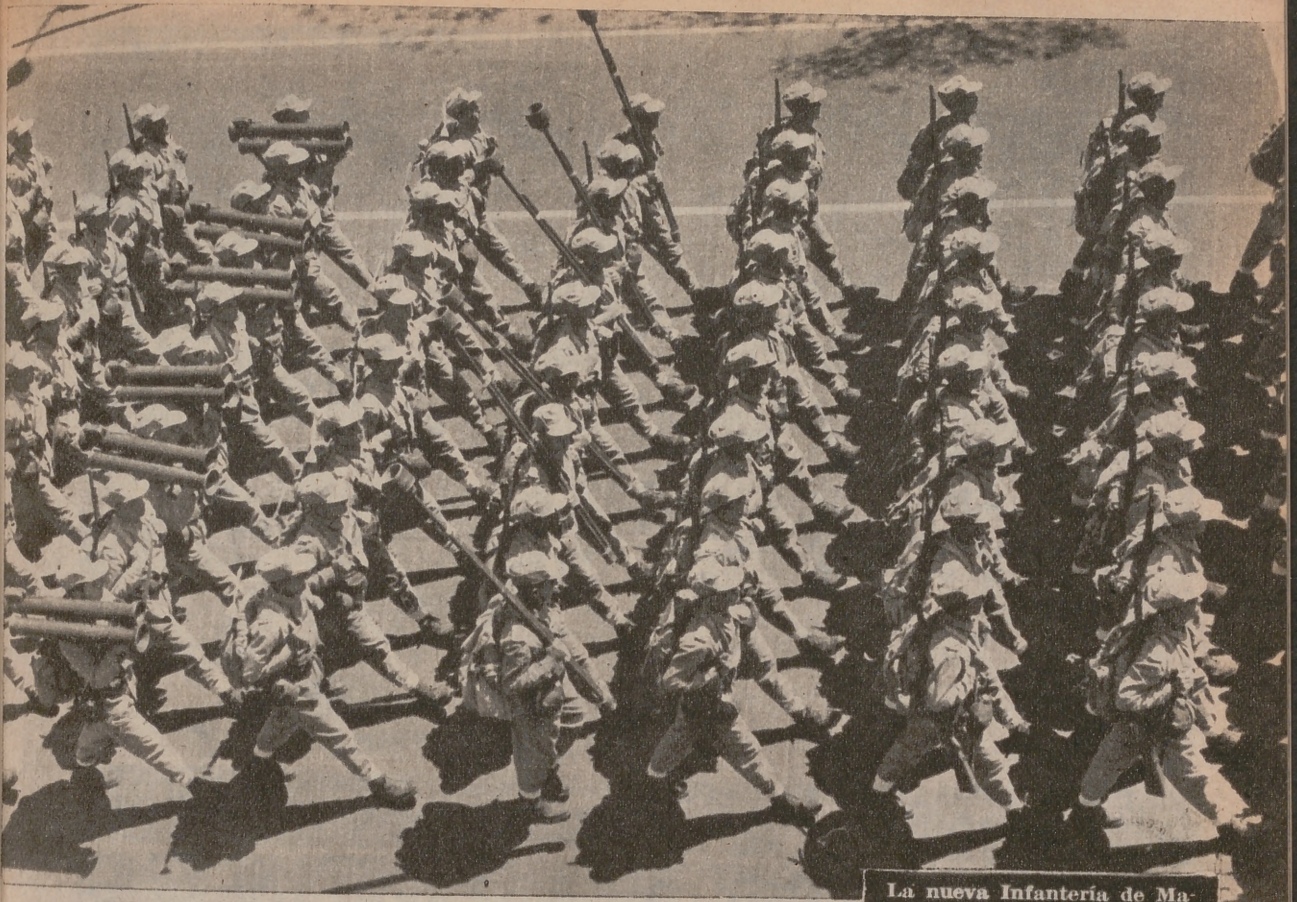
«División Experimental». Se trata, a la postre, en la transformación en una nueva unidad orgánica de la «División 11», de guarnición en la Primera Región Militar, esto es, en la Capitanía General de Madrid. Una organización ya en marcha que tiene su paralelo en las transformaciones simultáneas de otras dos Divisiones más de las Regiones Segunda y Tercera (Andalucía occidental y Valencia y Levante). (En realidad, lo que se pretende es transformar de momento parecen ser cinco Divisiones.) ¿Pero transformar en qué? Pues en «Divisiones Pentómicas», que veremos más adelante lo que son. La información de la Prensa, en realidad, lo ha insinuado. Estas Divisiones son unidades ágiles, pero muy potentes por su fuego; dotadas de armamento muy moderno, dispuestas para combatir en grandes frentes y con grandes fondos y por ello muy bien pertrechadas de transmisiones, con carros, servicios y, desde luego, junto a sus elementos blindados una total motorización.

En cuanto al fusil «Cetme», este arma, hija de la moderna concepción de la batalla y de la infantería, por tanto, merece párrafo a parte, que más adelante dedicamos.

MENOS SOLDADOS Y MAS PROYECTILES

Sin duda alguna el hablarse de una nueva Era, como se dice y se repite ahora, con razón, no quiere decir sino a la postre que se sale de otra Era anterior. Al fin que se está en un «periodo de transición». Justamente lo que ocurre actualmente. De ahí todas las dificultades del momento. Entre ellos las dificultades de la guerra. ¿Armas clásicas todavía? ¿Armas atómicas, desde luego? He aquí la cuestión planteada nada fácil, ni sencilla, que resolver. Y, sobre todo, más ardua por cuanto que no caben rectificaciones una vez iniciada la guerra. La primera y la segunda conflagraciones mundiales tuvieron posibilidad de rectificar la marcha de los acontecimientos iniciales. Fueron ambas largas. La primera duró cuatro años. La segunda, cinco. De este modo la suerte de las operaciones, favorable sin duda alguna a Alemania, en ambas contiendas en los primeros tiempos, por la mejor preparación, posterior, al fin, de sus enemigos, pudieron ser rectificadas por éstos, y al fin fueron, en efecto, en las dos guerras citadas los enemigos de Alemania los que lograron el triunfo.

Antaño, quizá hasta finales del siglo último, la victoria la daba la «fuerza viva de la masa», que los estrategas la expresaban conforme a la fórmula mecánica «Fv=1/2 m. v²». La carga de la caballería, casi siempre, cuando no la carga de la infantería a la bayoneta, eran resolutivas. Las experiencias sangrientas de las cargas de jinetes de la guerra de 1870-71 y aun de los saltos en masa de la Infantería, posteriormente, que resultaron ineficaces, fueron concluyentes. Las armas de fuego reinaban sobre el campo de batalla: el cañón, la ametralladora, el fusil repetidor...



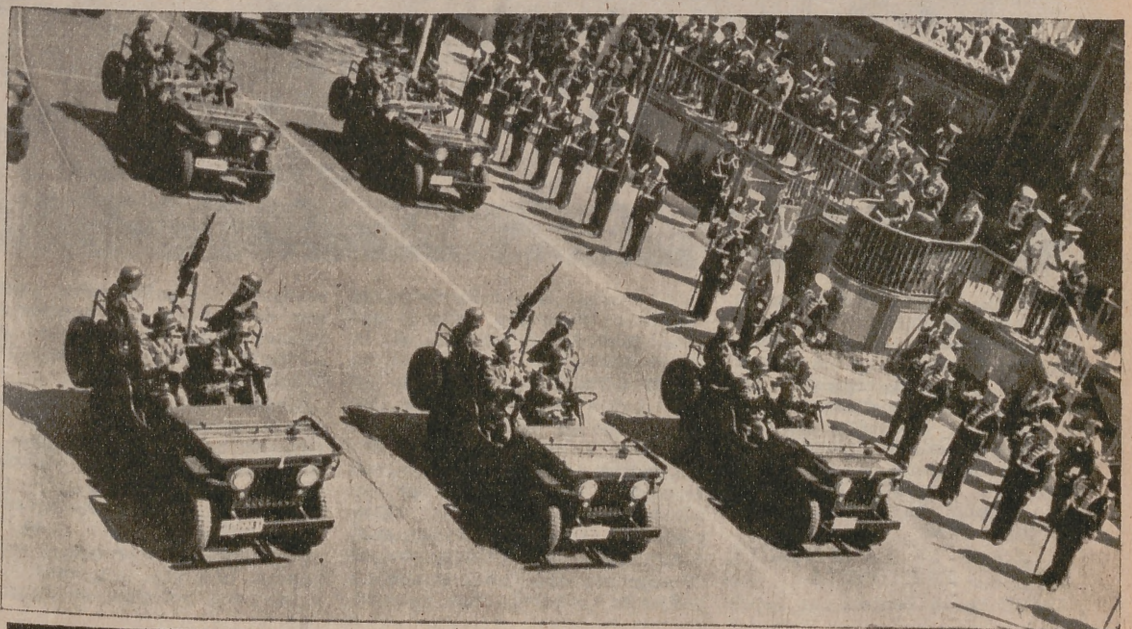
La nueva Infantería de Marina española está equipada con morteros y lanzallamas. En la fotografía, el Grupo Especial del Tercio Sur

Surgió entonces la fórmula salvadora de la victoria: la «primacía del fuego». ¡La «potencia de fuego»! Las armas de tiro rápido y automáticas lo decidirían, según esta fórmula, todo. Un paso más y llegamos en nuestros días al concepto mecánico de la guerra. ¡No se manobra ya con el movimiento! ¡Se manobra sobre todo con el fuego! He ahí los últimos «slogans» de moda en el arte bélico. O sea, el grito de ahora: «Menos soldados; pero más proyectiles». Los Ejércitos, en efecto, curiosamente comienzan a licenciar soldados, pero, en cambio, incorporan nuevos poderosos armamentos. Cuanto más poderosos son éstos, menos soldados hacen falta... Esta es la fórmula orgánica, táctica y estra-

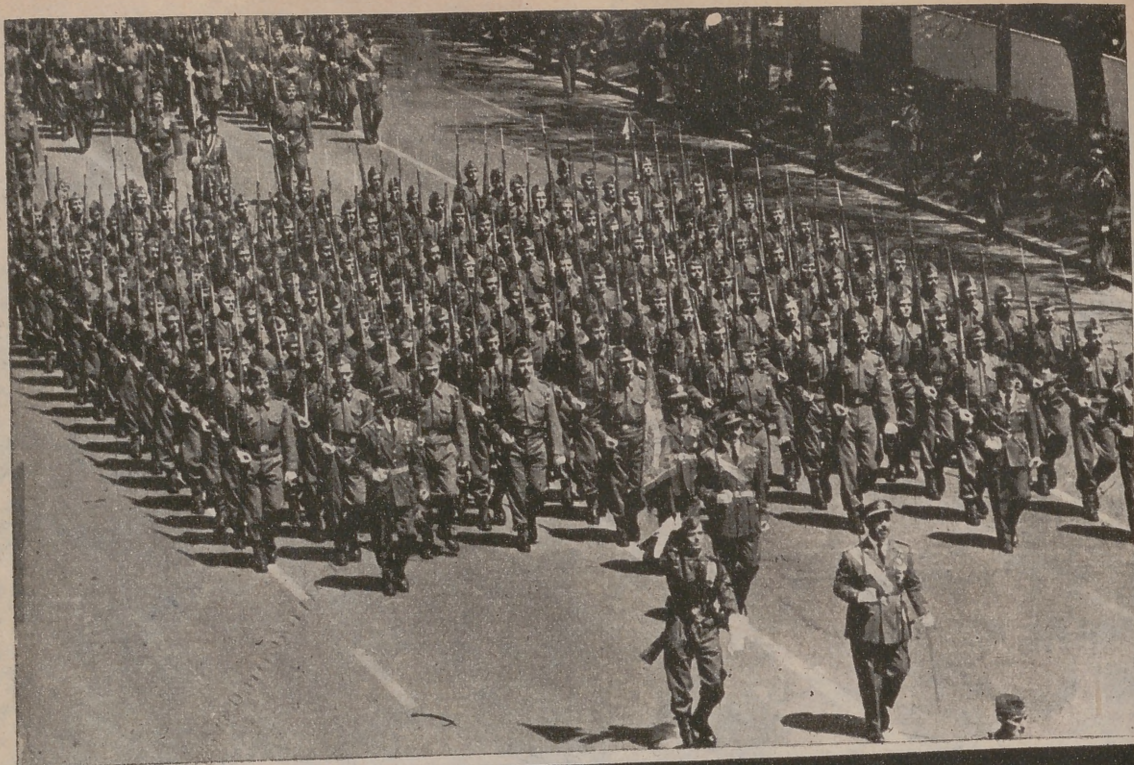
tégica de los momentos. ¿Pero cómo se logra este incremento poderoso de la «fuerza de destrucción» de los Ejércitos modernos? ¡Con las armas de fuego clásicas? ¡No! ¡Especialmente con las armas atómicas, mucho más eficaces, mucho más poderosas, mucho más ¡¡baratas!!

Veamos cómo: Una bomba nuclear de «diez kilotonnes», esto es, la mitad de la potencia de la de Hiroshima, el equivalente destructor de 10.000 toneladas de trilita, equivale asimismo al poder destructor de 200.000 proyectiles de artillería de calibre medio de 150 ó 155 milímetros de calibre, por ejemplo, masa ésta de proyectiles que tardaría en dispararse una hora, a condición de disponer de 660 piezas, cuyo mane-

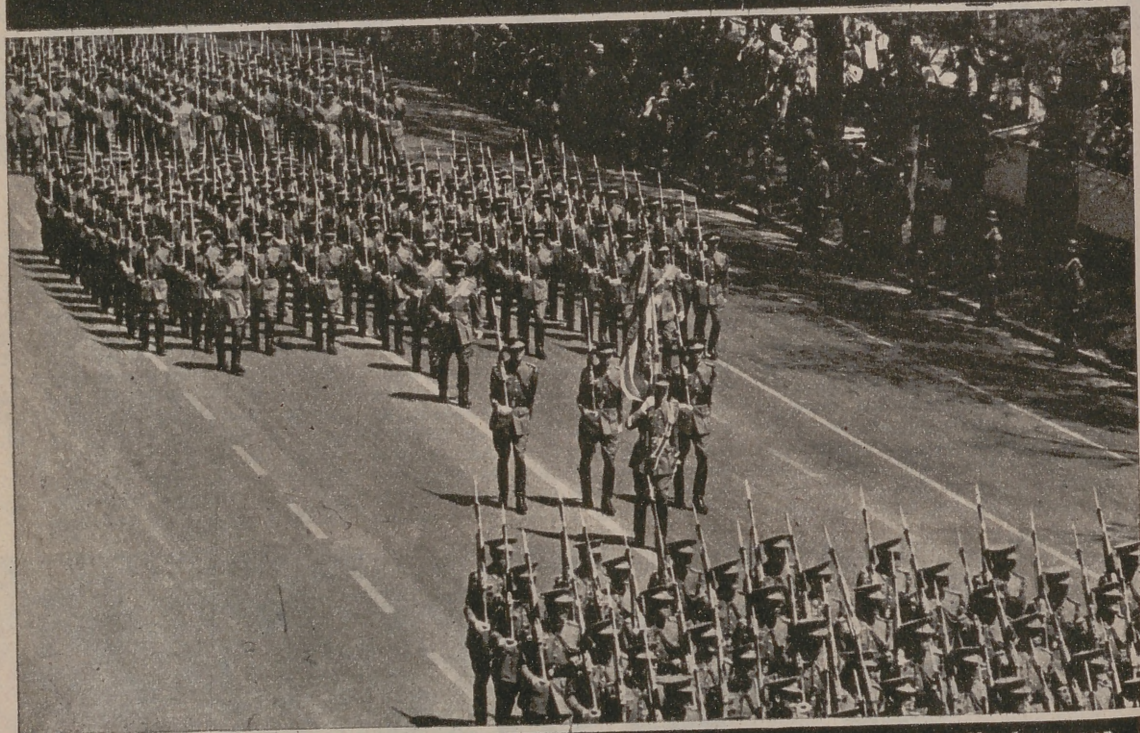
jo emplearía a 23.100 hombres y 4.500 vehículos. En cambio, una batería atómica de cohetes emplea sólo 240 hombres y 80 vehículos automóviles. Y una batería de esta clase no lanzaría un proyectil atómico por hora; dispararía varios. Más aún. Un «Honest John» —un arma de esta clase— pesa sólo dos toneladas y setecientos kilogramos. Los doscientos mil proyectiles de cañón antes citados pesan, en cambio, 12.000 toneladas. El «Honest John» puede ser transportado por un vehículo tan sólo. La 12.000 toneladas de proyectiles en



Armas antiáreas en la División Acorazada



Infantes de Aviación y trescientos cazas y bombarderos representaron en el desfile a las fuerzas del Ejército del Aire



Los alumnos de la Academia General Militar de Zaragoza hicieron gala en el desfile de su perfecto acoplamiento e instrucción

cuestión exigirían cargarse en dos docenas de trenes.

En resumen, una «División atómica» requiere muchos menos servicios que una «División ordinaria»; su poder destructor es infinitamente más grande; sus efectivos, en cambio, pueden ser bastante inferiores y, en fin, el gasto «en combate» no es, en modo alguno, mayor, siendo mucho más eficaz.

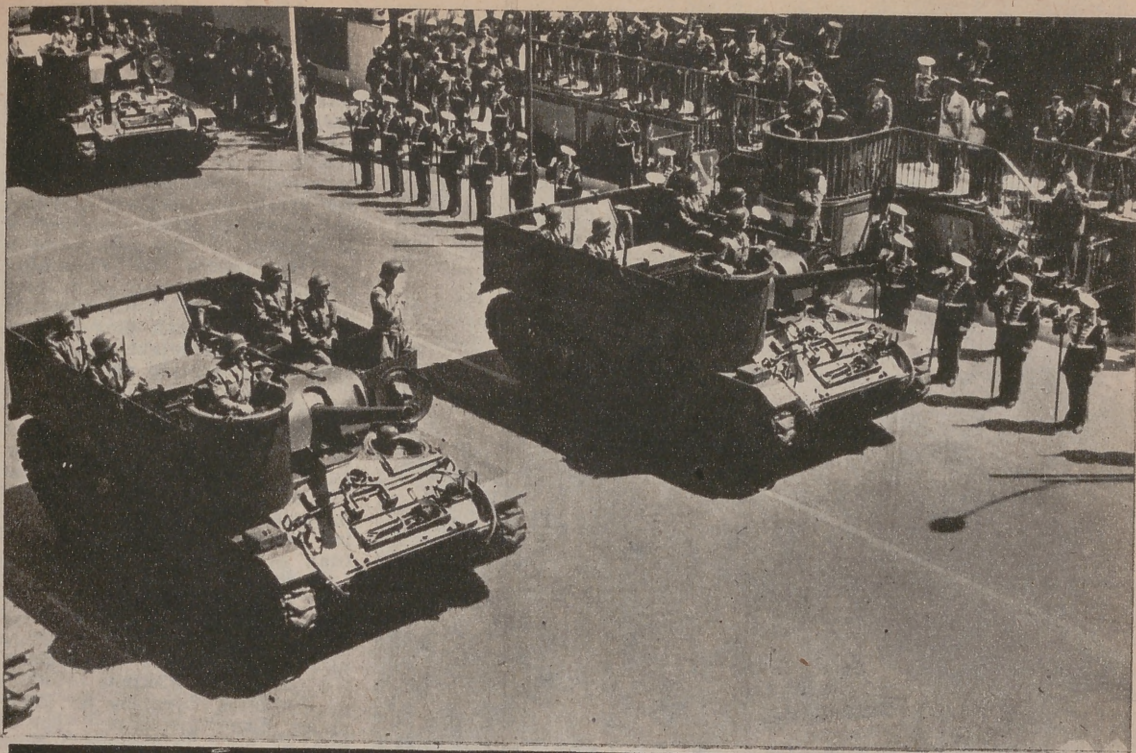
COMO ES LA DIVISION PENTOMICA

La «División pentómica» espa-

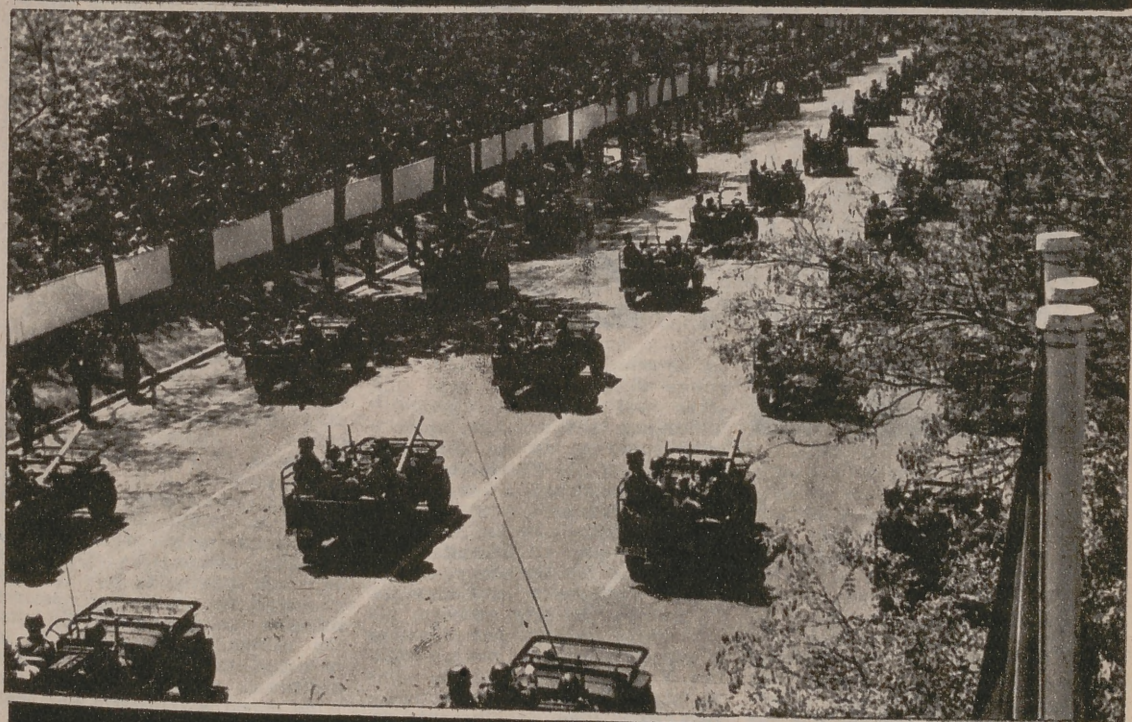
ñola, según las informaciones circuladas al efecto, debe de ser poco menos numerosa que la americana; 12.000 hombres, en números redondos, en vez de los trece mil y pico de aquella. Lo que el desfile madrileño nos ha mostrado ha sido, en suma—como índice de la unidad integral, demasiado grande para ser exhibida en la parada—, tres Agrupaciones tácticas de Infantería, compuestas por cuatro grupos de combate cada una; una compañía de zapadoras, una de mor-

teros de 120 milímetros; pelotones de cañones sin retroceso y secciones de transmisiones motorizadas. Además del escuadrón blindado, artillería, etc.

Antaño, hace cincuenta años, las Divisiones estaban constituidas por un par de Brigadas de Infantería de a dos Regimientos—«cuatro» en total, por tanto—y otra de dos Regimientos de Artillería. Tales eran las «Divisiones cuaternarias» pesadas. A la postre «muchos hombres, poca potencia de fuego y



La artillería blindada de la División Acorazada



Los «jeeps» de la División de Caballería, dotada de moderno armamento ligero

bastantes vehículos hipomóviles a la sazón.

La primera guerra mundial instauró la «División ternaria», de tres Regimientos de Infantería, desapareciendo las Brigadas de esta arma. Ahora, tras de la segunda, aparecen las «Divisiones pentómicas», —«penta», cinco y «atómicas», de su clase de armamento— que en realidad, no ya las Brigadas, ni siquiera mantienen la unidad Regimiento. Se constituyen con «cinco Batallones», reforzados, de in-

fantería, en efecto. Cada Batallón «sul generis» está compuesto de una Compañía de mando o plana mayor; cuatro de fusiles, motorizadas; una de armas pesadas, igualmente sobre vehículos; un grupo de carros de combate de cinco Compañías y un Regimiento de Artillería que, en realidad, es verdaderamente una Brigada. Componen este Regimiento, según el modelo americano, al que nos estamos ciñendo en el relato, un grupo de cinco baterías de obuses de

105; otro, de dos baterías de obuses de 155; una batería pesada de 210 y otra de «Honest John» de 762 milímetros. Estas dos últimas unidades están provistas de proyectiles atómicos. La División dispone, además, de un Batallón de Transmisiones, otro de Ingenieros y un grupo de transportes. Todos los servicios dependen del llamado «Support Comand». En resumen, según la organización yanqui, que tomamos por tipo, una «División atómica» está integrada por 13.700



Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos, preside el desfile del XX aniversario de la Victoria

hombres y 2.500 vehículos, existiendo aproximadamente un «vehículo por cada cinco hombres». Esta unidad —la «División atómica o pentómica»— entra en acción formando tres o cuatro grupos, según los casos. Dispone de una enorme potencia de fuegos: 32 obuses, de ellos cuatro atómicos y los «Honest John», que también son armas nucleares. Su movilidad es extraordinaria por cuando que todo el personal y el material es motorizado. Y, por último, puede disponerse en un gran frente y en una gran profundidad, merced a la amplísima dotación de medios de transmisión de que dispone. En síntesis, una «División atómica o pentómica»; una unidad es poderosísima por su capacidad de destrucción; es muy grande igualmente su capacidad de movimiento y, en fin, son muy eficaces los enlaces entre sus unidades subordinadas integrantes.

Tal parece ser la organización predilecta del porvenir. O por decir mejor, si se prefiere, la organización de transición, que alterna las armas nucleares con las clásicas, según la «proporción de mezcla» estimada atina-

da de momento. Ello, aparte algunos Ejércitos, aún más que otros —el ruso, por ejemplo— mantienen todavía un número muy superior, en su organización militar, de «Divisiones normales o clásicas» a las «pentómicas». Creemos a este respecto poder indicar, con las naturales reservas, que el Ejército rojo dispone de 175 Divisiones en total en armamento actualmente. Pues bien, de este número, 149 Divisiones parecen ser «clásicas o especiales», pero no pentómicas. Y el resto, esto es, las otras 26, «son o deben de ser «nucleares». Pues bien, exactamente este mismo número debe de ser el de las «Divisiones atómicas o pentómicas» de los occidentales en la actualidad. Una posición de equilibrio de momento. Porque la organización militar está en plena y rapidísima evolución.

EFICACIA DEL FUSIL «CETME»

El fusil «Cetme» es un arma excepcional. No es un fusil, por así decirlo, a la antigua usanza. Este arma —el fusil— está siempre en constante renovación. Conoció antecedenentes lejanos de armas imperfectas —las primeras portátiles de fuego—: la «culebrina», el «arcabuz» y el «mosquete», el «fusil», en fin, de los días de Napoleón, ¡con 200

metros de alcance!... Pero, en definitiva, no es el alcance lo que interesa, sobre todo en la historia táctica del fusil. Luego existieron, en efecto, tras de los progresos notables que fueron del «fusil de chispa», al «fusil de aguja», el «fusil repetidor» y «automático», con «calzas» hasta de 2.000 metros. Tal era el caso de nuestro veterano pero magnífico «Mauser» de principios de siglo, modelo 1893. Hoy se conviene que semejantes alcances carecen de sentido para el tirador, ya que a esa distancia no ve prácticamente el blanco y que las «baterías de fusiles» que antaño se preconizaran no tienen valor alguno ahora, en los días de las armas automáticas. Lo importante del fusil, atentos a las exigencias de la táctica actual, es la «potencia de fuego». Incluso se trabaja ya para lograr el «fusil atómico».

De momento he aquí el arma actual. ¡La mejor de las armas actuales del mundo, en su clase! Un fusil, este «Cetme» —Centro de Estudios Técnicos de Materiales Experimentales—, por el que se han interesado incluso otros Ejércitos extranjeros también; patente española, fabricación española, dotación, en fin, de las Fuerzas Armadas españolas. El calibre de nuestra arma es 7,62, el mismo admitido, como normal, en las Fuerzas Armadas de la N. A. T. O. La longitud de este fusil es sólo de un metro, supuesto provisto del apagallamas que hace invisible el fogonazo en la noche. El peso es únicamente de 4,850 gramos, esto es, poco superior a los cuatro kilogramos y tres cuartos; dispara tiro a tiro, pero al llegar al momento del asalto, cuando conviene una gran potencia de fuego, este pequeño y ligero fusil es capaz de disparar en ritmo ametrallador «600 tiros por minuto». La velocidad inicial es de 800 metros por segundo y el alcance eficaz de 900. El cañón es rayado, de derecha a izquierda. Tal es nuestra gran arma portátil, a la vez ligera, sencilla, resistente, potente y eficaz en suma. Un arma, por añadidura, más barata que sus gemelas extranjeras. Un arma española producida por técnicos nuestros, fabricada por nosotros mismos, para nuestro Ejército. Un espléndido resultado de la investigación y experimentación militar de nuestro Centro citado y de nuestra industria nacional.

He aquí, sintéticamente expresada nuestra impresión del desfile. Potencia. Reciedumbre. Nuevas y eficacísimas armas. Nuevas organizaciones al ritmo de los tiempos. Y, sobre todo, espíritu. Solera de España. Temple de españoles. Paso firme, mirada atenta, ¡corazón en alto... en este desfile de la Victoria, de este vigésimo aniversario de la Gran Victoria. El desfile, en fin, ante nuestro Gran Capitán, ante nuestro Caudillo, el General Invicto, Francisco Franco...!

HISPANUS

UNA POLITICA DE MISION

El Ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias Salgado, ha clausurado las sesiones del V Consejo Nacional de Prensa, celebrado en Salamanca, con un importante discurso, del cual entresacamos aquí algunos de sus párrafos.

ERA de todo punto indispensable descubrir, elaborar, formular y desarrollar un sistema doctrinal que sirviera de inspiración y guía a una verdadera política de información, ya que la densidad de su contenido, la extensión de sus radios de penetración, la multiplicación de sus medios y técnicas instrumentales y su influencia en la cultura de las masas, la economía y la política, desbordaban, con detrimento del bien común, el viejo cauce liberal del "dejar hacer, dejar pasar".

HABIA que renunciar a los modos espectaculares de gobierno y trabajar silenciosamente día a día y hora a hora para que la divulgación de estas ideas fuera decantando, con la conveniente diversidad de matices, la unidad de los principios básicos y criterios fundamentales sobre la naturaleza de la actividad informativa, sobre los derechos y obligaciones de los profesionales de la Información, sobre la naturaleza, fines, fuero, deberes y estructura adecuada de la empresa informativa, sobre la relación entre estos factores y la autoridad, en virtud del imperativo del servicio a la dignidad de la persona humana y al bien común que a todos nos obliga, sobre el equívoco que la "libertad de Prensa" encubría de hecho y su identificación en la realidad, con la "libertad para los millonarios"; sobre la diferencia entre libertad de expresión y libertad de divulgación por medios técnicos: sobre la naturaleza, objeto, órganos y límites de la opinión pública, y sobre el alto magisterio que en función de esta opinión pública corresponde a la Información.

ENTRE las medidas en preparación ha de merecer atención preferente un anteproyecto de Ley de Bases de la Información, que además de dar nuevo ordenamiento jurídico a las técnicas de radio, Prensa, cine, televisión, perfeccione artículos de la Ley de Radiodifusión de 1934, y la Ley de Prensa de 1938, cuyos positivos resultados, a los cuatro lustros de vigencia y de recta aplicación y uso, están bien patentes al armonizar la libertad de divulgación y los derechos de la opinión pública con la defensa victoriosa de las agresiones exteriores y la esterilidad de los caballos de Troya introducidos por los enemigos del Movimiento Nacional dentro de los muros de nuestra unidad nacional, de nuestra unidad religiosa, de nuestra unidad social y de nuestra unidad política.

Son precisamente estos positivos resultados los que nos pueden, permitir hoy las modifica-

ciones y perfeccionamientos previstos, readaptando con nuevos preceptos legales a las circunstancias históricas de nuestra Patria el profundo sentido de auténtica libertad y de servicio al bien común nacional que informa nuestro entendimiento de la naturaleza, fines, derechos, obligaciones y rango de institución social de la Información.

LA tiranía comunista, desarmada, férrea, uduz, amoral y tentacular, fin de sí misma en posesión de ingentes medios técnicos informativos y propagandísticos, aspira a la conquista del mundo para poner sus recursos al servicio de la U. R. S. S. Para ello utiliza la guerra revolucionaria o psicológica. Veamos en qué consiste, porque éste es el hecho clave del momento; la guerra revolucionaria o psicológica ha sido ideada, preparada, dirigida y alimentada por el partido comunista ruso para debilitar la capacidad de resistencia y reacción de los pueblos libres y obligarlas a capitular ante el imperialismo comunista. Es una guerra invisible para muchos abúlicos, pero real y tangible para los que tienen ojos y quieren ver, para los que tienen oídos y quieren informarse.

ES un honor para España proclamar que nuestra Información, en sus varios aspectos, refleja una envidiable salud ideológica; hecho que, por otro lado, se inserta en esa otra realidad igualmente manifiesta y, como decía el Caudillo, no suficientemente valorada, cual es la asimilación vital y la impregnación psicológica de las ideas y valores del Movimiento por la conciencia nacional, fenómeno políticsocial de la máxima trascendencia, porque se ha verificado en medio de un mundo sumido aún en una confusión y dispersión ideológica y moral y frente al mayor reto de la barbarie que haya sufrido nunca el mundo civilizado.

NOS hallamos ante una fundamental renovación: ante una regeneración del ser y modos de ser españoles, ante una instauración de los valores hispánicos en las entrañas de la propia voluntad nacional.

Y todo esto como floración y cosecha del sistema de ideas y de valores del Movimiento Nacional, incorporados al curso sanguíneo de los tejidos y órganos sociales de nuestro pueblo, convertidos en principios vitales que conforman la proyección de la personalidad cultural y política de España en esta hora del mundo.

Está en la conciencia íntima de la gran masa del pueblo español que constituye un atentado a la constitución orgánica de la sociedad española suplantarse las bases naturales de convivencia, de relación y representación por el artificio de los partidos políticos; que desenraizar el principio de autoridad de su último y altísimo origen es desintegrar su eficacia y amular su poder de obligar en conciencia; que es inadmisibles el divorcio de política y de ética, de poder y moral; que la radical división de poderes, no de funciones, quebranta y esteriliza la esencial función unificadora del Mando. Hoy entienden todos con claridad meridiana que frente al concepto amorfo y regresivo de "colectividad" hay que recuperar la idea cristiana de "comunidad"; que frente al concepto "intereses públicos", que disocia lo comunitario de lo privado, hay que replantar el de "bien común nacional"; que frente al individuo, aplicado al hombre, hay que alzar y vigorizar el valor eterno de la "persona" alumbrado por el cristianismo; que los intereses materiales, individuales y colectivos han de estar subordinados al bien común de la Nación, constituida por las generaciones pasadas, presentes y futuras; que la propiedad privada ha de ser tutelada y reconocida, pero como "derecho condicionado a su función social"; que la tarea instauradora y fundacional del Movimiento, al asumir en unidad superadora el sentido tradicional de continuidad y las urgencias sociales de nuestro tiempo, es la única que puede responder con garantías de eficacia a las necesidades históricas y actuales de España y garantizar un futuro de estabilidad, grandeza y bienestar para los españoles.

Todo esto constituye un fenómeno de tal densidad y trascendencia política, de tal significación histórico-cultural, que reclama una exposición a fondo por parte de cuantos cumplimos misiones de mando de orientación o de información.

Mantener y ahondar en este entendimiento de la unidad nacional, de las ideas y valores del sistema, de la legitimidad del Caudillo, del Movimiento y del Régimen, de su permanencia y proceso natural de continuidad es una misión irrenunciable para la Información española, porque del tratamiento feliz y acertado de estas cuestiones y de su vigencia en la conciencia nacional depende en gran medida la confirmación y duración de la gran política fundacional del presente y la continuidad en el futuro de la unidad, de grandeza y de libertad de la Patria.



Una típica vivienda de los aborígenes del lago Yarinacocha que ha sido habilitada como escuela



Jóvenes indias de la selva peruana entregadas a sus labores de artesanía. A la derecha, un grupo de alumnos entre los que el Instituto Lingüístico desarrolla su labor docente

EL ESPAÑOL EN LA SELVA PERUANA

EN EL «INFIERNO VERDE», A ORILLAS DEL VARINACOCCHA

MISIONES DE CULTURA ENTRE LAS TRIBUS SALVAJES

Por Miguel Angel VILLALBA. (Especial)

ALGO tenían aquella mañana y aquella inmensidad verde que yo me sentía otro. Estaba en plena selva peruana, frente al lago Yarinacocha. Por la mañana, al despertar lejos de la gran ciudad que es Lima, de donde parti la tarde anterior para cruzar en avión los Andes imponentes, hasta llegar a ese «infierno verde», me asomé a las aguas del lago y me sentí romántico.

Algo tenía aquel ambiente que me encontraba distinto. El Instituto Lingüístico de Verano me había invitado a hacer una gira por la selva para que conociera su labor y escribiera algo sobre las escuelas bilingües. Y dormí en una de las casas que en Ya-

rinacocha ha levantado. Alzadas un metro sobre el suelo, sus paredes son de tabla y el techo está formado por hojas de palmera. Pero el interior es confortable y se goza de buena cama, radio, refrigerador y ventilador eléctricos.

Un ingeniero canadiense, Reinhold Liedtke, que compartía conmigo la habitación, me dijo al despertar:

—Me molesta encorbatarme a diario en la ciudad. Así está uno más a gusto.

Sacó del refrigerador leche en polvo y preparó su desayuno. Se sentó en la cama y se lo tomó tan feliz. Pronto llegó el director general del Instituto, mister

Townsend, y aceptó el mismo asiento. Acabábamos de conocernos, pero había confianza.

Yo me sentía feliz a pesar del calor, que comenzaba a afilar sus armas en la mañana clara. Y me quedé pensando en la corbata. ¿Será que en la ciudad tiene uno encorbatado el espíritu por las normas sociales? Estos hombres del Instituto Lingüístico han abandonado el gran mundo para internarse en la selva, estudiar las lenguas aborígenes de los indios y enseñarles luego el español. Y se sienten felices.

Quizá el lago Yarinacocha sepa el secreto. El formaba parte del río del mismo nombre. También seguía la corriente de otras aguas, como nosotros la de la so-

ciudad. Pero se apartó de ellas y ahora vive alejado del río, con personalidad propia de lago. Y se divierte retratando las nubes, jugando con los niños que se bañan en él y chapoteando con los remos de las canoas que lo cruzan. Quizá él sabe el secreto de los misioneros, de las religiosas, de los maestros que trabajan en la selva con una alegría difícil de comprender.

BUENOS DIAS, SEÑOR

Me vinieron tentaciones de sumergirme en el agua de aquel lago. Tentaciones de pasearme allí, en aquel cristal blando, rodeado de vegetación exuberante, en una calma sólo rota por algunas hojas de la orilla, que se removían buscando que el sol les calentara la espalda. El sol, que empezaba a reinar en la mañana de paz.

Allí, a la orilla, había piraguas, barcas parecidas a las de nuestro Retiro madrileño y alguna lancha motora. Me subí a una barquita larga y leve, de un solo remo, que se deslizaba con poco trabajo y sin hacer ruido.

Remé sin prisa, persiguiendo la orilla, protegido por la som-

bra de árboles apretados que se inclinaban en afán de reverencia. Luego me detuve. Quería contemplar aquella calma, grabar en la imaginación aquella belleza nueva, meditar... Qué sé yo... Recuerdo que me deleitaba ver los pájaros cruzar el lago sin que pestañeara una sola gota. Se miraban en el agua, que por nada movía su retrato.

Un muchacho pasó luego con una moto. El ruido era espectacular en la mañana tranquila. Parecía una profanación. Pero los pájaros no se inmutaron y siguieron cantando. Lo mismo que unos instantes después, cuando vieron la sombra de un avión que cruzaba el lago.

Y la sombra se desdibujó de pronto. Una barquita como de juguete, hecha de un tronco de árbol, se deslizó llevada por unas niñas. Era su bogar tan suave que no se oía el ruido de los remos, pero su estela finísima hacía tambalear los retratos del agua.

Remé como si las persiguiera, para saber dónde iban o de dónde habían salido. Y antes de alcanzarlas, como temerosas, saludaron:

—Buenos días, señor.

—Buenos días. Nada más que tres palabras me dijeron, pero necesitaba muchas para explicar su hondo significado. Eran dos indiecitas, y el saludo en castellano, allá en los dominios de la tribu de los shi-pibos, me supo a gloria.

Me acerqué a la otra orilla. Dos indígenas cortaban un árbol. Y al pasar frente a ellos, igual:

—Buenos días, señor. Más allá, una mujer con unos andrajos que apenas cubrían su desnudez repitió al acercarme:

—Buenos días, señor. Había en todos estos saludos un acento de sencillez y bondad, que me extrañó un poco, me halagó mucho y hasta creo que llegué a emocionarme.

ESPAÑOL, NO; CASTELLANO, SI

Yarinacocha es como el Cuartel General que el Instituto Lingüístico de Verano ha levantado en la selva. Desde allí se dirigen las operaciones que se llevan a cabo en las diversas tribus desparramadas por toda la selva peruana, desde los indios ticunas, orejones, huitotos y aguarunas hasta los cashibos, campos, machiguengas y

marinaguas. Cerca se halla la ciudad de Pucallpa, a la que se llega desde Lima en avión y con más dificultad por carretera. Yarinacocha sirve así de nexo entre la costa y la selva inhóspita, entre la metrópoli y las chozas perdidas.

Allí comenzó la irradiación hacia las tribus. Viajes en hidroavión, en barcasas, como se podía. Sobre el río Amazonas, el Marañón, el Morona, el Ucayali. Ríos imponentes que se abren paso a golpe de gigantes en la selva que a todo le pone barreras. Y van a paso lento, solemnemente, dando vueltas y revueltas en tenaz luchas y como soñando.

La selva pone barreras, pero se van venciendo. Se abre una trocha a punta de machete y al mes ha desaparecido, si no se transita constantemente por ella. La vegetación es tan pujante que la borra en pocos días. Pero a las trochas están sustituyéndolas firmes carreteras.

Los claros difíciles que se abren entre los árboles espesos albergando algún prado, sirven de campo de aterrizaje a los aviones que se están apoderando de la selva indómita, ante el asombro de los árboles seculares y de los indios asustados. Como se asuntan los cocodrilos al oír el ruido de las lanchas motoras, acostumbrados al golpe de los remos sobre débiles barcas, que a veces hacen zozobrar mordiendo las con sus enormes colmillos.

Y en una lancha motora hice mi primer viaje a un poblado de indios, para verlos en su salsa. Al final del lago Yarinacocha podía encontrarlos. Ya en camino, un árbol gigantesco, desnudo hasta la imponente copa, me sorprendió.

—Ese árbol es sagrado—explicó alguien.

—¿Y lo veneran como a un dios?

—No, pero jamás le cortan ni una rama. Temen que les venga una desgracia.

Avanzamos. Desde la orilla se veían algunas barcas entre la maleza y chozas diseminadas al azar sobre una elevación del terreno. Una laguna se interponía. Más bien era un charco. El agua estaba sucia y las zarzas lo rodeaban. Un chaval descalzo, casi desnudo, con larga cabellera y un flequillo que le rozaba los ojos, se acercó en un tronco de árbol no muy grueso. Aquello no era una piragua, ni lancha, ni nada. Era un tronco pequeño, con un agujero no muy grande. Y bien creí dar vuelta de campana. Menos mal que había poca agua. Así, con un palo largo que apoyaba en el suelo, iba arrastrando la curiosa embarcación. Pero me llevé al otro lado.

Por si podía ayudarme a entenderme con los indios del poblado, le pregunté:

—¿Sabes hablar español?

—No, señor—contesté rotundamente.

—¿Pues qué lengua hablas tú?

—Insisti, creyendo que me tomaba el pelo.

—Castellano, señor.

—Y los que se ven allí, ¿hablan como tú?

—Un poco, señor.

CALDERILLA; QUE BRILA

Desde lejos se veían las cho-

zas y los indios dentro de ellas. Las chozas en que habitan no son más que una cobertura hechas con hojas de plátanos y palmeras entrelazadas con algunas cañas, a las que sirven de soporte unos postes clavados en el suelo. No necesitan defenderse del frío, y con un poco de sombra están contentos.

Me acerqué armado con una máquina fotográfica. Temí su reacción ante ella, por si pensaban que era un arma o cosa por el estilo que pudiera hacerles daño. Me aproximé con cautela. Nadie se inmutaba. Observé. Las mujeres tejían. Los hombres miraban. Las niñas se pintaban la cara y las piernas. Los shipibos son artistas pintándose la cara, los brazos y, sobre todo, las piernas, donde trazan mil filigranas, que difícilmente se pueden borrar.

Preparé mi máquina. Las mujeres, al notarlo, me dieron la espalda. No querían saber nada de fotografías, a pesar de mi insistencia. Les di propina y accedieron algunas, pero no en su postura natural, mientras cosían o cuidaban a sus hijos, sino posando. Tuve que disparar cuando estaban descuidadas para fotografiar a algunas mientras hacían sus labores.

Los hombres sí que estaban dispuestos. Pero también posando y adoptando sus posturitas, después de componerse a su manera. Noté que eran más presumidos que ellas. Por eso cargan sus brazos de pulseras multicolores y cuelgan pendientes de la nariz y se cifien al cuello collares de gargantillas, mientras sobre el pecho cuelga un pequeño puñal atado con una cuerda.

Los collares no los venden. Las pulseras, sí. Pero no las que hacen de colmillos de manisapa, un mono peculiar de aquella región. Para éstas no hay precio. Si es que saben lo que es precio. Porque a mí me vendieron unas pulseras de gargantillas y al darles unos billetes peruanos me los rechazaron.

—Toma otro más—le dije a uno, por si era poco.

—No, no—fué toda contestación.

—Tome también estas monedas—agregué, sacando la calderilla que llevaba.

—Esas, sí; ésas brillan. Lo otro, no.

Aceptaron las monedas sueltas que llevaban. Y se quedaron muy contentos con unos pocos soles en calderilla, sólo porque brillaba.

PARA COMENZAR, TARJETAS DIBUJADAS

Otra vez la lancha motora y hacia Yarinacocha. Yo iba rumiando alegrías. Había conseguido unas pulseras que los shipibos se habían quitado de la muñeca. La máquina fotográfica me parecía un tesoro con las placas impresas. Había visto de cerca a los indios y, sobre todo, me había hablado en castellano, que en la selva adquiriría una sonoridad especial a tono con su grandiosidad. Pero estaba intrigado. ¿Cómo es que hablan castellano estos indios? Le hice esta observación al director del Instituto, quien me presentó a una señorita, que me explicó algo al respecto. Era una maestra que acababa de regresar

del Alto Marañón, a cuatro horas de vuelo desde Yarinacocha, después de terminar el curso en la tribu de los aguaranas. Su nombre: Juana Ironer.

—Estos indios de los alrededores—me dijo—vienen a las escuelas que aquí tenemos y además tienen algún roce con los habitantes de Pucallpa y otros que hablan español.

—¿Y los que se hallan más internados en la selva?

—La labor del Instituto comienza por aprender el idioma de la tribu que sea. Luego vamos juntando material hasta formar una gramática rudimentaria, cartillas, etc. Así hasta poder fundar una escuela.

—Ya tenemos escuela y maestros, pero, ¿llegan los alumnos?

—Claro que sí. Tienen verdadero interés en aprender. Para ellos el maestro es un personaje y lo respetan mucho.

—Ya frente a ellos, ¿cómo se les arregian?

—Primeramente enseñamos al indio a leer y escribir su propio idioma, y luego ya, el español. Al comienzo usamos tarjetas donde están dibujadas las cosas, como mujer, mariposa, etc. Por detrás está el nombre en castellano.

—¿Existe algún maestro que sea indio?

—La mayoría. Para preparar los damos aquí periódicamente cursos especiales de capacitación. Este año tendremos 55 maestros venidos de la selva, todos de la tribu de los aguaranas. Para que se hagan una idea, sólo en seis pueblos hay 11 maestros y 332 alumnos de corta edad, más algunos adultos.

A MATAR AL BRUJO

—En esta tribu, ¿no tienen prejuicio alguno las familias contra la escuela?

—Prejuicios, no; pero alguna cosa rara, sí. Hay algunas familias que mandan a todos los niños a la escuela, menos a uno. Saben que en la escuela los enseñan a no matar, y por eso dejan uno para adiestrarlo en el uso del cuchillo. A éste lo enseñan a matar, sencillamente, para que defienda a la familia, por si alguien la embruja o mata. Así es la costumbre de la tribu y quieren ser tradicionales.

—¿Luego creen en los brujos?

—La brujería es algo predominante entre ellos. Así nos sucede que les damos una medicina y, si no se curan al momento, aunque se sientan mejor, huyen corriendo y dicen que están embrujados. Cuando tienen una enfermedad y no saben qué es dicen que están embrujados. Pero, además de algunos brujos conocidos, cualquiera puede serlo en un momento determinado.

—Y si mueren, ¿se vengán de algún modo los familiares?

—Ellos no conciben que se muera de muerte natural. Si no se debe a paludismo u otra enfermedad conocida, piensan que alguien ha matado o embrujado. En seguida calculan qué persona habrá hecho brujerías, si no ha muerto a manos de otro, y la buscan para matarla.

—¿Les ha creado esto alguna dificultad en relación con la enseñanza?

—Fundamentalmente, no. Aho-



Las clases del Instituto Lingüístico no se limitan a los niños. La enseñanza del idioma español se centra también en los adultos

ra, que los enfermos no quieren sentarse en los bancos porque piensan que alguien ha tenido paludismo y pueden contagiarse. Lo que hacen es traer hojas de plátano, las tienden en el suelo, y en ellas se sientan.

—¿Les resulta fácil ir a la escuela?

—No tanto, porque no viven unos cerca de otros. Cada choza está separada unos diez minutos de otra. Por eso, a veces van los niños a diversos lugares y están una semana viviendo cerca de la escuela para asistir a ella.

—¿No tienen dificultades para aprender la pronunciación castellana?

—Generalmente, no. Ahora que sí hay algunas particularidades. Así, por ejemplo, no conocen las letras «m», «b», «r». Tampoco tienen la «o». Por eso dicen «manu» en lugar de mano. Asimismo, la «b» no la distinguen de la «r». Así, en vez de «la ropa» dicen «ralopa».

QUE NO SALGA EL ESPÍRITU

Y Juana Ironer continúa contándome algunas cosas curiosas de los aguarunas. Así, los hombres llevan un zurrón con espejo, peine y pinturas, remedando el bolso de nuestras mujeres. En cambio, aquéllas no lo usan. Son los hombres los que más se alicalan y los que menos trabajan. Si acaso cazan y pescan con diversos sistemas. Pero las mujeres traen cada mañana camote, yuca, tomates y fruta de la chara que ellas mismas trabajan.

Cuando los hombres tienen un trabajo especial, como talar árboles, son ayudados por los ami-

gos. Luego lo celebran con una fiesta. Terminado el trabajo, se bañan en el río, y a divertirse por cuenta de quien ha sido favorecido por los demás. Es como la paga tradicional.

También me cuenta que los aguarunas distinguen dos clases de personas: familia y enemigos. El desconocido es enemigo. Y cuando hablan con enemigos se ponen la mano en la boca para que no salga el espíritu. Las palabras las pronuncian como a golpes, con acentos marcados.

Nunca miran a la persona con la que hablan. Y gritan, gritan para todo. En la misma casa, al saludarse, gritan y parecen que pelean. Cuando saludan hablan más fuerte, lo mismo que al salir de casa. Esto lo hacen despidiéndose de cada uno personalmente y tardan de cinco a diez minutos con cada persona.

Tienen el pelo largo y poca barba. Los hombres se lo atan por detrás y se ponen plumas. Las mujeres lo llevan suelto y se adornan con pendientes y collares, también de plumas.

COCINA SIN CHIMENEA

Una cocina sin chimenea y una casa sin paredes es lo primero que diviso al bajar del hidroavión que me ha llevado de Yarinacocha a Tamaya. ¿De veras

casa? Bueno, llamémoslo así. ¿Es choza acaso? Puede ser. Sólo sé que hay cuatro o seis postes clavados en el suelo, que sirven para apoyar en ellos un cobertizo de cañas y hojas.

Estamos otra vez en la tribu de los shipibos. Pero ésta es otra rama de la misma familia de indios. Se nota al primer vistazo. El ruido del aparato ha congregado a los indígenas más cercanos, y al tomar tierra nos escoltan en dos hileras a través de un senderillo que conduce al poblado. Abre el paso una inspectora de Enseñanza Rural, y yo sigo tras el piloto. Ya estamos todos los recién llegados.

Me fijo en la frente de los que nos escoltan. Más aún en la de los niños que cargan algunas madres. Las frentes de los mayores llaman la atención. Las frentes de los niños dan pena. Aquéllas están aplastadas hacia atrás y son tan grandes que parecen dos empalmadas. Estas van sujetas por tabillitas que las aprisionan violentamente hasta deformarlas. Es su distintivo y lo juzgan complemento necesario para su belleza.

Dejamos de mirar las frentes, y al subir un repecho, estorbándonos el paso, aparecen dos troncos cruzados, y en el centro de la cruz que forman, el fuego que los ha partido en cuatro.

Adquiera todos los sábados

"EL ESPAÑOL"



Los habitantes del lago Yarinacocha poseen un régimen de vida similar a los días de la llegada a las Indias de los Conquistadores

—Esa es la cocina—me dice el piloto.

—Y no necesita chimenea.

Una mujer da la vuelta a unos peces que se están tostando en las brasas. Otras nos miran sin pestañear. A mí me llaman la atención los adornos que les cuelgan de la nariz, a modo de pendientes.

Subo unas escaleras que dan al piso único de la casa, abierta a todos los vientos y alzada un metro sobre el suelo. No hace falta llamar. Como no hay paredes, uno entra sin que nadie proteste, pero observando la reacción de unos hombres que están sentados, sin preocupación por nada, como abstraídos.

Sobre las tablas del pavimento han echado barro, lo han cocido y en él hacen fuego. Veo maíz colgado, plátanos verdes y dos escopetas. Ya han llegado las armas de fuego a poder de

los indios. Unas catuelas de aluminio me sorprenden más que las escopetas. Esto ya es civilización. Una indiecita a masa maíz y los hombres siguen sentados, sin hablar.

—Le compro esa pulsera—dijo a uno.

—No, no—es toda su contestación.

—Los remos—me dice otro, enseñándome varios.

—La pulsera—insisto yo.

—No, no; es usada.

Y el trato ha quedado en el aire. Pero al marcharme, otra sorpresa. Se me acerca un chiquillo con una escudilla en la mano y me la ofrece. Le pregunto cuánto quiere por ella y no me contesta, pero me la acerca al pecho haciendo gestos significativos para que me la lleve. Pienso que quizá me hayan considerado como un personaje. Allá ellos. Le doy unos soles al pe-



Niños de las diversas tribus peruanas aprenden el español y toman sus primeros contactos con el mundo civilizado

queño y se va muy contento. Todos se ponen a contemplarlos gozosamente. Escaleras abajo, yo también contemplo los dibujos raros de mi escudilla.

MAESTRO Y CARPINTERO EN SU ESCUELA

Un chiquillo salió corriendo de una choza. Casi tropezó con una mujer que bajaba las escaleras. Apoyados en una barandilla que la rodeaba, simulando un rústico balcón, unos hombres parecían observar el interior de la casuca.

—Esa es la escuela—dijo un acompañante indio.

—¿Y esos hombres asisten a clase?

—No; ahora no está el maestro y vigilan a los niños.

El maestro no estaba, pero llegaría pronto. Allí no se observaban muy bien los horarios de entrada y salida de clase, pero se trabajaba por instruir a los niños. Uno de ellos, el que salió corriendo, iba en busca del maestro. Entre tanto observé la escuela. Es de las llamadas bilingües porque en ellas se enseña el idioma español y el autóctono de la tribu. Yo me interesé mucho por ella, ya que podía servir de modelo para hacerme una idea de tantas otras que hay desparramadas en la selva.

Las paredes estaban formadas por tablitas atadas con alambres. El piso era de caña. Al frente había un gran mapa del Perú. Y, flanquéandolo, dos encardados. A los costados giraban las hélices de aviones de madera hechos por los niños. El viento que se colaba por la fachada principal, sin puertas ni ventanas, se encargaba de hacerlos dar vueltas y más vueltas.

Los bancos y las mesas eran de madera. Estas se hallaban cubiertas por un cartón grande. Me entretengo en contarlas. Son doce.

—Las ha hecho el maestro—me dice un niño con el que me siento a la mesa.

—¿Por su cuenta?

—No; la madera la han traído los padres de los que venimos a la escuela.

Ahora me fijo en los escolares. Están formalitos. A falta de campanilla, uno que ya es mayorcito agita unas conchas enlazadas por una cuerda como si fuese un collar y todos hacen silencio. Como aún no llega el maestro, éste le sustituye y le obedecen. También me fijo en que sólo asiste a clase una niña, la única que va a la escuela.

LECTURA CASTELLANA

Ya tenemos al maestro en la escuela. Acaba de llegar con una tabla para hacer una mesa más. Es joven y se comporta con toda educación. Es un indio más de la tribu y todos lo respetan y lo miran como algo superior. Saludados. Y la inspectora, que revisa libros y conversa con él sobre los problemas de la escuela.

Yo me siento a la mesa que tengo al lado. Es una mesa cualquiera y estoy al lado de un niño, como un escolar más. Mientras el maestro y la inspectora conversan, el ayudante del primero señala a un niño para

que lea. Este obedece y lee en tono suave.

Tomo mis notas. Copio del encerado: «Cálculo, 23 de noviembre de 1958.» Debajo se ven varias operaciones aritméticas. Hay una suma y dos multiplicaciones.

Abro un cuaderno de la mesa donde me siento y leo: «Idioma, 23 de noviembre de 1958.» Y debajo: «Roma tiambo méen non sahúe quès eaque no non sué.»

También hay sobre la mesa un libro que dice en la portada: «República Peruana.—Ministerio de Educación Pública.—Dirección de Educación Rural.—Cartilla 1.—Para transición.—Lectura castellana.—Instituto Lingüístico de Verano.—Zona: Selva 1958.»

Lo hojeo un poco por curiosidad y veo que la introducción explica la forma de aprender el español y el método a seguir. He pensado preguntar al maestro sobre el particular, pero está ocupado, y en el libro hay una explicación bien clara. Por eso me pongo a copiar textualmente.

La primera hoja dice: «A los maestros. — «Lectura Castellana número 1» es la primera de una serie de cartillas elaboradas por las «Clases de Transición» de las escuelas bilingües de la selva peruana. Estas cartillas van aumentando letras y sílabas a fin de ampliar el vocabulario castellano del alumno sobre la base de las introducidas por medio del idioma autóctono.

«Lectura Castellana núm. 1» será usada después de que los alumnos hayan aprendido las primeras cartillas en su idioma nativo.»

BUSQUEDA DEL «AMIGO»

Cuando he terminado de copiar estas palabras el niño que está a mi lado ha mirado mi reloj. Otros le hablan y él contesta brevemente. Lo hacen en su idioma nativo y me imagino que se están comunicando la hora que es.

Continúo en mi tarea. «El maestro presentará la primera palabra de la primera página como un «amigo» de los alumnos. Debe tratar de ayudarles a fijarse en sus características; verbigracia: que la palabra «tapa» tiene al principio una parte alta como una cruz y al medio una parte que cueiga, etc. Hará que los alumnos busquen su «amigo» (la palabra) por las calles de su «pueblo» (o sea, la página donde aparece primero), pronunciando su nombre castellano (tapa) cada vez que la encuentren.»

«Pasará a un «pueblo más lejano» (la siguiente página) y buscarán su «amigo» entre las calles. Si un alumno se equivoca, el maestro le hará regresar a la página donde la palabra apareció primero a fijarse más cuidadosamente en la forma de su «amigo».

«Pasando unas páginas sin equivocarse, el maestro puede dejar a los alumnos que busquen solos por todas las páginas de la cartilla su «amigo» (o sea, la palabra escogida).»

El maestro seguirá el mismo método para cada palabra nueva

que se halle en la serie «Lectura Castellana».

FUTBOL ENTRE INDIOS

Es la hora del recreo. Mientras salen los niños de la escuela, el maestro me ha pedido que firme en el libro de visitas ilustres. Casi me puse colorado porque me parecía que aquello no iba conmigo. ¿Yo visitante ilustre? En fin, él lo agradecía y cumplí su deseo, dedicándole unas frases laudatorias. Creo que se las merecía de verdad.

Los niños jugaban alegremente. Me quedé sorprendido. Jugaban a lo que menos podía imaginarme. Jugaban al fútbol. ¿Habrase visto? ¿Allí, a 50 grados lo menos de calor? ¿Y quién iba a imaginar que supieran lo que era una pelota de fútbol?

La inspectora aclaró un poco el asunto:

—El piloto les dio la pelota y ellos aprendieron pronto a darle patadas.

—¿Y las reglas?

—Yo misma les he proporcionado un reglamento, pero no lo observan muy bien.

—Como en todas partes.

—Aquí son muy especiales.

—¿Hay mucha afición?

Les encanta jugar a los pequeños. Los mayores no se preocupan de nada, pero el juego se está extendiendo a otros poblados.

—¿Es que van a organizar un campeonato?

—Tanto no creo, pero los domingos ya juegan con los de Banda, un pueblo cercano.

—Parece que lo están tomando en serio.

—Y tanto. ¿Ve los pollos y gallinas que andan por ahí sueltos? Pues ya se pueden librar de meterse en el terreno de juego porque vale tirar a ellos, y el que caiga es para el que lo mata.

Reímos de buena gana. Esta modalidad del juego apuntando a los pollos en vez de a la portería no deja de tener su gracia. A mí me había sorprendido todo aquello y me gustaba.

—Y a todo esto, ¿quién hace de árbitro?

—En los partidos entre pueblos, el maestro. Y nadie discute sus órdenes.

—Eso ya no es tan corriente.

También observé que los más pequeños estaban jugando a la peonza. Allí, en plena selva, bajo un sol agobiante, los mismos juegos que en mi España. Y como no sabían en su idioma esas palabras nuevas las decían en castellano. Por eso emocionaba un poco oír gritar: «Pelota, portería, falta.»

De nuevo el hidroavión. Ahora cargado de emociones nuevas y muchas alegrías. Allí quedaban aquellos indios con su sol que aplana, su selva misteriosa, su pelota de fútbol y su escuela bilingüe. Sobre todo, con su escuela bilingüe, donde aprenden a hablar y escribir el idioma español, que es como dar un paso definitivo para incorporarse al quehacer nacional del Perú, pujante y prometedor, para ensanchar las fronteras del mundo hispánico y entrar por la puerta grande en la civilización occidental.



CORTE Y CONFECCION

Una alumna escribe:

«...su claridad hace que las prendas queden perfectas...»

M. P. Jiménez - JEREZ (Cádiz)

...los cursos CCC son prácticos, fáciles y económicos.

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA

CCC

APARTADO 108-SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES:

MADRID, Pradolos, 11 • BARCELONA, Av. de la Luz, 48

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Otros cursos CCC por correspondencia:

INGLES • FRANCÉS • ALEMAN • ENGLISH (SUPERIOR) • FRANÇAIS (SUPERIOR) • LATIN

• SOLFEO • ACORDEON • DIBUJO •

RADIOTECNIA • JUDO • MECANOGRAFIA

• TAQUIGRAFIA • SECRETARIADO • REDAC-

CIÓN COMERCIAL • CORRESPONSAL •

CONTABILIDAD • CONTABLE ADMINIS-

TRADOR • CALCULO MERCANTIL •

TRIBUTACION • CULTURA GENERAL •

ORTOGRAFIA

CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

Envíeme información

GRATIS sobre el curso o cursos de

NOMBRE.....

DOMICILIO.....

POBLACION.....

PROVINCIA.....

REMITASE A

CCC-APARTADO, 108-CC-156-

SAN SEBASTIAN

CONTINUIDAD, PERMANENCIA Y UNIDAD

RECOMENDACION PARA EL FUTURO:

«IR POR OTROS VEINTE AÑOS DE PAZ INTERNA»

Un claro esquema de las cuestiones políticas, económicas e históricas de España

ANTE el día 1 de mayo, Su Excelencia el Jefe del Estado, en once respuestas a once preguntas de un periodista español, trazaba un claro esquema de las cuestiones fundamentales, políticas, económicas e históricas, de nuestro tiempo. La industrialización, la conjunción y armonía entre sueldos y salarios, la cuantía de la población penal, la fortaleza de la paz interna, los problemas de la colaboración económica, la verdad de nuestro sindicalismo, la situación de Gibraltar, la significación del Valle de los Caídos, la presencia personal del propio Jefe del Estado en su puesto de trabajo y las bases de apoyo de una Monarquía popular han sido analizados diáfananamente en las palabras del Caudillo de España. En las frases de Franco están las directrices de hoy y, a la vez, los caminos de mañana.

Comienza el Caudillo puntualizando el grado de avance conseguido en el terreno de la industrialización por España y el ritmo de inversión para el futuro. Una vez más, Franco destaca el considerable avance industrializador logrado en nuestra Patria, sobre unas bases de creación de industrias de cabecera y de transformación de acuerdo con unos planes económicos establecidos y acorde con las disponibilidades del ahorro de la Nación: «Creadas las bases, el futuro será mucho más rápido y solamente frenado por el ritmo máximo que nos permita el ahorro de la Nación, dentro del plan general de inversiones que nuestra economía demanda».

Unido al proceso de industrialización aparece el problema económico de sueldos y salarios, problema que, como advierte el Caudillo, va anejo a todo proceso de crecimiento, y cuyos ajustes se corrigen al aumentar la producción. Ahora bien; la aspiración de disfrutar de mayores sueldos y remuneraciones sin un aumento paralelo de la productividad es una quimera. Franco, al decir esto, ha marcado bien preciso el justo mecanismo económico.

La paz social es, evidentemente, una de las mayores conquistas del Régimen. Paz social demostrada por el bajo índice de población penal —34.625 presos en 1935 frente a 14.899 en 1959, con cinco millones de habitantes más— y reflejo también en lo común, de una educación social y colectiva española que marcha no en frente, sino al unísono de la ley.

Si éstas han sido, en el terreno económico y social interno, las líneas del pensamiento del Generalísimo, en lo político Franco establece una frase, una recomendación que, sin embargo, ya está aceptada por todos los españoles que la proclamaron imprescriptiblemente un 18 de Julio de 1936. La recomendación que el Caudillo hace para el futuro es «ir por otros veinte años de paz interna, de permanencia y de continuidad política, seguros de que a su término se irá por otros veinte más». Y ello es así no sólo porque éste es el periodo más venturoso de la

Historia de España de los últimos tiempos, sino porque ninguna obra de gobierno puede llevarse a felices metas si no hay continuidad, permanencia y unidad. No sólo en lo material, sino en lo espiritual. España estaba sumida en el abandono y el letargo más profundo de toda su historia. Franco, Caudillo de España, la sacó de ellos y ha conducido a los españoles a metas firmes de prosperidad y bienestar. Metas que, como él mismo dice, no son sino el comienzo, el principio de una obra «cuyo total desarrollo requiere el transcurso de muchos años».

He aquí que en este desarrollo, integrado el Movimiento Nacional en el cuadro institucional de Familia, Municipio y Sindicato, estructurado en las leyes básicas y fundamentales, ordenadoras y garanties, el actual sindicalismo español, lejos de las fratricidas y desangradoras luchas de partidos, supone para esta tarea de reconstrucción nacional «la expresión espontánea y natural de lo real en lo económico y social de los sectores productores de una nación». El orden y la paz, como señala el Caudillo, son imprescindibles para el progreso económico. El que nuestro sindicalismo, teniendo en cuenta las realidades presentes e históricas, una y concilie lo que ayer estaba enjrentado, constituye la empresa más grande y más feliz que pueda acometerse.

Había después el Jefe del Estado de la situación de Gibraltar —«Gibraltar es el símbolo de la supervivencia de una política que ya no tiene razón de ser en estos tiempos y que hemos de confiar que se resuelva a poco que aquélla se transforme y modernice», de la significación del Valle de los Caídos —«El Escorial es el monumento de nuestra grandeza pasada, y la basilica y arvejos del Valle de los Caídos, el jalón y base de partida de nuestro futuro», de la continuidad del sistema, de la confianza, y a la vez temor, por su salud, por sus naturales fuerzas, que en su persona tienen puestas todos los españoles. «Todas nuestras realizaciones son consecuencia de la existencia de un ideario y de la continuidad de un sistema; esto es, de toda una política.»

Por fortuna, España tiene hoy el brazo poderoso y el mismo pulso firme que le han conducido a esta paz, a este orden, a esta normalidad políticas. «Las instituciones podrán presentarse como mejores o peores, pero no ofrecen en sí mismas garantías. Ha de ser la adhesión y el interés que en la Nación despierten las que den permanencia y continuidad».

Hoy, el Movimiento Nacional, bajo el Caudillaje imprescriptible de Francisco Franco, es la institución popular que da vida, orden, paz y normalidad a esta España nuestra, nacida hace veinte años y con vida no sólo para veinte más, sino para una cuenta larga cuyo total podría sumarse en una multiplicación de veinte veces veinte.

VISPERAS EN GINEBRA

DOS DIPLOMACIAS FRENTE A FRENTE

Una vista del salón de conferencias en el Palacio de las Naciones de Ginebra, donde tendrán lugar las conversaciones de los «cuatro grandes»



AMENAZA RUSA DE FRUSTRACION Y ESTERILIDAD

Por ALFONSO BARRA, enviado especial

BRIGADAS de obreros especializados han quitado ya el polvo a los gesticulantes y expresivos frescos de nuestro pintor Sert, que engalanan el antiguo Palacio de la Sociedad de Naciones. Están en su sitio las butacas destinadas a los Ministros de Asuntos Exteriores. Detrás, las sillas para que tomen asiento los séquitos respectivos de expertos y consejeros. A disposición de la Delegación soviética hay más sillas que para las otras. Las autoridades de Ginebra tienen larga experiencia en estas lides y saben que las Embajadas diplomáticas que envía

Rusia se caracterizan, entre otras cosas, por su numerosa concurrencia.

Ningún detalle ha quedado al aire. La Conferencia podrá empezar matemáticamente a la hora prevista. Los que han corrido con la tarea de los preparativos pueden en estas vísperas de la sesión inaugural predecir con toda precisión el desarrollo de los acontecimientos. El protocolo se desenvuelve siempre según idéntico «cliché».

Al decir de estos veteranos ginebrinos, fotógrafos, periodistas y operadores de «cine» y televisión podrán asistir al ritual de

la inauguración de la Conferencia. Después, los delegados quedan a solas. Suelen estar serios, con los rostros inmóviles, como de cartón piedra. También es costumbre que permanezcan horas y más horas con los brazos cruzados sobre el pecho. Los discursos siguen un riguroso turno de rotación y no hay debate ni interpelaciones. Todo frío y calculado.

Fuera es lo habitual, asimismo, que se prodiguen las invitaciones para asistir a reuniones menos protocolarias. Cada noche, respetándose un turno, le toca a una Delegación occidental



Una reciente fotografía de la conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores occidentales, celebrada en París. En el extremo izquierdo, el secretario de Estado norteamericano, Christian Herter

recibir a los soviéticos. A la hora de sentarse para la cena, suele romperse el hielo y hasta se gastan bromas unos a otros. Cuando llega el momento del café se cuida de que todos tengan a su disposición cómodos butacones y de que las botellas de licores estén abundantes. Es el tiempo en que no se ahorran esfuerzos a fin de crear un ambiente amistoso. Ahora es cuando se buscan manifestaciones espontáneas y palabras reveladoras.

Más tarde, los miembros de la Delegación que invitó salen hasta la puerta principal para despedir a sus huéspedes. Entonces se repite invariablemente el mismo diálogo entre ellos.

—¿Qué piensa usted?

—Parece que estaban muy bien predispuestos.

—¿Estuve demasiado insistente?

—En mi opinión, no.

—Pero, realmente, creo que no estuvieron muy expresivos.

—La verdad es que hablaron mucho y, sin embargo, soy incapaz de recordar ninguna manifestación interesante. Nada nuevo.

Este tipo de comentarios suelen repetirse durante los días que duran las reuniones. Así vino sucediendo en otras ocasiones en que los occidentales se reunieron con los diplomáticos soviéticos. Y muchos piensan en Ginebra que las mismas cosas volverán a repetirse ahora. Se basan en la experiencia de todos estos últimos años.

GASOLINA PARA MOSCÚ

Para puntualizar la táctica a seguir y poner de acuerdo propuestas y contrapropuestas, occidentales y soviéticos se han reunido una semana antes de la Conferencia de Ginebra. Los

unos en París y los segundos en Varsovia. Como era ya de prever, no ha escapado mucho al exterior de lo que en esas reuniones previas se dijo y se acordó.

Las de París concluyeron inesperadamente bastante antes de lo calculado. Como despedida se anunció que «hubo completo acuerdo sobre la conducta a seguir en Ginebra». Límites y alcance de esa unanimidad no son fáciles de precisar hasta que la Conferencia de Ginebra toque a su fin. Sin embargo, caben conjeturas con bastantes puntos de apoyo.

Según han ido desarrollándose los acontecimientos internacionales, y a la vista de las declaraciones de las personas más directamente relacionadas con la política, cabe aceptar la tesis de que los occidentales no tendrán mucho nuevo que añadir a lo dicho en 1955. En la misma ciudad de Ginebra y entre las mismas partes. Significa esto que Occidente ofrecería soluciones de arreglo siempre y cuando Rusia aceptara la reunificación alemana por medio de elecciones libres.

De prevalecer esta actitud occidental en Ginebra, quedaria desmentida por los hechos la tan anunciada «flexibilidad» de Macmillan, después de su visita a la Unión Soviética. Quedaría igualmente sin razón la voz de los que han venido «pronosticando» un supuesto temor occidental ante las bravatas de Krustchev sobre Berlín. En resumen, sería la afirmación de una política que no se deja influir ni por amenazas ni por las sonrisas oportunistas de Moscú, con ocasión del visitante de turno. Seguir esta actitud es tanto como la reafirmación de los puntos de vista en favor de la prudencia y de la cautela a la hora de tratar con los soviéticos.

Pero si las potencias occidentales, como parece, no se han puesto de acuerdo sobre ninguna otra posible solución de los pro-

blemas a debatir en Ginebra, esto implica también que estarán a la espera de las propuestas que haga la U. R. S. S. Lo que es lo mismo que reconocer cierta iniciativa diplomática a Rusia en el desarrollo de las reuniones. Y en cualquier caso, facilitarle la vía para llegar a la Conferencia de «más alto nivel» que es la golosina apetecida por Moscú. Con su cuenta y razón, Krustchev ha venido repitiendo que los ministros de Asuntos Exteriores carecen de atribuciones para solucionar ninguno de los importantes problemas planteados. Y por ello reclama siempre una Conferencia entre Jefes de Estados, a ser posible un tú por tú Eisenhower y el propio Krustchev.

AMENAZA DE FRUSTRACION

La finalidad que persigue el jefe soviético al pedir la entrevista en exclusiva con el Presidente norteamericano es sembrar la desconfianza y la división entre los países occidentales. El objetivo que quiere alcanzar con la pretendida conferencia de «alto nivel» es, además, de otros alcances.

Sucede que cuando Rusia propone una entrevista con los jefes de Estado de Occidente, busca el momento en que éstos acudan bajo la presión de importantes problemas internos de carácter parlamentario. La ausencia de sus respectivos países no pueden prolongarse. Los rusos entonces no tienen prisa. A última hora suelen hacer nuevas propuestas, con muchos beneficios para ellos y pocas ventajas para el mundo libre. Este es el instante más peligroso.

La U. R. S. S. pretende de esta manera arrancar concesiones, jugando con la esperanza y deseo de paz de los países occidentales. Son muchos los que creen en la necesidad de conseguir un acuerdo de cualquier alcance durante las reuniones de «alto nivel», olvidando que son



un medio más de lograr un compromiso, pero no la fórmula mágica que solucione los problemas.

En vísperas de las actuales reuniones de Ginebra, Krustchev ha cuidado de difundir la idea

de que los ministros de Asuntos Exteriores únicamente pueden resolver asuntos de poca importancia, por carecer de facultades para decidir por sí solos. Las sesiones que empiezan el 11 de mayo se abren así a la

sombra de esta amenaza de frustración y esterilidad.

Para reforzar su pretensión de ver convocada esa reunión de «alto nivel», la U. R. S. S. ha recurrido siempre a la táctica de las dilaciones, a pretexto de



La última conferencia de los «cuatro grandes», celebrada también en Ginebra

consultar con Moscú. De esta manera, los debates se prolongan indefinidamente, las soluciones parecen hoy al alcance de la mano y mañana son remotas; nunca llega el momento de adoptar un acuerdo en firme. Los delegados empiezan por perder la calma y pronto abandonan toda esperanza de obtener un resultado positivo.

Parece admitido por los comentaristas de política internacional que Rusia no dejará de adoptar esos procedimientos ahora en Ginebra. Mantener la ilusión de un arreglo posible para remitirlo luego a la ulterior decisión de los Jefes de Estado. Resumiendo estos argumentos, el ministro de Asuntos Exteriores francés ha dicho recientemente:

—Es importante recordar ahora que las potencias occidentales no piden nada. Moscú ha planteado los problemas y es de su competencia justificar ante el mundo sus pretensiones. No creo que en la Conferencia de Ginebra se logren resultados positivos.

DOS DIPLOMACIAS FRENTE A FRENTE

Las potencias occidentales que han de ser estudiados en Ginebra los problemas de Berlín, el proyecto para reunificar Alemania y las medidas que garanticen la seguridad europea, incluyendo la inspección y control de las fuerzas militares a ambos lados de las fronteras que dividen el mundo libre y los países sometidos por Moscú. Todos estos asuntos han de ser tratados en bloque, sin desentenderse de ninguno. Este es el deseo de los representantes occidentales.

Rusia va a Ginebra con otros proyectos. Pretende que la reunificación germana es tema a resolver mediante acuerdo entre los Gobiernos de Bonn y Pankov, sin intervención alguna de las cuatro potencias. Con ello, la U. R. S. S. busca el reconocimiento del régimen satélite de Alema-

nia Oriental y un trato de igualdad con la República Federal. Intención también de los soviéticos es la de oponerse a todo estudio en conjunto de los problemas pendientes. De esta manera quiere coaccionar a los occidentales para que transijan en lo referente a Berlín, asegurándoles entonces el acceso a la ciudad. En tal caso, el reconocimiento del régimen de Pankov sería un hecho y, por otro lado, no se haría intento de tratar el problema de la reunificación.

Más tarde, en la conferencia de «alto nivel», Moscú plantearía el tema de la unión germana. Y de plegarse los occidentales a esas pretensiones, se encontrarían entonces ante la situación de haber otorgado ya su visto bueno a la existencia del Gobierno comunista de Pankov. El futuro de Alemania dependería inevitablemente de aquel reconocimiento de la autoridad de Pankov. El comunismo obtendría así una patente para subsistir en un país que lo repudia, como es probado a diario por la cifra de fugitivos que se presentan en Berlín occidental.

Después de las reuniones mantenidas en Varsovia entre las Delegaciones de Rusia, de los países satélites y de China, para coordinar una política en vísperas de la Conferencia de Ginebra, los delegados dieron a la publicidad un resumen de sus trabajos. No dijeron que «coordinar» voluntades era simplemente plegarse a las órdenes de Moscú, única voz que cuenta a la hora de los hechos. Pero sí, en cambio, hicieron algunas interesantes manifestaciones.

En opinión de ellos, la pretensión occidental de relacionar el tema de Berlín con el de la reunificación germana y la seguridad europea «no conducirá a ningún resultado positivo en Ginebra. Cada uno de esos problemas es bastante complejo por sí mismo, sin necesidad de que se hagan más difíciles atándolos como un nudo imposible de deshacer».

Las intenciones de la diplomacia soviética quedan de manifiesto con esas manifestaciones. El periódico «Trybuna Ludu» añadió

también algunas ideas que a buen seguro no eran de su propia iniciativa: «La política de la U. R. S. S. ha hecho lo posible para que la guerra fría toque a su fin. Si en Ginebra no hay acuerdo, ya se sabe quiénes serán los responsables.» Más cícaramente no se puede anticipar la maniobra propagandística que se prepara como reacción y como nube de humo a fin de ocultar los turbios manejos de Moscú. Lo mismo en vísperas de Ginebra que meses antes al provocar el conflicto de Berlín.

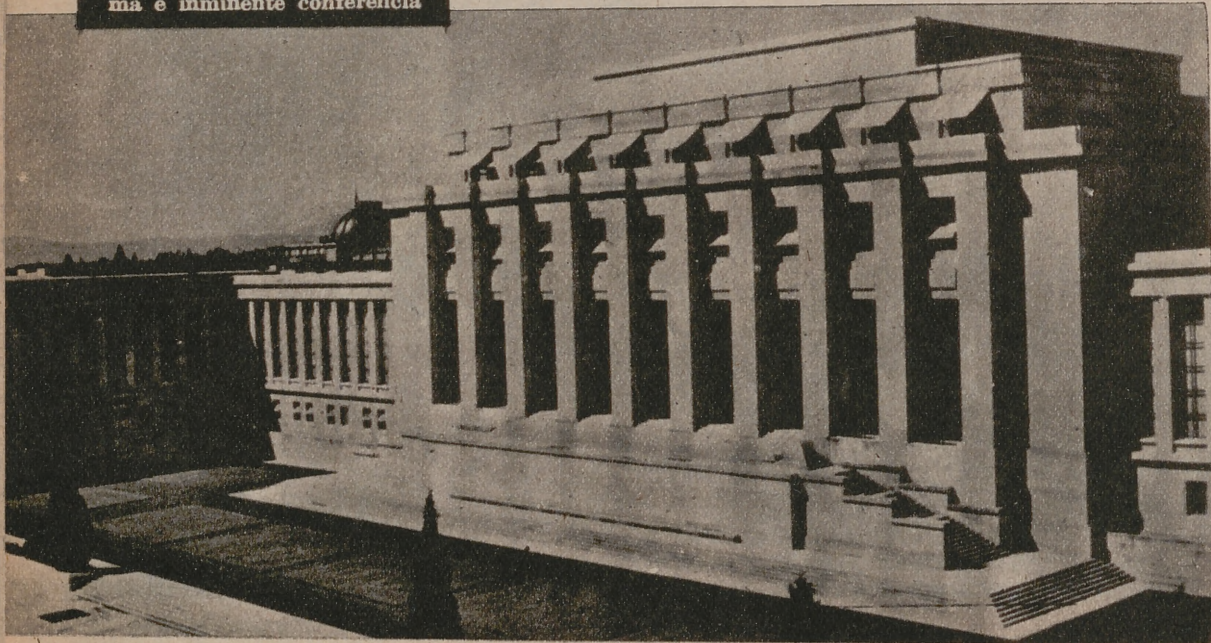
LA CONTESTACION A KRUSTCHEV

De cualquier forma que vayan desarrollándose las reuniones de Ginebra y los resultados que se alcancen es indudable que allí ha de contestar Occidente a las amenazas soviéticas contra Berlín. Ahora, a los quince años de establecer las potencias en guerra las bases para la ocupación de Alemania, queda bien de relieve la falta de visión política que tuvieron. La incompetencia de algunos dirigentes de entonces afecta ahora a la seguridad de todo el mundo libre.

El reparto que establecieron de Alemania lo basaron ingenuamente en la colaboración leal de la U. R. S. S. Y de lo que puede esperarse de ese entendimiento sobran ya ejemplos. Aquella entrega de media Alemania y de parte de Berlín ha degenerado en uno de los más espinosos problemas internacionales de todos los tiempos. Hay pocos signos a la vista de que en Ginebra sea posible remediar el entuerto sin menoscabo de la seguridad europea.

Desde aquellos días en que entregaron caprichosamente a la U. R. S. S. la baza de Berlín y de la zona oriental germana, la diplomacia de las llamadas potencias democráticas no ha logrado reparar los males. Con las últimas pretensiones de Krustchev sobre la capital germana ha quedado bien claro que la posición negociadora de Occidente es limitada, pues ningún derecho en Berlín puede ser recortado o ce-

El Palacio de las Naciones, en Ginebra, sede de la próxima e inminente conferencia



dido. Ahora, en Ginebra sólo quedan tres alternativas para contestar a Krustchev.

Una es oponerse, con todas las consecuencias, a tolerar ningún cambio en la actual situación berlinesa. Esto implica la difícil tarea de conseguir imponer una norma de actuación a la U. R. S. S., evitando que renuncie arbitrariamente a sus obligaciones en la zona oriental de Berlín.

Otra alternativa es mantenerse en la capital germana y hacer frente a la nueva situación que se plantearía si Moscú hace entrega de su zona a las autoridades de Pankov. Por lo que respecta al acceso a la ciudad, la posición occidental quedaría seriamente amenazada y abierta a toda clase de peligrosos incidentes.

Queda, por último, la posibilidad de llegar a un acuerdo con Rusia para asegurar sobre nuevas bases la permanencia en Berlín. Esto entra ya en el capítulo de la negociación y sabido es que la U. R. S. S. no cede ninguna ventaja a nadie si no es a cambio de otras concesiones. Y Occidente no se reservó en Berlín absolutamente ninguna ventaja para ser negociada.

A LA HORA DE ABRIR LA SESION

Este es el problema central que se ventila en Ginebra. Sería muy optimista pensar que la Unión Soviética va a negociar generosamente conociendo los fuertes tantos que tiene a su favor. Con la baza de Berlín en sus manos, pedirá y exigirá beneficios y peligrosas concesiones.

De la imposibilidad de acordar entregas y renunciaciones han hablado en los últimos días los políticos más representativos de los países occidentales directamente interesados en Berlín. El alcalde de la ciudad, Willy Brandt, manifestó una rotunda oposición a todo cambio en el presente «statu quo». Cualquier arreglo vendría a proclamar que es atribución de Rusia otorgar derechos y garantías sobre la ciudad.

En Gran Bretaña se intenta buscar una solución emparejando el problema berlinés con el de la reunificación germana. Así podría negociarse con mayor flexibilidad. Para Christian Herter, el ministro norteamericano, quedaría el último recurso de someter el conflicto a la intervención de las Naciones Unidas. Francia, sin embargo, rechaza esta eventualidad. En Bonn se piensa que todo nuevo arreglo sobre Berlín no haría sino empeorar las cosas.

La tarea, pues, para las Delegaciones occidentales presentes en Ginebra no se presenta fácil. Hay una cosa cierta, sin embargo: una actitud firme, gallarda y unánime es la única capaz de frenar la expansión soviética. Parece que esta conducta ha merecido el previo asentimiento de las potencias del mundo libre con puesto en la Conferencia. Siendo así hay razones para esperar sin inquietud que se abra la sesión.

Alfonso BARRA

(Enviado especial.)



Christian Herter, apoyado en sus bastones, con el ministro francés, Couve de Murville, a la salida de la Conferencia de París

BENAVENTE

EN LA CIUDAD DE LOS GRANDES DUQUES
HAY UN COMERCIO FLORECIENTE

AL LADO DE LA HISTORIA SE
PONE EN PIE LA INDUSTRIA



Una de las esquinas de la Plaza Mayor en una mañana cualquiera. En el centro, el monumento al ilustre benaventano doctor De Castro. A la izquierda, la calle principal de Benavente, conocida por el nombre de La Rúa

HAY que bajar del tren y subir luego por una cuesta larga flanqueada por escasas viviendas hasta donde se hace una curva cerrada ya junto a «La Sorriba», la fábrica de harinas a cuya altura arranca la rampa de la Mota en un cruce de calles. Y luego por allí sí que anda el pueblo con sus calles estrechas, retorcidas, cruzando el desnivel en que se asienta la ciudad de Benavente, en otros tiempos villa de los Condes de este título. Se halla emplazada en una terraza de escasa elevación frente a las vegas amplias que visten de cien colores verdes los ríos Esla y Orbigo, que se juntan abajo junto a las casas últimas. Ocupa el núcleo urbano el extremo meridional de la terraza, rematada en una proa aguda donde hoy sólo se alza, como el último resto del castillo-palacio de la Mota, la formidable torre del Caracol, maciza, con los balcones amplios sembrados por abajo de piedras que se asoman como afiladas puntas de cuchillo. Allí tiene su sitio el nuevo Parque Municipal con una siembra de jardines bajos y arboleda frondosa cruzados por paseos que se alargan en todas direcciones. A allí, desde la altura, puede verse la larga vega, que no tiene horizontes, con Santa Cristina y Manganeses de la Polvorosa perdidos a lo lejos, desde aquí casi pueblos como juguetes hechos sólo para los ojos. Todos los que han mirado la dilatada extensión abierta a estas miradas están de acuerdo en que es uno de los paisajes más bellos de Castilla con injertos geográficos en tierras de León. Por

aquí se suceden las praderas intensamente verdes, los densos plantíos de chopos y de álamos, las huertas con frutales que se estiran hasta tierras de Campos, por donde el sol apunta. Y por Poniente y Norte, kilómetro a kilómetro, todo lo conquistan, un trasfondo lejano de sierra y picos altos que azulean donde ya hay horizontes. Mirando al Mediodía, los ojos sólo abarcan las inmensas llanadas de Barcial.

El vasto anfiteatro que se ofrece, cambiante y armonioso, salpicado de casas de campo y de pequeñas construcciones industriales, cautiva al visitante. La luminosa transparencia de la atmósfera envolviéndolo todo causó la admiración del arquitecto inglés Street hace ya siglo y medio.

UNA CIUDAD ALZADA EN LA COLINA

Benavente, enclavada sobre esta alta colina, a una altura de 724 metros sobre el nivel del mar, es una ciudad de 10.000 habitantes.

El término municipal tiene una extensión aproximada de 4.000 hectáreas, que hacen de la agricultura un capítulo importante. Situado en esta especie de «encrucijada geológica», participa de las características de la región castellana, de la gallega y de la leonesa. Lo mismo se divisan los campos de trigo de la Castilla inmensa y sus llanuras clásicas que el principio o apunte de las suaves montañas de Galicia, amigos de la lluvia, o las arboledas y vegetaciones propias de la provincia de León.

Se nota la trilogía de cultivos en los mismos terrenos cultivados de una extensión mayor en la llanura y reducidos siempre por la vertiente de la zona galaica. Nada de extraño tiene que la producción responda a estas características y que se mezclen la riqueza cerealista con los huertos y el vino con la riqueza forestal. Sus huertos formidables y famosos, que hacen un cerco al pueblo, ofrecen las delicias de la fruta temprana, como el melocotón, la pera, la ciruela y la manzana. Y luego, campo abajo, está abierta la fresca teoría de los frutales y de las alamedas alargándose como una cinta anchísima a lo largo de la vega. Y siendo Benavente ciudad de encrucijada donde confluyen docenas de caminos y carreteras de todo orden, por donde se encauza el tráfico de la populosa región gallega y buena parte del que alientan las provincias de Asturias y León en su viaje a Madrid, aumentado todo esto por la distancia que la separan de las capitales de provincia más cercanas, es natural que tenga una industria y un comercio florecientes. Posiblemente no se han aprovechado todas las posibilidades que en el plano industrial tiene brindadas esta vieja ciudad. Pero aquí están los hechos pregonando una categoría industrial que tiene su importancia en los talleres mecánicos, en las nueve fábricas de harinas que molturan sin descanso, en las cerámicas y fundiciones, en las fábricas de mantas, de yeso, de alpargatas, en el capítulo de la chacinería y en el de comes-

tibles: chocolates, galletas y pastas para sopa.

Y hablando del comercio bien se puede afirmar que tiene un desarrollo completo en proporción al número de habitantes con que cuenta y a los que habitan la comarca que abastece. En las calles de la Rúa y los Herreros, los comercios de ultramarinos y tejidos se suceden los unos a los otros. Y está también la plaza grande de la Soledad como el núcleo central de la industria apretada, lanzada a florecer más cada día.

AL LADO DE LA HISTORIA SE PONE EN PIE LA INDUSTRIA

Nota muy interesante en este aspecto son los célebres jueves de mercado. A ellos concurren gentes de los valles de Vidriales del Tera, de las Vegas de León, de la Tierra de Campos. El aspecto de la ciudad en estos días es abigarrado y alegre. Los campesinos de la comarca hacen motivo de fiesta de asistencia al mercado. Benavente estos días se convierte en pueblo conquistado por los que llegan desde todos los rincones a gastar su dinero en adquirir las cosas necesarias. Las voces altas de los vendedores, el regateo ante los puestos, ese tira y afloja de la venta, los mil colores de las mantas típicas, contagian el ambiente de ese sabor de feria que aquí se multiplica por la plaza de las mulas, por la

de verdura, por la de los cerdos, por la de las gallinas... Ya tiene cada plaza un nombre popular, por encima del propio, para estos menesteres. Con esto, Benavente tiene abierta una fuente de ingresos formidable. De este trasiego vive la mayor parte de su población.

Cuenta también en el pueblo con una gran fábrica, donde trabajan centenares de obreros, elaboradora del azúcar y sus derivados conocida con el nombre de Azucarera del Esla por asentarse a la orilla de este río a unos dos kilómetros de distancia. También el transporte constituye otra fuente de riqueza en esta región, siendo muchas las empresas que se dedican a estas actividades.

De todos modos son sus mercados, conocidos de sobra en toda España, quienes ofrecen la mejor escapada a los productos naturales de su suelo. Su enclave en la mitad de un núcleo ganadero facilita también la venta del ganado lo mismo caballo o de cerda, que lanar y vacuno.

Pero también el pueblo tiene su historia antigua con testigos de piedra. Benavente, ciudad de condes-duques, poblada hacia el siglo X probablemente por el Rey Fernando II, situada al noroeste de España, en un costado de la provincia de Zamora y a sesenta y cinco kilómetros de su capital, tuvo un vivir histórico azaroso e intenso debido principalmente a su posición geográfica y a la topografía en que se asienta. Debe lo más brillante y destacado de su historia a las centurias XV y XVI.

Posee tesoros artísticos y arqueológicos de valor indudable a pesar de que al correr del tiempo se han ido perdiendo muchos de ellos. Cuenta en la actualidad con monumentos y recuerdos antiguos, con entraña y raigambre que pregonan lo que fue en otro tiempo el Benavente antiguo, aquel que conocieron los guerre-

ros y nobles que lo eligieron como núcleo de un imperio potente.

TORRE DEL CARACOL, RELIQUIA DE LOS CONDES

Se brinda a acompañarme en este recorrido monumental que salta en cada calle cuando menos se espera uno de los que saben más sobre estas cosas. José Negro es un enamorado de su tierra que siente la pasión de la investigación y el deso de descubrir a sus paisanos mismos las maravillas que topan con los ojos. En la conversación fueron saltando las notas al papel. Basta sólo hacerlas para contar ahora lo que me dijo entonces. El viaje da comienzo junto a la Torre del Caracol, a la vista de los jardines únicos que algunos de ellos fueron en su día los propios jardines del palacio, antiguamente uno de los más hermosos y famosos de España.

Apenas hace un siglo que se extinguió la línea varonil de los Pimentel. Condes de Benavente y descendientes de Don Fadrique, el hermano bastardo de Enrique II. Hace menos de un siglo el esplendor y la grandeza cercaban esta majestuosa posesión de la familia. Pero hoy no queda más que un viejo torreón. El desaparecido castillo estaba, al parecer, amurallado con sistema de cubos y de almenas. Tenía en las paredes abiertas varias puertas. Pero lo que realmente yo notaba, al parecer, era el lujo que contenía el palacio construido señorialmente dentro de las murallas y de las fortificaciones exteriores que impedían el asalto por sorpresa. Fue adornado posteriormente con bronce, mármoles, jaspes y aun con piedras preciosas haciendo de este modo que hasta fines del siglo pasado fuese este castillo uno de los más suntuosos y ricos palacios en poder

de la antigua aristocracia castellana.

Los Pimentel favorecían a los poetas, pintores y escritores. Tenían en el castillo una magnífica biblioteca donde no faltaban los más codiciados ejemplares antiguos. En los jardines amplios que dominaban los contornos de la pétreo fortaleza se dieron grandes fiestas en honor de los Reyes. Es famosa la ofrecida en honor de Felipe II en vísperas de su desposamiento con la Reina María de Inglaterra. Andrés Muñoz, en una obra publicada en 1554, titulada «Viaje de Felipe II a Inglaterra» recoge y narra noticias referentes a este homenaje dado en honor del más grande Emperador.

También estuvieron en este castillo, por dos veces, los Reyes Católicos. La última vez vino sólo Don Fernando, después de fallecer su esposa, para concertar con Felipe I. César Borgia también llegó en visita a este palacio.

La decadencia de esta construcción comenzó a finales del siglo XVII. En 1808 fue destruido por completo, quedando como reliquia de uno de los mejores castillos de España, el torreón blanqueado que ahora se alza presidiendo un paisaje donde se han dado cita cientos de maravillas.

MONUMENTOS A ORILLA DE LA 'CALLE'

Metidos por el pueblo hay una siembra de antiguos monumentos. Benavente cuenta en la actualidad con tres templos parroquiales, tres joyas de arte; Santa María la Mayor, Santa María de Renueva y San Juan del Mercado. Capillas de San Andrés, San Nicolás, Santa Clara, San Bernardo. Templos con variedad de estilos, exponentes singulares de rica arquitectura que pregonan la tradición religiosa de las gentes que habitaron esta vieja comarca orillada junto al agua del Esla.



La estación del ferrocarril



Iglesia de Santa María la Mayor. A la derecha, uno de los bellos y amplios jardines de Ramón y Cajal, donde antiguamente estuvo enclavado el legendario palacio

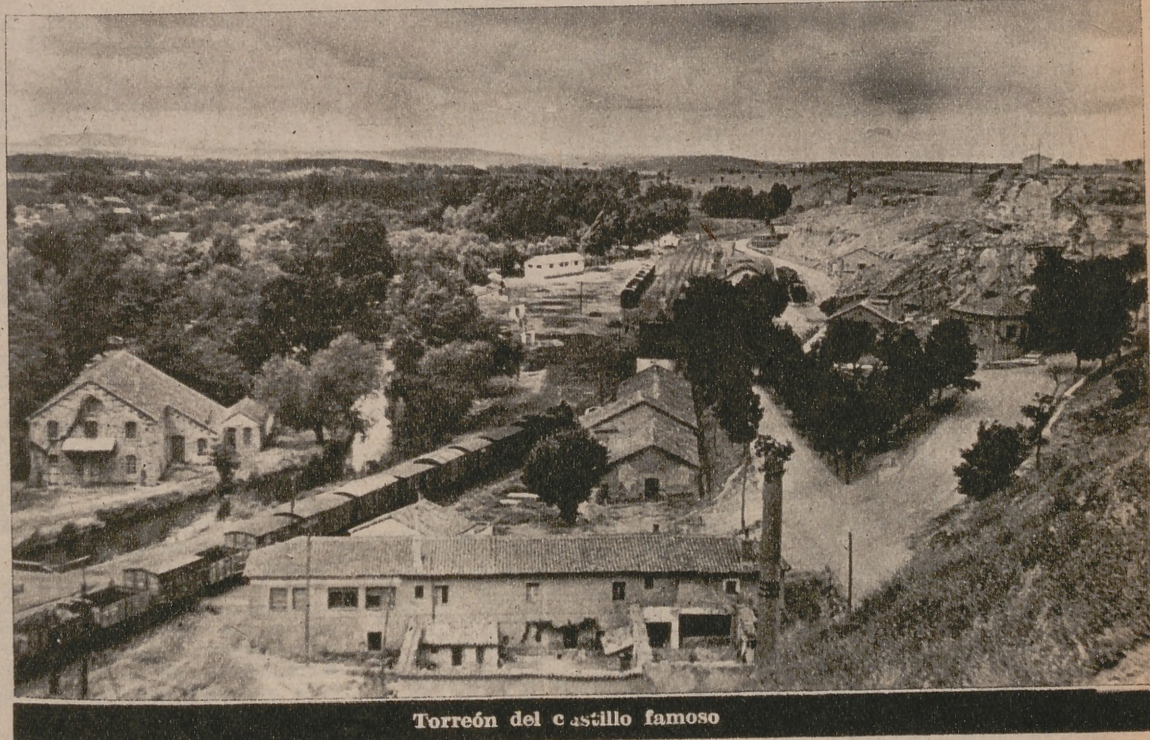
hoy en río dominado por la mano del hombre para hacer el gran salto de su nombre.

Y por otros lugares están los viejos hospitales de la Piedad, de la Milagrosa, de San José y la hermita de la Soledad. Más retar-

zos de arte en la ciudad histórica que ha tenido el acierto de seguir siendo importante incorporándose a las nuevas corrientes de expansión industrial atendiendo al comercio.

Santa María la Mayor o del

Azogue. La más importante joya arquitectónica de Benavente, su tesoro mayor. Una de las más interesantes muestras que poseemos en España del estilo fundamental y dominante por nuestras latitudes en los siglos XI y XII.



Torreón del castillo famoso

Fue construida en varias etapas. Se comenzó en la primera mitad del siglo XII, probablemente en 1160. Es casi seguro que la construcción del castillo y la de este templo se inició al mismo tiempo. En esta iglesia estuvo enterrado el cuerpo de Fernando II desde su muerte ocurrida en Benavente el 22 de enero de 1188 hasta que fue depositado en la catedral de Santiago de Compostela. Se supone que en tiempos de Sancho IV continuaron las obras de alzamiento.

Sus bóvedas son de estilo ojival y han conservado intacta su planta primitiva en forma de cruz latina. El brazo mayor se halla dividido en tres naves. La cabecera remata en cinco ábsides, decorados en derredor, tres de ellos con ventanas bizantinas que tienen en sus jambas columnas que se juntan, formando arquerías de sostén. Este atrevimiento y disposición arquitectónica singular bastaría para colocar a Santa María del Azogue entre los ejemplares más interesantes de la arquitectura religiosa en la Edad Media.

En la puerta que se abre al Mediodía se encuentra, en medio de hojas románico-góticas en los capiteles de sus seis columnas, las efigies de los evangelistas alternando con otras imágenes de santos. En el tímpano aparece un Cordero simbólico que inciensan unos ángeles. La puerta situada al Norte es de la misma época, aunque de líneas más severas, donde faltan por completo los adornos. La principal es de neto orden dórico con macizos ornamentos de pilastras.

En el interior, la iglesia presenta amplias proporciones. Dentro de las tres naves, en cada brazo del crucero, se abren dos capillas. En las dos columnas del centro resaltan las estatuas de la Anunciación, bellísimas muestras del arte bizantino-románico.

La Iglesia de Santa María la Mayor gozó por mucho tiempo del derecho de asilo. La torre es cuadrada y se halla desde el principio reforzada con robustos estribos. Tiene aberturas que tratan de imitar, sin lograrlo del todo, las ventanas abiertas en los ábsides. En la parte más alta se ha instalado un reloj sustituyendo a otro desaparecido que hizo, en tiempos, famosa aquella frase: «Campana, la de Toledo; catedral, la de León; reloj, el de Benavente, y rollo, el de Villalón».

LA VIRGEN FLANQUEADA POR ESCUDOS

Otro ejemplo de la mejor arquitectura, otro tesoro artístico del que los benaventanos se enorgullecen es la iglesia llamada de San Juan del Mercado. La antigüedad de este templo se remonta al siglo XIII. Perteneció en sus principios a la Orden del Temple, pasando posteriormente a poder de la de San Juan Bautista de Jerusalén. Tiene dos portadas que maravillan a cualquiera por su impecable estilo y originalidad. En la del Oeste, que sirve de rincón a una plazuela, no ha llegado aún lo gótico, pero anda ya cercano, según lo atestiguan los finos adornos de las ar-

quivoltas y el trazado de su conjunto, que está ya dentro del período de transición.

La puerta del Mediodía, sin embargo, está llena de claridad de ojiva. Los capiteles están partidos horizontalmente por una moldura y encima asoman las figuras de los apóstoles.

Los entendidos aseguran que esta portada pertenece al siglo XIV. Debajo de las figuras aparecen alargadas espirales y diversos adornos del estilo de transición, ya bastante acusado. En el testero puede verse la Adoración de los Magos. La mayoría de las imágenes se encuentran mutiladas en la actualidad. La puerta es de medio punto y se halla encuadrada dentro de un airoso arco netamente ojival.

La torre, que alza al viento sus piedras ordenadas, es de estructura moderna. Esto demuestra que ha sufrido una reparación más reciente en el tiempo. En el interior, hoy, el templo apenas ofrece nada de interés. En la capilla mayor reposan los restos del Obispo don Francisco Vázquez, que fue capellán del Emperador Carlos V.

Las dos iglesias han sido declaradas Monumentos Nacionales. En esta teoría de antiguos monumentos sembrados a la orilla de las calles estrechas y empinadas no se debe olvidar el Hospital de Nuestra Señora de la Piedad. Su fundación se debe a don Alonso Pimentel, quinto conde de Benavente. La fachada es una muestra del Renacimiento español en la segunda mitad del siglo XVI. Nada empaña su mérito el que tenga marcadas las tendencias de un gótico caduco en el marco de follajes rematado con bordadas agujas y una cruz demasiado labrada en la alta cabecera. En el centro, la imagen de la Piedad —la Virgen sosteniendo el cuerpo de Jesús apenas descendido del madero— es una sencilla escultura de pequeñas proporciones, flanqueada por los escudos de los Pimentel, de una expresividad, conseguida en las formas, que realmente impresiona.

En la puerta hay adornos con herrajes de fina labradura con derroche de aldabas que tienen ya su mérito.

UN CONSISTORIO ENTRE TOSCANO Y DORICO

El interior del Hospital ha sido reformado en tiempos muy recientes, pero aún conserva íntegro su patio cuadrado y con columnas que sostienen la galería superior, que presenta en el antepecho labores parecidas a las de la fachada.

Este centro se cree que en otros tiempos estuvo regido por fraltes de la Orden de San Jerónimo. La más importante de las últimas reformas la llevó a cabo la condesa-duquesa de Benavente, doña María Téllez Girón. José Negro me dice que estos conocimientos históricos sobre los monumentos de la villa se deben al trabajo de don José Almoína, un hombre que se pasó la vida investigando sobre su origen y vicisitudes.

Y dentro de las muestras de arquitectura militar ya ha que-

dado apuntado que sólo queda en pie el Torreón del Caracol, estructura robusta de planta cuadrada que animan tres cubos en otras tantas aristas y anchos miradores sobre las vegas sin linderos.

«TORO, TORO, TORO»

Y aún queda otro capítulo: el de las fiestas viejas, que no han perdido su sabor antiguo. Todos deben saber que Benavente se caracteriza por su alta y acogedora hospitalidad y que en sus fiestas funde en apretado abrazo a todos los que llegan.

Una de las fiestas más tradicionales es la que conmemora la festividad de la Virgen de la Vega, Patrona de la ciudad desde aquella batalla librada por los cristianos contra los moros en la que se asegura que la Virgen tomó parte lanzando piedras contra el enemigo hasta echarle fuera de estas tierras. La fiesta se celebra el 14 de abril de cada año y en este mismo día todo el pueblo, reunido en la Plaza Mayor, pide, al grito de «¡Toro, toro, toro!», a las autoridades, siguiendo un viejo rito, el ya famoso toro enmaromado.

La petición consiste en un acto simbólico, y ya tradicional, en que se suplica la concesión de un toro que el día anterior a la fiesta del Corpus recorrerá las calles enmaromado hasta que, rendido por el cansancio, se le puede dar muerte en la plaza de la iglesia de Santa María. Una vez muerto, los mozos que intervinieron en la proeza del arrastre y del frenar las bravas acometidas del cornúpeto mojan las zapatillas en el sangre del toro.

La fiesta tiene historia y está fundamentada en que un día pasaba por los alrededores de una ganadería una señora acompañada por un niño, en el momento justo en que un toro saltaba por la cerca de una finca. El animal arremetió contra el pequeño, causándole la muerte. La señora, dueña del ganado, mandó que desde aquel día cada año se corriese un toro enmaromado por las calles hasta que el cansancio permitiese matarlo con puntilla. Benavente, fiel a esta costumbre, celebra cada año esta típica fiesta.

Otras de las fiestas importantes es la que se celebra en el mes de septiembre. Dura del 8 al 13. Son días, además, de grandes ferias organizadas por la Comisión de Festejos.

José Negro me dice que Benavente constituye para las gentes de esta comarca lo que constituyó La Meca para los árabes: un centro de compra y venta de productos. La importancia mayor, la actividad más grande de esta vieja ciudad está en sus ferias anuales de Las Candelas, la Ascensión, el Corpus y las también famosas de septiembre.

Pero lo más importante de esta tierra, por encima de todo, es la hospitalidad que ofrece al visitante. Parecen empeñados en que los forasteros, en un plazo muy corto, se sientan como en casa, entre grandes amigos.

Carlos PRIETO
(Fotos Jesús.)

LIU CHAO CHI, NUMERO DOS EN LA CHINA ROJA

MAO TSE TUNG, EN LA SOMBRA, CONTINUA DIRIGIENDO LA POLITICA COMUNISTA

«LAS COMUNAS», EL MAYOR FRACASO ECONOMICO EN LA REPUBLICA POPULAR

CUANDO entró en la inmensa sala comenzaron las aclamaciones, que se repitieron durante largo rato. Pero él no sonreía, porque nunca había sabido sonreír. Allí rodeado de los 1.078 delegados estaba el hombre bajo cuyo poder se hallan 600 millones de seres humanos. Su guerra parda, sin ninguna condecoración ni distintivo contrastaba con las banderas rojas y las estrellas doradas que colgaban de los muros de la gran sala Huai Jen Tang, de Pekín.

Muy cerca de Mao Tse Tung había un hombre de mirada profunda, cuyo gesto era aún más ceñudo que el del supremo amo de la China roja. Era de corta estatura y de delgada figura. Todo su aspecto revelaba insignificancia y, sin embargo, aquel hombre era ya el "Número Dos" del partido comunista chino.

Las aclamaciones continuaron: allí estaban ante todos Mao Tse Tung y Liu Chao Chi, el Presidente que cesaba y el Presidente que llegaba al Poder. No había sido una tarea difícil. Había bastado tan sólo con la decisión de los miembros más influyentes del partido. El Comité Central ejecutivo del partido comunista había "recomendado" la candidatura de Liu Chao Chi al Congreso Nacional del Pueblo Chino, organismo similar al Soviet Supremo de la U. R. S. S.

Teóricamente, el Estado y el partido no guardan relación entre sí, y una "recomendación" de ese tipo no podía tener un efecto inmediato sobre las decisiones del Congreso. En realidad, ninguna otra candidatura para la Presidencia de la República fue autorizada ante los delegados del Congreso. En forma automática, y naturalmente por unanimidad, los delegados "eligieron" a Liu Chao Chi. Todos eran afiliados al partido comunista u obedecían sus órdenes sin tener un carnet, porque así convenía a los intereses del partido.

Mao podía estar satisfecho. Su más fiel servidor había sido ascendido al puesto que él dejaba para consagrarse exclusivamente a la Secretaría General del partido comunista, desde donde, a imitación de Stalin, podrá mane-



Liu Chao-Chi, la sombra de Mao, al primer puesto

Jar todos los resortes del Poder. El día 14 de diciembre, un alto funcionario del Gobierno de Taipeh comunicaba que Mao Tse Tung, en una sesión plenaria del Comité Central Ejecutivo del partido comunista chino, había manifestado su propósito de no presentarse a las "elecciones" presidenciales.

La noticia fué acogida con escepticismo en algunos círculos de Occidente, que prestan poco crédito a las informaciones de la China nacionalista. Pocos días más tarde, la propia emisora de Pakín daba la razón con sus palabras al informe de Taipeh. Mao Tse Tung, que ha cumplido sesenta y cinco años, no quería ser reelegido para la Presidencia de la República y se contentaba con

la Presidencia del Comité Central Ejecutivo del partido comunista, la Presidencia del Politburó del partido y la Secretaría General del mismo. En realidad, hace casi un año que Mao, en otra sesión del Comité, había esbozado su proyecto de abandonar la Presidencia de la República.

DOS DE HUNAN

De Hunan, una de las más antiguas provincias chinas, procede Mao Tse Tung. Allí nació también Liu Chao Chi, cuyo destino parecía estar en seguir los pasos de su paísano en la lucha dura y sin escrúpulos por el Poder. Desde que ambos se conocieran, el papel de Liu Chao Chi quedó reducido a la tarea de imitar servilmente la conducta de Mao.

TURISMO POR CUENTA AJENA

AQUEL señor Attlee que años atrás dió lustre a su nombre por los descabros políticos que cosechaba y por su patológica enemistad contra los españoles, no se resigna a permanecer en el ostracismo. A pesar de que el pobre señor Attlee es ahora una verdadera ruina física de la ancianidad y que a duras penas es capaz de hilvanar una conversación con algo de lógica, todavía hace pinitos de cuando en cuando para recordar a los demás que sigue en este picaro mundo. Y el reclamo que trata de utilizar ahora es la misma fobia antiespañola de antaño.

Si alguna finalidad práctica alcanzan estas trasnochadas piruetas de los Attlee y comparsa no es otra que la de refrescarnos la memoria y decirnos que los enemigos de nuestro bienestar no renuncian a su vieja hostilidad. Supone esto que no cabe abandonar la guardia, que es preciso mantener las filas apretadas. Porque esos grupos que no perdonan la paz y la prosperidad de España siguen atentos en espera de que se produzca una fisura en la unidad para colar en ella sus intrigas.

El pretexto para hacer ruido ahora es la recaudación de fondos económicos destinados a remediar imaginarias necesidades de unos detenidos políticos que sólo existen en la mente de los Attlee y comparsa. Bien es verdad que esta llamada a la caridad ha movido muy pocos corazones; para contar con algunos billetes tuvieron que recurrir a las fáciles tesorías de organizaciones filocomunistas. Y con todo, lo recaudado sólo llega a un flaco total de pocos miles de pesetas en monedas de distintos países extranjeros. Pero lo importante era que no se extinguiera la llama de la intriga antiespañola.

Con ser tan poco lo recaudado es mucho si se tiene en

cuenta que no tienen que atender ninguna necesidad. Reconociéndolo así acaban de anunciar, para tranquilidad de los donantes, que aquel dinero se dedicará a costear viajes a España si alguna vez fuera aconsejable enviar especialistas en Derecho como observadores de la conducta de los jueces. Ni más ni menos.

Es una nota de humor el que toda la campaña petitoria termine en capítulo turístico. Una excursión con gastos pagados justifica después de todo el desvelo de los promotores a este respecto viene a cuento recordar ahora aquel viaje a España de un observador francés que llegó con un cheque en blanco para cubrir todos sus gastos mientras se desarrollaba el juicio en contra de un procesado. De vuelta a su país dió el balance de la misión encomendada: «No recuerdo con exactitud si el acusado fué condenado a un mes de arresto o a quince días. Pero... Chamaco estuvo inconmensurable con la capa en su corrida de Zaragoza.» Buena observación si se recuerda que la política no está reñida con el turismo, sobre todo si éste se realiza por cuenta ajena.

No es que a España le puedan inquietar las intrigas a la vieja escuela de estos impenitentes enemigos. Basta con recordar la tremenda lista de los errores de un Attlee, por ejemplo, artífice de la entrega a Rusia de media Europa para tener la seguridad de que sus actos y palabras no pueden merecer la consideración de cualquier persona con un mínimo de sentido común. En cambio, esas actividades alentadas por el rencor y la humillación del fracaso son muy buenas para hacer recordar que hemos de permanecer unidos y vigilantes. Todavía hay en el extranjero quien está a la espera de un descuido de nuestra parte.

Cuando Mao Tse Tung decidió afiliarse al partido comunista chino, en octubre de 1921, Liu Chao Chi no tarda mucho en adoptar esa misma resolución. Su ficha de entrada fue llenada en los comienzos de 1922.

A partir de ese momento, Liu Chao Chi, que, como Chu Teh, o como Chu En Lai, pertenecía a una familia acaudalada que le había proporcionado todas las ventajas materiales, toma la ruta de Moscú, como los principales revolucionarios comunistas de todos los países.

A Liu Chao Chi se le ha llamado el primer teórico del partido comunista chino, sin contar, naturalmente, a Mao Tse Tung; Liu Chao Chi, uno de los depositarios oficiales de la doctrina comunista en China, aprendió en Moscú los textos de sus maestros. Claro está que, junto al análisis de las teorías marxistas, Liu Chao Chi prestó buena atención al estudio de las tácticas revolucionarias que le iban a servir de mucho, puesto que había decidido especializarse en temas sindicales.

En unos años, Liu Chao Chi ya está maduro para convertirse en uno de los principales exportadores de la doctrina soviética a China. Vuelve a su país y comienza a poner en práctica lo que aprendió en Moscú. En 1924, cuando Mao Tse Tung y Chu Teh logran constituir el Soviet independiente de Kiangsi, Liu Chao Chi tiene nuevas oportunidades, desempeñando diversos puestos en el territorio dominado por los comunistas.

Pero Chan Kai Chek ha comprendido claramente el peligro que para toda China representa la existencia de ese pequeño Estado comunista. En 1933, cuando dispone de tropas suficientes y bien entrenadas, emprende el ataque contra Mao. Pocos son los auxilios que el jefe comunista puede recibir en esa época de Rusia. La U. R. S. S. no está aún bastante industrializada para poder ayudar a mantener el comunismo en otras zonas del mundo. Además, Rusia tiene miedo de las demás naciones y se reserva para sí todas sus armas.

Por estas razones, Mao huye sin presentar en ningún momento una auténtica batalla. Es la "Gran Marcha", una retirada que dura dos años y que lleva a las unidades comunistas hasta Yenán, en el noroeste de China y precisamente en las proximidades de la frontera con la U. R. S. S.

CONTRA LI LI SAN

Cuando en 1937 los japoneses invaden China, comunistas y nacionalistas se unen, siquiera sea teóricamente, para luchar contra el invasor. Liu Chao Chi es nombrado director de la Unión Sindical Nacional, y en 1938 llega a ser presidente del Politburó del sudoeste de China y comisario adjunto y jefe del Estado Mayor de la V División del IV Ejército.

Cuando concluye la guerra sobreviene de nuevo la pugna entre comunistas y nacionalistas. Como siempre Liu Chao Chi está junto a Mao, quien entonces necesitaba toda la ayuda de sus



compañeros. En el partido se enfrentaban dos clanes opuestos: el de Li Li San, antiguo secretario general del partido comunista chino, y el del propio Mao. Durante algunos meses, la pugna se mantiene sordamente entre ambas facciones. Ninguna de ellas tenía fuerza suficiente para destruir a la otra y cada una se mantenía a la espera de la decisión suprema, que sólo podía llegar de Moscú. La voz de los oráculos del Kremlin se dejó oír por fin, y Li Li San abandonó la partida. Los dirigentes de Moscú habían decidido que sería Mao el que mandara todas las fuerzas comunistas que tratarían de expulsar de China a los nacionalistas.

A partir de entonces acompaña a Mao en su carrera de ascensos. El 21 de septiembre de 1949, el Congreso Político Consultivo del Pueblo Chino le designa para ocupar una de las seis Vicepresidencias de la República. Ahora, en esta Asamblea que, por orden de Mao, le ha elevado, el 26 de abril, hasta la Presidencia, desempeña el puesto de presidente del Comité Permanente.

LA CUNADA DE CHAN KAI CHEK

También eran ricos los padres de Tung Pi Wu, uno de los dos nuevos vicepresidentes de la República que han sido nombrados por el Congreso Nacional del Pueblo Chino. Tung Pi Wu, cuya antigüedad en el partido data de 1921, había sido anteriormente un colaborador del doctor Sun Yat Sen, el fundador de la República china.

Después del inevitable viaje a Rusia, en donde vivió varios años estudiando en el Instituto Lenin, ha intervenido fundamentalmente en temas económicos y diplo-

máticos, representando a los comunistas en diversas negociaciones, como la de Siam o la Conferencia de San Francisco, en calidad de miembro de la pequeña fracción comunista englobada dentro de la representación general china.

Tung Pi Wu tiene setenta y dos años, es miembro del Comité Central Ejecutivo y del Politburó del partido comunista. Disfruta de un amplio poder en la China roja, que es algo muy distinto de lo que hubiera querido para su pueblo el doctor Sun Yat Sen.

La viuda de éste, que hasta ahora desempeñaba la Presidencia de la Federación Democrática China de Mujeres, ha sido elevada a otra de las Vicepresidencias. Hija de James Charles Soong, un emigrante enriquecido en los Estados Unidos, contrajo matrimonio con Sun Yat Sen. Soong Ching Ling ha hecho carrera en el campo comunista, donde se muestran muy interesados con su adhesión, ya que, a los ojos de muchos, hace aparecer a los comunistas como herederos y continuadores de la doctrina de Sun Yat Sen.

Soong Ching Ling no está, desde hace mucho tiempo, en relación con sus hermanas. La razón es bien clara; una de ellas es esposa del famoso banquero H. H. Koong, opuesto al régimen de Pekín; la otra, Soong Mei Ling, es la esposa de Chan Kai Chek.

El Congreso Nacional del Pueblo Chino ha aprobado la composición del nuevo Gobierno comunista, que difiere muy poco del anterior. El llamado Consejo de Estado, bajo cuyo nombre designan ellos el Gobierno, se compone de dieciséis vicepresidentes, un secretario general y treinta y ocho ministros y presidentes de

El esfuerzo infrahumano en las «comunidades» no ha podido impedir el fracaso económico

Comisión. De los dieciséis vicepresidentes, doce desempeñaban su puesto en el Gobierno anterior.

EL "PARAISO" TIBETANO

Liu Chao Chi ha sido, en opinión de muchos comentaristas, una solución al problema creado a los dirigentes de Pekín por la rebelión del Tibet. Según esta tesis, Chu En Lai era precisamente el designado para llegar a la Presidencia de la República, pero los dirigentes de la China comunista no han querido que "padezca" el prestigio de Chu En Lai, colocándole ahora en un puesto tan destacado en el exterior en los momentos en que los pueblos de Asia comprenden la política comunista.

La rebelión del Tibet ha hecho ver a muchos, incluso a neutralistas acérrimos que no es posible una política de amistad y comprensión con la China roja. Por esta razón el ascenso político de Chu En Lai ha sido definitivamente anulado.

Ha sido precisamente en la sala "Hwai Jen Tang", de Pekín, donde Chu En Lai, antiguo ministro de Asuntos Exteriores y en la actualidad Jefe del Gobierno, ha "explicado" a los delegados la versión comunista de lo que ha pasado, pasa y pasará en el país de los lamas.

"Nosotros haremos del Tibet un verdadero paraíso", ha declarado Chu En Lai, que ha trazado el plan general de acción para librar al Tibet de la "odiosa esclavitud" en que se hallaba. Claro que, según las trazas, los tibetanos han demostrado con las armas en la mano que prefe-

rían esa supuesta "e-clavi ud" a los grandes planes democráticos de desarrollo anunciados por el Jefe del Gobierno chino.

En esos proyectos se comprenden, naturalmente, la extensión al territorio tibetano de las comunas el funcionamiento permanente de los Tribunales populares, los campos de concentración y las clases obligatorias de adiestramiento marxista.

Ante los delegados que han aplaudido en cada momento sus palabras, Chu En Lai ha pretendido limitar tan sólo a 20.000 el número de tibetanos que habían tomado parte en la rebelión. Pero como esta cifra, ya considerablemente reducida, podía expresar el auténtico deseo de independencia y libertad del pueblo del Tíbet, Chu En Lai ha añadido que la mayor parte de los rebeldes estaban engañados por sus jefes que les enviaban a luchar contra sus "liberadores" de la China comunista.

Según Chu En Lai, un grupo de "reaccionarios" que prácticamente se han llevado al Dalai Lama hasta la India es el directamente responsable de los desórdenes. Así en su opinión el pueblo tibetano está muy contento con que hayan desaparecido sus verdaderos dirigentes para ser sustituidos por los jefes del Ejército rojo chino.

No ha podido tampoco faltar una burla cínica y grosera a las creencias del pueblo tibetano. El ateo Chu ha declarado:

"Los reaccionarios tibetanos inventan imágenes piadosas y creen que todo el mundo irá al cielo." En un largo discurso de 39.000 palabras, el Jefe del Gobierno chino ha analizado ante los delegados del Congreso los diferentes aspectos de la gestión del Gobierno y de la política internacional, mostrándose completamente adicto a los puntos de vista mantenidos oficialmente por Moscú. Los ataques a la China nacionalista, a la S. E. A. T. O. y a los Estados Unidos han sido

tan violentos como grandes las alabanzas a la política económica de la República Popular y a la actuación de la U. R. S. S. en Berlín y en el asunto de la conferencia de alto nivel.

AL SUR DEL RIO AMARILLO

Cuando desde las provincias centrales los Ejércitos comunistas emprendieron la conquista del país, los comisarios políticos, los jefes y los oficiales de cada unidad recibieron órdenes severísimas. No debía haber tolerancias, robos, saqueos ni vejámenes. Estaba igualmente prohibido mencionar a los pobladores de las ciudades ocupadas las doctrinas marxistas. Había que hablar solamente de una nueva China y poderosa, en donde pudiesen vivir con toda felicidad 600 millones de seres.

Las órdenes fueron cumplidas a rajatabla. Los oradores que acompañaban a los Ejércitos comunistas prometían en todos los lugares que la propiedad de la tierra sería distribuida entre los que la trabajaban. Todos tendrían campos que cultivar y cosechas que recoger si ellos los "liberadores", lograban expulsar a los hombres de Chan Kai Chek.

Como no podía menos de suceder en aquellas masas ignorantes y hambrientas, los Ejércitos comunistas se vieron pronto reforzados con miles de voluntarios que descaban sinceramente coadyuvar a su victoria. Cuando ésta llegó, Mao Tse Tung repartió todas las tierras, pero antes, para evitar cualquier resistencia, fue preciso que los comunistas realizaran el para ellos pequeño trámite de asesinar a diez millones de propietarios. Nadie podía oponerse a que los campos fueran distribuidos entre los campesinos. Cada uno recibió un lote de parcelas y se dispuso a la tarea con ahínco, olvidando que aquella

tierra había sido pagada con sangre.

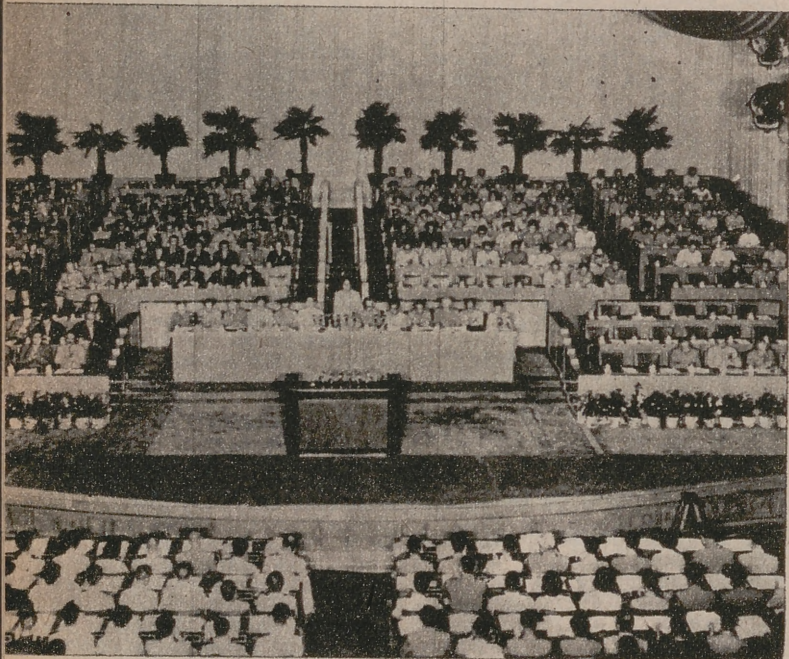
Fueron precisos solamente unos meses para que aquellos campesinos, nuevos "propietarios", se percataran de que habían sido miserablemente engañados. Cuando llegó la hora de recoger el fruto de su trabajo, el Gobierno comunista advirtió a los agricultores que las cosechas le pertenecían íntegramente. Los hombres que las habían ganado recibirían por ellas una cantidad miserable que hacía su situación económica mucho peor de la que tenían cuando eran unos simples asalariados.

El engaño no pudo mantenerse durante mucho más tiempo. Los dirigentes comunistas advirtieron con claridad que los rendimientos agrícolas descendían en proporciones alarmantes. Nadie podía sentir ningún estímulo en cultivar unas tierras que no le rendían ningún provecho. Se ensayaron las cooperativas y fracasaron igualmente. Entonces, y quizá en la mente de Mao, surgió la idea de las llamadas "comunas populares".

En el mes de septiembre de 1957, 43.000 personas procedentes de distintos lugares de China fueron trasladados a la provincia de Honan, al sur del río Amarillo. Aquellas gentes constituían un total de 9.000 familias con las que se iba a realizar el más despiadado experimento acometido en la Historia. Instalados en un campamento, sin tener en cuenta las unidades familiares, las 43.000 personas fueron destinadas a los trabajos más diversos. Unas trabajaron la tierra, otras construyeron caminos, algunas más tejieron ropas para los demás. Los niños eran colocados en guarderías especiales totalmente aisladas de sus padres; hombres y mujeres trabajaban juntos en brigadas de trabajo en las que se había procurado separar a los que estuvieran casados. Así nació la primera "comuna popular", después multiplicada en tantas otras por todo el territorio del desgraciado país.

En ellas falta la comida y los accidentes de trabajo alcanzan unos porcentajes desconocidos en el resto del mundo; los obreros se desmayan agotados ante las máquinas con las que trabajan, y la mortalidad infantil rebasa proporciones increíbles.

Todo eso no importa en Pekín. Interesa tan sólo el éxito económico de esas comunidades monstruosas de las que se pretende que salga el nuevo hombre de China, un individuo desarraigado totalmente de los que le rodean y que sólo muestre afecto y devoción por el partido comunista de la República Popular China. Desgraciadamente para los dirigentes de Pekín, y como era lógico suponer, este caos moral y material en que se debaten tantos millones de seres no podía dar los rendimientos económicos apetecidos. Las "comunas populares", y éste es el único argumento que se considera en Pekín, no proporcionan los beneficios que de ellas se esperaban. Son un completo fracaso, y hasta el Congreso Nacional del Pueblo Chino, reunido en Pekín, ha llegado el balance



En el último Congreso del partido, Mao habla a los delegados



A la derecha de Mao, Liu Chao-Chi, en una fotografía tomada a la salida de una de las sesiones del Congreso.

económico de ese gigantesco crimen que no reporta las ventajas que esperaban los asesinos.

LAS "COMUNAS", EN WUHAN

Al frente de cada nueva "comuna" los dirigentes de Pekín pusieron siempre a hombres de su entera confianza. Directores y administradores estaban libres de toda sospecha. Según las últimas investigaciones realizadas por los propios comunistas chinos, esos hombres han ocultado gran parte de la producción de las "comunas", que debía ser entregada en su totalidad al Estado.

En el llamado Congreso Nacional del Pueblo Chino han sido presentados varios informes sobre el funcionamiento de las "comunas" que dejan traslucir su indudable ineficacia económica. La ocultación de parte de las mercancías ha provocado un grave colapso en el abastecimiento de los grandes centros urbanos de China.

Si se tiene en cuenta además que en esas ciudades no existen "stocks" de alimentos ni tampoco los habitantes pueden dispo-

ner de reservas, faltos de dinero con que adquirirlas, puede advertirse la crítica situación alimenticia en densas zonas chinas. Así, a las gentes que sufren en las "comunas" se unen también las que padecen las consecuencias de su establecimiento.

Las "comunas", con su acentuada tendencia a la autarquía económica, se han revelado utópicas. Naturalmente, que desde un punto de vista moral y humano el calificativo que les corresponde a estos antros, donde se hacina y muere el pueblo chino, es muy distinto, pero consideradas desde un punto de vista económico, han sido un fracaso y ésta es precisamente la peor afrenta al régimen de Pekín. Para quien sólo cuentan, en efecto, los motivos económicos.

La producción de las comunas es escasa y cara. Sus miembros, mal alimentados y escasamente adiestrados, no pueden dejar de evidenciar en su producción que son efectivamente trabajadores forzados. Las ocultaciones de hasta el 15 ó el 20 por 100 de los productos contribuían aún más a disminuir los "stocks".

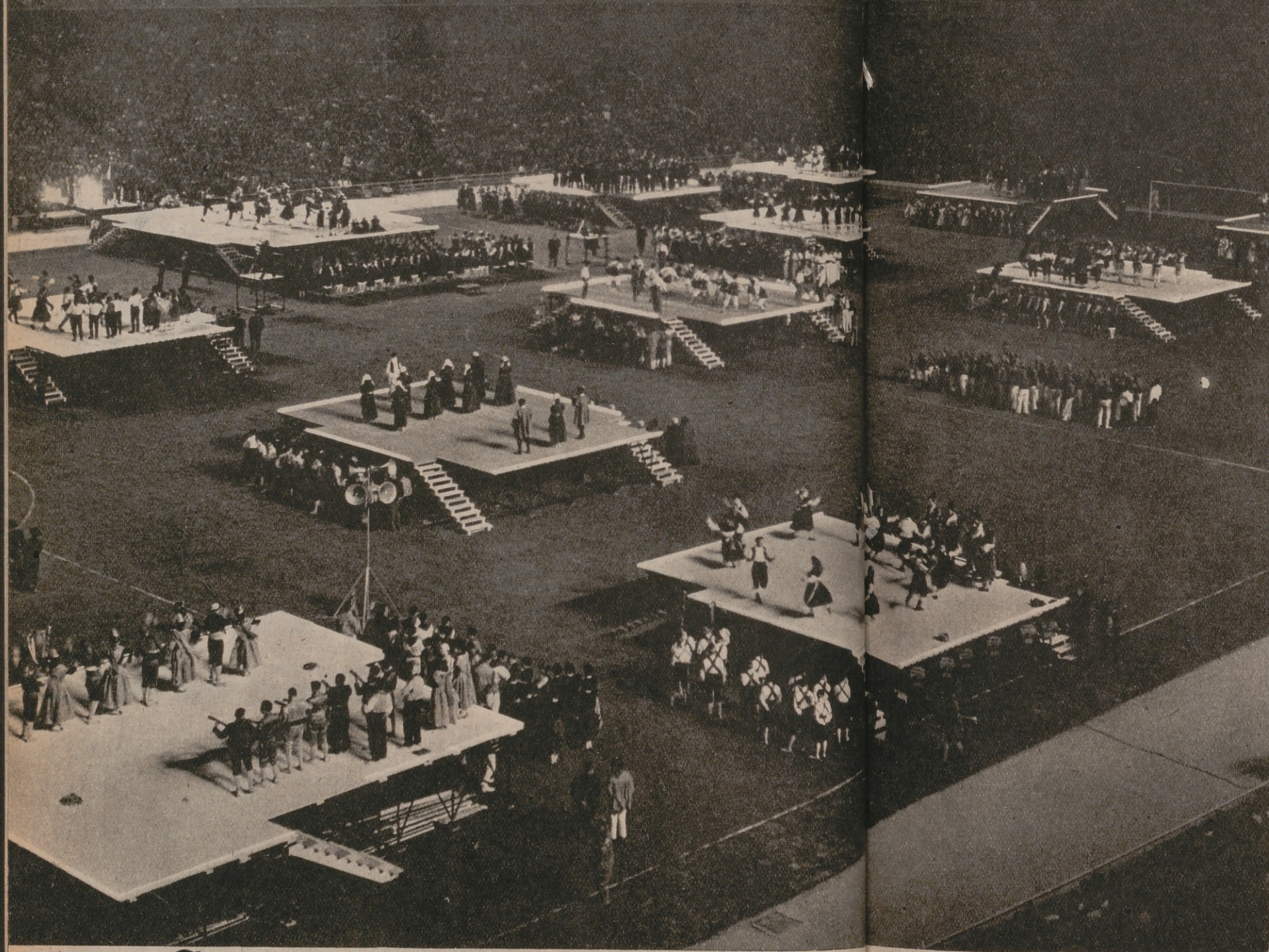
Empeñados en la realización del socialismo por las "comu-

nas", los líderes de Pekín no han pensado en eliminarlas pese a sus deficientes resultados económicos; se han limitado a modificar su organización y funcionamiento, haciendo aún más dura la vida de los seres adscritos al trabajo de las "comunas". En la pasada Conferencia de Wuhan se ha modificado este régimen con diversas medidas.

Hasta ahora, por ejemplo, los habitantes de las "comunas" recibían como parte de su retribución la comida. La nueva organización ha decretado que esos gastos son demasiado elevados y se ha limitado a reducir a un 50 por 100 el suministro de productos alimenticios y compensar esa reducción con el pequeño aumento del jornal. La consecuencia es evidente; el obrero chino, que antes no tenía suficiente con la escasa ración alimenticia que recibía en la "comuna", dispone hoy de la mitad de esos alimentos y de una pequeña cantidad suplementaria, insuficiente para permitirle alcanzar la ración, ya mínima entonces.

Guillermo SOLANA

En el madrileño Estadio Bernabéu, en la noche del 1 de mayo, España entera en la música y la danza



ESPAÑA ENTERA EN LA MÚSICA Y LA DANZA

DIEZ MIL PRODUCTORES DE TODAS LAS REGIONES PARTICIPARON EN EL GRANDIOSO ESPECTACULO DEL ESTADIO SANTIAGO BERNABEU

UN MOSAICO VARIADISIMO DEL MEJOR FOLKLORE Y LAS MAS ANTIGUAS TRADICIONES

El aire está poblado de colores. Fuera queda la gente, que se agita incesante para penetrar en el Estadio de Chamartín. Los curiosos que aún conservan la esperanza de verlo todo sin billete. Dentro, solamente esta abigarrada masa de colores.

Es un espectáculo colosal, que nunca pudo imaginarse. Por dos inmensas rampas iluminadas con neón, la representación de todos los productores de España sale en procesión interminable. No hay orden de provincias ni separación en la aparición de las regiones. Todos con todos podría ser el lema de esta magna I De-

mostración Sindical de Música y Danza, en la que diez mil trabajadores, magníficamente entrenados, muestran la esencia de su arte purísimo y riquísimo.

En la tribuna de la presidencia, el Jefe del Estado y Doña Carmen Polo de Franco. A su lado, el Ministro Secretario General del Movimiento, señor Solís, Delegado Nacional de Sindicatos. El Estadio, atestado de público anhelante.

Aclama la gente a su Caudillo, y en su clamor está presente el poderío y la pujanza, sea cual sea la demostración, de la Organización Sindical, del pueblo, de los trabajadores, de España entera. Hace apenas unos días eran los Consejeros del Consejo Social, representantes directos de más de ocho millones de trabajadores, los que daban una prueba más de su madurez política, al estudiar importantísimas cuestiones del mundo laboral. Hoy, en esta noche de mayo madrileña, otros trabajadores españoles —distintos nombres, pero la misma familia— han demostrado, otra vez también ante su Caudillo, de otra manera, sí, la fuerza viva de una organización,

de una unidad, de una empresa común.

Aún no se ha apagado el ronco clamor de entusiasmo que acogió la presencia del Jefe del Estado, cuando la doble fila que vomitan las dos rampas llega hasta delante de la tribuna, saludan y parten para su tablado o grada. Aquí está Mallorca, y Asturias, Murcia, Avila, Aragón. Aquí está Santander, y Cataluña, y Córdoba, y Sevilla.

Cuando los dieciocho inmensos tabladros se iluminaron, al pie, en perfecta formación, los grupos que en ellos habrían de actuar, España fué como una antorcha de alegría.

Pero éste fué el final grandioso. Antes, muchos hombres y mujeres habían trabajado para lograr juntos esto. Una quiso irse a auscultar primero ese trabajador corazón de España.

UN MOSAICO DE GENTES

Desde lo alto de la escalerilla, antes de penetrar en los vestuarios en los que diez mil productores están preparándose ya para salir al césped de la exhibición,

me acomete una sensación de mareo. La masa inmensa de los participantes se agita de aquí para allá. Hay un aire de bandurrias como fondo. Hay grupos que cantan a media voz, otros que bromean con los de alguna provincia lejana. Hay hombres y mujeres del trabajo que vinieron a mostrarnos lo que son capaces de hacer en este mundo del canto y de la danza de nuestra tierra, y lo van a hacer con alegría.

Para lograr esto ha sido necesario un esfuerzo tremendo de la Organización Sindical por medio de la Obra de Educación y Descanso, que mantiene vivo desde hace años el interés de estos grupos de Canto y Danza, y que puede decirse que son conocidos en el mundo entero. Son trabajadores que fuera de las horas de trabajo hacen arte.

Esta tremenda concentración ha exigido muchas horas de preparación y un colosal esfuerzo técnico. El resultado ha sido un engranaje perfecto, un orden y un «fácil» salir las cosas que sólo puede lograrse con la buena colaboración de todos, ya que han sido nada menos que cincuenta y siete grupos de danzas, treinta coros, nueve rondallas y quince bandas los que han intervenido en la Demostración.

Ayer, anteayer apenas, han bailado en las Empresas y plazas de Madrid. Los hemos visto bajándose de los grandes autocares con sus rostros alegres, los estandartes tremolando y el ímpetu de su región de origen como consigna.

«¡Hala Aragón!», «¡Hala Santander!», o «¡Bien por Sevilla!» Así decían. Ahora están aquí todos juntos, en un alarde nunca visto de fraternidad alegre.

Pero qué duda cabe que el pueblo de uno es siempre mejor que el de al lado. Qué duda cabe que nuestro Patrón ha de quedar por encima de todos los otros. Y que la advocación de la Virgen que ha de ser tan ensalzada que todos los demás la reconozcan primera.

Así es nuestra tierra. Un mosaico de tradiciones, caracteres y folklores. La más variada y rica de las del mundo en esto de la música, en esto de la danza.

Ando por entre los grupos. Aquí hay movimiento y alegría, es cierto. Lo que no hay es chabacanería, ni aire bronco, ni malos modales. Si una rondalla toca, chicos y chicas —cordobesa junto a pañuelo aragonés, blusón santanderino contra toca mallorquina— bailan «agarrados».

Los de Madrid, un grupo de la Renfe, están sentados en las escalerillas. Un dulzainero viejo y valenciano se sienta silencioso al lado de ellos, con el instrumento sobre las rodillas. Los majos y las majas de la Renfe le desbordan en un momento. Veinticuatro componentes tiene este grupo de Danzas. De ellos, dieciséis chicos, pertenecientes a todas las dependencias de la Empresa, y que bailan como los propios ángeles.

En esto del hablar y el entenderse y enterarse puede con todos Juan Alonso, que es alto y simpático y tiene el explicarse claro. Juan es quien enseña las danzas.



Coro de mineros de Turón. Los que están sentados juegan con los faroles y cantan «Desde Córdoba a Sevilla». En pie, los mineros de Almadén, con casco, contemplan el juego de los asturianos



Danzantes leoneses de la Laguna de Negrillos. Todos ellos son labradores

Pertenece al grupo desde hace ocho años.

—¿Ensayáis mucho?

—Ses horas semanales. Con el entusiasmo se pueden hacer muy largas.

—¿Y qué bailáis?

—De lo nuestro; lo que nos echen.

Juan Alonso trabaja en Talleres Generales. Debe de tener su gracia en esto del bolero y las seguidillas madrileñas.

Luego vi fuera a todo el grupo en el tablado del Estadio, derrochando garbo.

LUGO: PANDERAS Y BARBEROS

Aún falta para que comience ese desfile interminable ante la tribuna, en el que todos los grupos de danza, coros, bandas, coblas y rondallas, han de hacer su impresionante aparición en el césped...

¿Hace falta que les cuente que los de una región se "pican" con los de la próxima para cantar aquí dentro más fuerte y dejar chiquitos a los otros? Es bueno que cada cual quiera ser el mejor.

El coro de Valladolid --hombres muy correctamente vestidos de smoking-- pasa bailando una conga, en la que sólo dicen: "¡Valladolid, Valladolid, Valladolid!". Y se van muy serios, como una serpiente circunspecta, matándose por entre los grupos más diversos, arrasándolo todo. Al final, vi cómo se les unía una gordesita de traje alegre, que en

la distancia ponía un rabito de color en la larga lila.

Los rojos trajes galaicos me llevan hasta un grupo de muchachas. Manolá Arias y Josefina Vázquez, profesora de Corte, no han venido a bailar la muñeira de Lugo, sino solamente como componentes del coro.

—Pero bailamos. Diga usted que bailamos como nadie.

El corro se agranda. Una rubia cabeza de muchacho se asoma curiosa.

—Oiga, esto ¿para qué es?

—Para el periódico, hijo.

—¿Va usted a ponernos muy bien a los gallegos?

—Ya lo creo.

El muchacho se llama José Manuel García Robles.

—Bailo, canto y toco la pandera.

Dicen las chicas:

—El mejor de Galicia tocando la pandera.

El grupo, según cuenta, está infestado de barberos, muchos barberos. Y algún mecánico que otro. Oficinistas, los menos.

Luego José Manuel, con sus diecinueve años inquietos, me alcanzó cuando bajaba al césped por el túnel de jugadores.

—Que para qué periódico es esto.

Y se lo dije.

EL DEMONIO ERA UN BUEN HOMBRE

He aquí un primero de mayo agitado y alegre. San José Artesano debe de andar contento por allá arriba con tanto patrocina-

do como le honra aquí abajo. Uno de los patrocinados es esta servidora de ustedes que con el sol a plomo celebra la fiesta trabajando. Pero como una tiene el contentar fácil, piensa que peor sería no verlo. Hasta que un tío con un bombardino me suelta un toque casi en la misma nuca y me saca de cavilaciones y, si se descuida, casi del estadio. En lo del susto fui a darme de manos a boca con un demonio negro, pintarrajeado y cargado de cadenas.

El demonio—lo que son las cosas—resultó ser de Molina de Aragón y muy buen hombre. Jesus Ruiz, jornalero, por más señas, y para servirles, que él me dijo.

Otro del pueblo, Mariano Paracuellos, jornalero también, me cuenta que además de este demonio hay otros por los alrededores. Pero por lo visto los tienen neutralizados a base de ángeles.

—Es la danza de Nuestra Señora de la Hoz. La repetimos todos los años.

Allí, es el barranco inmenso y bellissimo, se celebra todos los años en el tercer domingo de mayo, esta danza, todo un ritual que tiene como base la leyenda.

—Leyendas hay varias. Cada año se representa una.

Entiendo que hay una de un

viajero y otra de no sé quién abandonado.

—Lo que siempre aparece son los ángeles, los demonios y los pastores.

El tercer domingo de mayo, en el barranco de Molina de Aragón, una tradición hermosa que no muere remueve a este fantástico pueblo nuestro de sus quehaceres habituales para consagrarse como hoy a la leyenda.

LOS SALMANTINOS Y EUROPA

Viejo, como de setenta y cinco años, alto y enjuto, el tamborilero salmantino tiene los palillos encajados entre jubón y camisa. Toca para el grupo de Danzas de su tierra todo el año tres días a la semana.

Este grupo es nada menos que el ganador del Primer Premio de la primera categoría en dos Concursos internacionales. Su jefe, Federico Lozano, sastre, tiene la Medalla de Plata de la Obra Sindical. Lleva desde 1943 al frente del grupo.

Con "Las cintas" y "La rueda" han llevado el sabor de la tierra salmantina a todas partes de Europa. Los del grupo son verdaderos entusiastas del canto y la danza regional.

—Con decirle que ni los casados lo dejan.

Uno de los casados interviene:

—Y que hasta los chicos van a entrar en grupo. Yo tengo uno de tres años que ya baila que da gusto verlo.

Federico Lozano sonríe en su sobrio traje salmantino. Tiene un rostro noble de castellano, un rostro lleno de expresión limpia y simpática. Da la mano con energía.

—Ya ve que aquí no falta el entusiasmo.

En todo esto hay un detalle que no dejo de apuntar. Entre todos los grupos, hombres y mujeres tan distintas, se responde a las preguntas con sonrisas y sin extrañeza. Las voces son educadas, los gestos simples y llenos de una gran dignidad. Su

papel lo toman muy en serio y muy en serio se me responde.

Al hablar con los danzantes leoneses de la Laguna de Negrillos pienso sin querer en lo lejos que están estos labradores de los "paletos" que Herreros pinta a veces. Los labradores que componen el grupo son jóvenes, pero el jefe de danzantes, Santiago Matilla, ya tiene sesenta y tres años. No se asombra lo más mínimo de mis preguntas. Tiene un sentido sencillo y agradable de la cortesía. Responde con claridad.

Observo una gran sensibilidad en todos estos trabajadores que danzan o cantan. El sentido del arte les es connatural y lo lógico en ellos es esta llaneza, con la que se descubren respetuosos para hablar con la "Prensa" preguntona.

MINEROS DE TURÓN. SIMPATIA CON FAROL Y "MONO"

Y entre los simpáticos grupos, entre lo más dinámico de los trabajadores españoles, el coro de mineros de Turón.

El coro se ha formado alegremente. Unos quince mineros —"monos" azules y los típicos faroles de mina colgados al cuello— se agachan en círculo en el suelo. Otros tantos o más en pie miran jugar a los otros.

Cantan:

*Desde Córdoba a Sevilla
han hecho una gran pared, pared,
[pared,*

*por la pared va la vía,
por la vía pasa el tren.*

El juego consiste en pasar el farol rítmicamente al de al lado. Cuando dicen "pared, pared, pared", el farol va y viene hacia derecha e izquierda. Y el que se confunde de farol sale del corro, pierde.

El juego lo ha inventado Carrasco, uno de los mineros. Aquí hay hombres de todas las especialidades de la mina: picadores, barrenistas, entibadores, pinches, albañiles, peones.

Antonio Pulgar, el subjefe de grupo, y Angel Vital, el director del coro, miran cantar a estos hombres cordiales. Por los alrededores hay algún otro con traje minero y casco.

—Son los mineros de Almadén. Nosotros sólo llevamos el farol colgando del pecho sobre el "mono" azul.

¡Dios, qué alegría tienen estos asturianos! Que si aquí están muy bien. Que si son conocidos en toda la región asturiana como coro magníficos, que si la Empresa es una empresa modelo que les da días enteros pagados para que puedan actuar y ensayar... ¡Qué sé yo!

—También vamos a hacer un viaje a Alemania. En Inglaterra ya estuvimos cantando. Ahora interesa muchísimo esto del viaje a Alemania y todo lo que sea intercambio de trabajadores.

Se acuerdan de Carlos Idygoras que estuvo trabajando con ellos en la mina. Y le aturden a uno con esa simpatía tan suya y con las preguntas, también más suyas que mías.

En el estadio, cuando salieron en la gran presentación ante el



Los gallegos descansan. Luego actuaron los primeros en el magno festival

Jefe del Estado, se les admiró disciplinados y recios. Sus cántiles relucían magníficos en el gran graderío donde todos juntos cantaron el "Aleluya", de Haendel. Yo no perdí de vista a este simpático grupo. Allá lejos, frente a la tribuna de la Prensa, cantaron los del "mono" y el «smoking», los del colorado gorro catalán y el pardo conjunto de fábrica. Y fue tan impresionante este canto, esta humana unión en un arte único, que las manos de un periodista alemán junto a mí temblaban.

POR CORDOBA, PELUQUEROS

Por andar buscando el sur, me topé con José González Frajero, director y jefe del grupo de Danzas de Córdoba.

El, que por cordobés se comía las eses, me dijo que llevaba todo esto del grupo en colaboración con Angellita, "La Hera". Y que a entusiasmo por todo lo de Educación y Descanso no le ganaba a él ni, ni... Una, que a fuerza de hacer periodismo, se conoce esta planta de España como la propia mano, pregunta por gentes de allí abajo y venimos a resultar amigos González Frajero y yo, porque amigo común de ambos lo es el cordobés más señor que una ha conocido: Pepe Cobos Jiménez, escritor y criador de vinos, el mejor.

—Hele ahí..., sí, señor.

—Oiga, y de cifras, ¿cómo anda el grupo?

—Siete parejas de baile, una pareja infantil y seis instrumentos de rondalla.

Oficios: peluqueras, plateros y alguna cosa más. Las niñas son de los barrios más castizos de Córdoba: de Santa Marina, de San Lorenzo, de la Catedral.

Para qué voy a decirles cómo se lucieron cuando actuaron en el tablado número uno, delante de la mismísima tribuna del Jefe del Estado.

JOTAS COMO PIROPOS A LA ORGANIZACION SINDICAL Y AL JEFE DEL ESTADO

En este recorrido es emocionante el cambio de acentos. Los "manos" están tan contentos en Madrid, Carmen Cebrián, Carmen Gil, Beatriz Gabaráin y Carmen Lozano, lo primero que quieren decirme es que en Madrid se les ha tratado muy bien, muy bien. Y que todo ha estado magníficamente organizado.

Cuando quiero saber en qué trabajan, surge el humor que en España nace en cualquier tierra.

—Yo hago angulas rellenas.

Jerónimo Lerín acaba por decirme que también las hace "rebizadas".

—Depende, vamos.

Un mecánico, Carlos Alentor, cuenta que aquí le han cantado jotas a todo el mundo sin hacerse de rogar "ni un poco, ni un poco". ¿Fuiстеis vosotros, mañicos de mi diálogo, quienes luego al aire de la noche lanzasteis jotas con letras sobre la Organización Sindical Educación y Descanso, en las que iba vuestro corazón al Jefe del Estado? Buen revuelo armasteis con vuestros



El canto bravío de la jota aragonesa resuena en el amplio Estadio madrileño



Danzas tradicionales de todos los rincones de España, traídas por obra y gracia de la Organización Sindical

piropos llenos de fuerza aragonesa.

Más alto que un pino, con blusón de cuadros blancos y negros, traje blanco y pañuelo rojo, el ebanista santanderino Eugenio Díaz González baila la Danza de Ibio y los Picayos de la Virgen del Campo. Más alto que un pino—y ¡vive Dios!, que derribar otro sí que podrá!—, habla del Romance del conde de Lara, que también bailan. Pero han venido a cantar solamente.

Los de Segovia vinieron a tocar. Una rondalla de gente joven, de jóvenes productores de quince a veintidós años, a quien su maestro, Francisco Alvarez Alonso, ha enseñado ya un buen repertorio clásico y de concierto.

Un montador de motores me deja su laúd para que escriba sobre él. Me parece que se llama

Federico Acer, José Luis Alonso es fotógrafo. Francisco Suárez es dependiente de zapatería. A éstos son a los últimos que vi cuando todo hubo terminado. Era el día 2 por la mañana. Los grupos de productores bajaban por la Gran Vía en dirección a la estación. Los banderines y los guiones los llevaban doblados, pero en alto, con un cierto orgullo. Yo subía y ellos me iban rebasando en el paseo. "Adiós, adiós, banderines de ayer, muchachos de siempre."

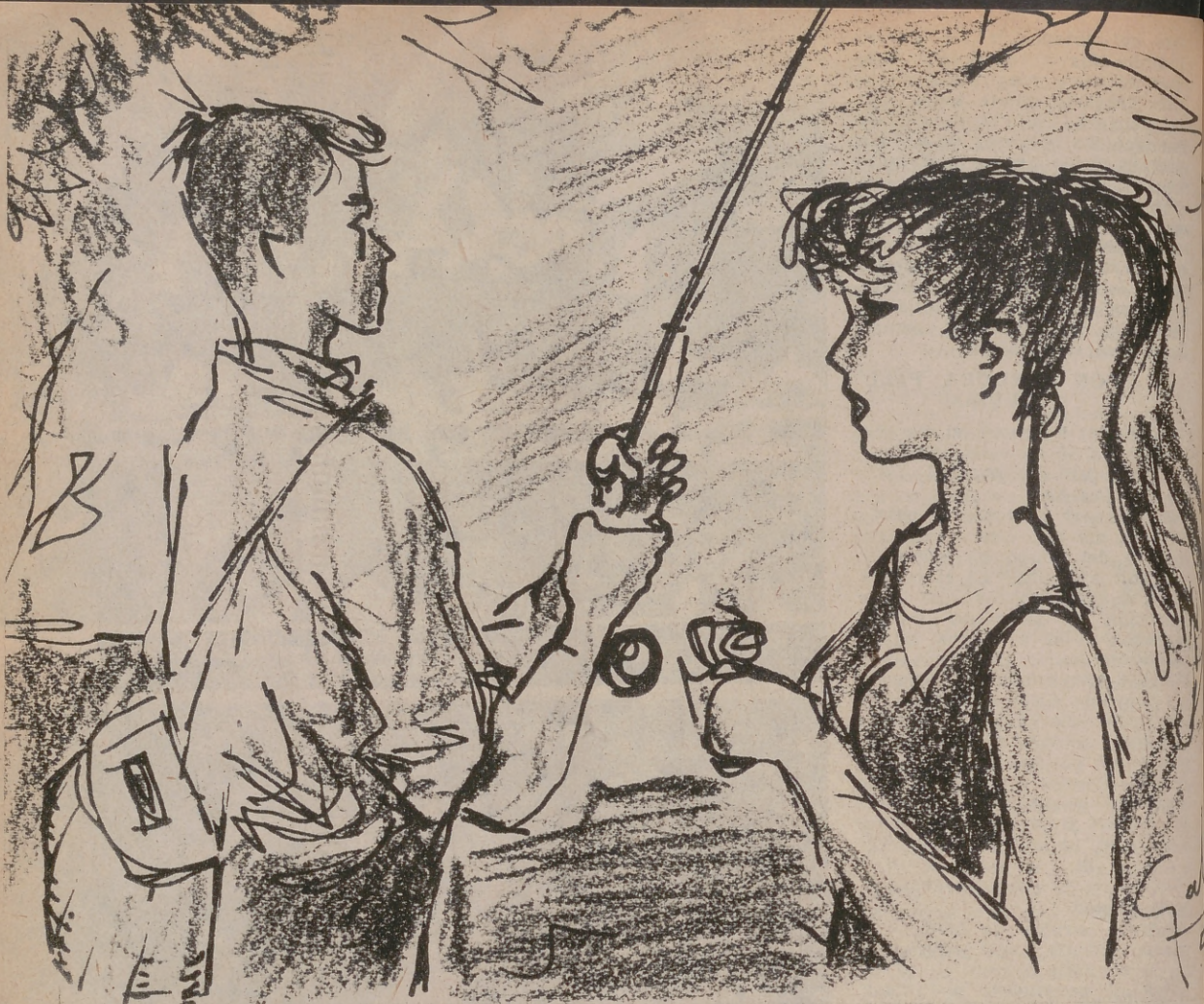
—Adiós, señorita.

Era el grupo de Segovia, la rondalla segoviana. Y me acordaba bien de ellos.

—Adiós, hombre.

Adiós, todos. Y que volváis que volváis siempre, años y años.

María-Jesús ECHEVARRIA



LA PESCA, NOVELA

por Rafael Romero Moline

CUANDO Alberto despertó aquella mañana había júbilo en el aire, que entraba por la ventana abierta de la habitación de muebles pretenciosamente rústicos. Olfía a yerba y a vaca, y sólo Dios sabe qué hierbas y qué vacas embalsaman el aire del verano: madre selvas marchitas, rosas anegadas de sol, vacas blancas y negras en espera de una maternidad inminente, ponían en el aire sus notas distintas y armónicas.

Alberto sabía que el verano redime a los niños de una civilización que ellos no han creado y les libera de la tiranía del álgebra. Los adultos—mamá incluso—se hacen más humanos y ven complacidos cómo los muchachos estrenan bicicleta y las chicas de servir estrenan novio. Gran cosa es el verano cuando en un rincón del cuarto hay un aparejo nuevo; a 300 metros, un río lleno de truchas, y por delante una procesión de días vacíos de obligaciones y llenos de esperanzas. Gran ocasión anual de poner a prueba los músculos, de sentir en la piel la presencia del aire y del sol y de notar la sangre caminar a lo largo de una caña de pescar inclinada sobre un charco lleno de sorpresas.

Alberto era un excelente muchacho, sin otro vicio que el de la pesca. Seguramente porque la entrada en el mundo del vicio es tan cándidamente inocente, Alberto pudo estirarse—sin remordimiento alguno—en aquella cama que había recogido todos sus sueños de niño veraneante. Era una cama totalmente diferente de la de Madrid; una cama que jamás había sido testigo de madrugones forzosos, bajo la fría oscuridad del invierno y el temor a la lección de Historia. Era la mejor cama del mundo.

Y de esta cama se levantó perezosamente Alberto; tenía muchas cosas que hacer. Tenía que revisar la bicicleta; conocer los cachorros que «Palmira», la perra de la guardesa, ponía todas

las primaveras en el mundo; informarse de la llegada de los viejos amigos y, en una palabra, entrar en aquel paraíso estival tantas veces añorado sobre el pupitre, frente al texto impenetrable y bajo la mirada suspicaz de un fraile que nunca veranea.

Papá había dicho:

—Es demasiado pronto para ir de veraneo. No habrá nadie.

Pero como a mamá le daba lo mismo aburrirse en Madrid que en cualquier otra parte, cogió a las criadas y a Alberto y se marchó a la sierra.

Papá era muy aficionado a hacer profecías; solía equivocarse con una frecuencia estrepitosa. Pero esta vez tuvo razón y Alberto pudo comprobar que ninguna familia había llegado aún.

Sentirse sólo en el Paraíso es una cosa tremenda y radicalmente angustiada. Ya nuestro padre Adán tuvo que padecer algo parecido, y a toda su descendencia transmitió este adánico desamparo, esta pena de soledad que obligó al Creador a observar: «No está bien que el hombre sea solo.»

Observación que primeramente dio lugar a la creación de la mujer, y muchos siglos más tarde a la apertura de campos de concentración.

Ohora hemos visto que Alberto estaba en su soñado paraíso particular de verano, solitario e inocente. Era mediodía, y en el cielo, alto y resbaladizo, no se movía ni un solo pájaro. Sentado en una butaca de mimbre, las manos cruzadas bajo la cabeza, Alberto rumiaba su desamparo con los ojos clavados en una mancha de la tapeta del jardín. Sabía que estaba en el umbral del mundo de las personas mayores, a la puerta de ese mundo resumido en el anhelo de ser mayor.

Pero vamos a dejar esto de la tristeza y de la soledad, porque en aquel momento asomó una cabeza por encima de la tapeta que separaba el jar-

din de Alberto del jardín de la casa contigua. Era una cabeza coronada por una «cola de caballo», una cabeza de chica.

La cabeza dirigió una mirada circular para terminar fijándose en Alberto. La cabeza tenía una boca sonriente que dijo:

—¡Hola!

Si la cabeza no era muy elocuente era bastante bonita. Alberto contestó al saludo con otro «¡Hola!» cansino. La cabeza dio pruebas de inteligencia y preguntó:

—¿Tú vives ahí? Yo vivo en esta otra casa.

—En ese caso somos vecinos—observó juiciosamente Alberto, convencido de que la conversación con una muchacha ha de ser necesariamente idiota.

—¡Es estupendo! Yo me llamo Margarita. Y tu, ¿cómo te llamas?

—Alberto.

—Y ¿qué haces ahí solo? ¿No tienes amigos?

—Tengo montones de amigos—contestó un poco amoscado—, pero hasta la semana próxima no vienen. Están todavía en Madrid.

—Entonces te aburrirás como un caballo, ¿no?

Podía contestar a aquella comparación impertinente con una mentira, asegurando que estaba absorto en profundas meditaciones muy de su agrado. Pero se limitó a agachar la cabeza resignadamente. La muchacha sonreía incansable sin decir nada. Alberto hubiera querido decir tantas cosas que no supo qué decir, y la cabeza de chica desapareció mientras Alberto quedó pensando que las chicas son así.

Pero aquella cabeza era pegajosa y se adhería al recuerdo; la memoria de Alberto estaba llena de sonrisas y esto era demasiado nuevo para ser agradable.

Por la tarde Alberto tomó su aparejo, y sin demasiado entusiasmo se dirigió al río. Al salir de casa y pasar frente a la casa de Margarita no pudo por menos de dirigir una mirada. Margarita estaba allí, esta vez de cuerpo entero y con los ojos, más grandes que por la mañana, fijos en la caña de pescar. Debemos pensar que fue esta mirada la que enterneció al chico cuando Margarita dijo:

—Vas de pesca, ¿verdad? ¿Me dejas ir contigo?

Alberto asintió de buen grado. Alberto esperaba una cosa así.

El río no estaba lejos, y durante el camino se cambiaron las confidencias de ritual, tras de las cuales Alberto llegó a las conclusiones siguientes:

Margarita tenía quince años, era un poco tonta, habladora y pertinazmente exhibía una sonrisa turbadora. Había sido suspendida en latín y a este hecho tremendo la chica no le concedía la menor importancia; Alberto se afirmaba más en la idea de que las mujeres son unos seres muy extraños.

Margarita pudo saber que Alberto era un pescador excepcional y un empollón tremendo; no tenía novia ni hermanos y daba señales de una inocencia tan poco cultivada que daba pena. Vivía en Lista y tenía teléfono. Hubiera sabido muchas más cosas interesantes, pero—ya lo dije antes—el camino era corto.

La tarde puso todo de su parte; el río era azul y reflejaba lisonjeramente los árboles de la ribera; el aire fresco y húmedo de la orilla se llenaba de vez en cuando de perfumes traídos por el viento desde lejanas flores de la serranía. Todo era estupendo. Pero toda la hermosura de cielos y tierra no son capaces de interesar a un pescador cuando las truchas están de vacaciones y se niegan a acudir a los cebos más acreditados. La inmensa belleza de la tarde se volvía amarga en la boca de Alberto, y tantas veces como cambió de lugar, de táctica o de orilla, tantos fueron sus fracasos.

Margarita sonreía incansablemente y Alberto estaba silencioso; tan silencioso que apretaba los dientes, mordiéndolos palabras no nacidas, maldiciones solo pensadas. No tenía ojos sino para el agua, obstinadamente esquiva de sus mercedes, y no podía ver la belleza de la tarde ni la sonrisa de Margarita, y eso que ambas cosas valían la pena. Era sencillamente un pescador perdiendo el tiempo.

—Vámonos. Es ya muy tarde—dijo torvamente Alberto sin atreverse a mirar a la muchacha.

El mundo estaba vacío. La caña había perdido su lustre, la vida su encanto, y la buena suerte



Alberto
ca

—Imprescindible para el pescador—había quedado sumergida en el río cruel.

—Bueno, Alberto, no hay que apurarse. Mañana tendremos más suerte.

Lo dijo con su voz más tierna, hablando en plural, compartiendo sinceramente su dolor. Porque también a ella le hubiese gustado gritar de júbilo al ver un pececillo clavado en el anzuelo: para algo habían ido a pescar.

Exagerando un poco, podría decir que emprendieron el retorno abrumados por la desilusión. Pero conviene no exagerar.

—Perc chico, la cosa no es para ponerse tan triste. Una mala tarde la puede tener el mejor pescador del mundo.

Margarita comprendía que el chico se sentía humillado y hubiese querido encontrar palabras absolutamente eficaces y consoladoras, porque esto del consuelo es una manía que las mujeres tienen desde niñas. Pero no las encontró, porque las mujeres nunca encuentran nada y no teniendo otra forma de expresar su simpatía, cogió a Alberto de la mano y de esta forma siguieron todo el camino.

El notó en su mano la mano tibia y blanda de la muchacha, en el corazón un pequeño vaivén y en los ojos aquella sonrisa de Margarita que variaba la pena verse.

La sonrisa y la tarde se hicieron obsesivas y Alberto percibió, dentro de sí, una cosa nueva y como esperada; algo así como si le hubiese sido entregado el misterio del mundo y de la vida y un arcano, húmedo y confidencial, reposase confiadamente en su propia mano.

Pero el camino—ya lo dije dos veces—era corto y pronto tuvieron que despedirse y llenarse de esta tristeza de la primera despedida, sólo parecida a la tristeza de la última. Estaba tan triste Alberto que no pudo darse cuenta de que su niñez se había fundido, sin dejar rastro, en el calor de una mano de muchacha.

II

La mañana siguiente estaba llena de sol y el corazón de Alberto lleno de una confusión de deseos y sospechas, de asombreros y de atispos despiadadamente inéditos que le hicieron comprender que tenía ganas de pescar. Se vistió rápidamente y salió de casa mordisqueando un trozo de pan; pensando que los minutos son decisivos en la vida de un pescador y que la mejor pieza puede escapar, aguas abajo, mientras uno se desayuna.

Llevaba un rato pescando, más de media hora, cuando apareció Margarita; traía un traje blanco con lunares y una sonrisa ancha como el mundo. Alberto notó que a su memoria venía la promesa de una mano tibia; pero fue sólo un momento, porque comprendió que debía olvidarlo. La chica preguntó:

—¡Buenos días, Alberto! ¿Has pescado mucho?

El pescador estaba allí; no contestó nada, pero hizo un ademán solemne que llevó la atención de la chica hacia un cesto, cuidadosamente cubierto con hojas frescas. Dentro yacían muertos dos peces.

La chica les contempló y no supo qué decir; para sus ojos profanos eran dos peces ridículamente pequeños y vulgares. Les tocó cuidadosamente con un solo dedo; estaban fríos. Y no necesitó acercarse la nariz para notar que oían a pescado.

«Pobrecillos», pensó. Pero en voz alta dijo:

—Son muy monos.

Eran las mejores palabras que pudo salvar del naufragio de su desencanto ante tan mezquino botín. Pero Alberto no podía oír nada.

Nunca un pescador ha oído nada que valga la pena, cuando en su anzuelo se ha clavado una pieza; todo el universo parece concentrarse entonces en un hilo trémulo que transmite a las manos, al cerebro y al corazón un mensaje de vida o muerte. El hombre, la caña y el pez se estremecen, pero no pueden oír.

Alberto estaba magnífico en aquel momento. Todo el difuso instinto venatorio que la humanidad ha ido acumulando durante siglo, guiaba cada uno de sus movimientos y asomaba a sus ojos.

Margarita comprendió que se había entablado un combate, viejo como el mundo, y que su sitio estaba junto al muchacho.

Pero aquello estaba ya resuelto: un relámpago plateado cruzó el aire y pudo verse la silueta de una trucha, deteniéndose en el extremo de un hilo. Margarita corrió a coger aquella bestezuela y cuando la tuvo en sus manos y se vio obligada a engarfiar los dedos para sujetar la presa algo oscuramente sabido, pero extremadamente nuevo, pasó desde el pez frío a su sangre enardecida. No tenía ahora piedad para el pez agonizante, sino que se sentía invadida de aquella alegría triunfal que compensaba a Diana—tan inteligente y tan intelectual—de todas las tribulaciones de la selva.

A sus ojos Alberto era un dios. O mejor: un hombre que ha cobrado una pieza. Situación de privilegio: esta vez un pez, otras veces una notaría.

Margarita corrió hacia el pescador con la trucha en la mano, le echó los brazos al cuello y le besó. Quedó abrazada a él, sumisa y entusiasmada, repitiendo una escena que debió de estrenarse hace mucho tiempo; en la puerta de una caverna al regreso de un cazador triunfante.

La cabeza, reposando sobre el hombro del chico, ofrecía una mejilla recién madura. Y Alberto la besó. No supo si era fruta o carne, pero la mejilla era tan apetitosa, que un profundo y visceral instinto le empujó a morder a incorporar a su sangre aquella piel sabrosa.

El grito que dió Margarita cuando sintió el mordisco pareció resonar en el cielo, traspasar el azul y caer en la negrura estelar; el grito le devolvió a su condición de colegiales caídos en falta.

Instintivamente miraron a su alrededor: no había nadie. Pero ambos recordaron que el ojo de Dios todo lo ve y estaban temerosos de descubrir un ojo implacable asomando por entre los sauces de la ribera. Pero no: desgraciadamente estaban solos con su turbación y nada sobrenatural acudía a llenar el vacío angustioso de su pecado. Silenciosamente, casi sin atreverse a levantar la vista del suelo, emprendieron el camino de regreso.

Allí, en el río, quedaban las truchas; naturaleza inocente y no comprometida, quedaba un trozo de vida, una rama del árbol de la ciencia. No se dijeron nada, porque bastante quenacér tenían en cuidar sus propios sentimientos.

Alberto estaba seguro de que su boca guardaría para siempre el recuerdo del sabor ácido de la piel humana; y había descubierto que los dientes están dotados de nervios agudísimos, a través de los cuales el alma puede ponerse en comunicación con el prójimo. Sobre todo cuando el prójimo es una chica. Pero todo esto le daba vetu-güenza.

Margarita sentía el mordisco en su mejilla como una afrenta que hubiese merecido. Ella sabía por qué.

Y se separaron cavilosos, sin dirigirse la palabra, sin entretenerse en una explicación; metidos en su intimidad recién descubierta.

Después de comer, Alberto se quedó en casa; toda la tarde se quedó en casa y mamá no había sino preguntar:

—¿Qué te pasa, Alberto? Has comido poco, porque seguramente te has enfriado esta mañana con la dichosa pesca. ¿Por qué no sales a jugar? ¿Es que te duele la garganta?

Pero Alberto sabía que mamá preguntaba por puro afán inquisitivo, sin intención de aportar solución alguna. ¿Podría mamá decirle lo que se debe hacer después de haber mordido a una muchacha? Mamá podía decir lo que debe hacer un jugador de canasta en cualquier delicado lance del juego. Pero nadie podía exigirle más.

Las preguntas se hicieron tan molestas y pertinaces que Alberto decidió salir al jardín: allí podía seguir pensando a solas, sin que nadie le molestase. Pero el jardín estaba desierto, exhibiendo una soledad agresiva e inviolable, solamente porque Margarita no se dejaba ver. No era el jardín, como ayer, un paraíso deshabitado, sino un infierno de ausencias; y el muchacho entró en ese mundo agotador donde la pena está indefinida y el recuerdo se afila y aguza sobre las duras aristas de los minutos vacíos. Sobre todo el recuerdo del beso que Margarita dejó en su mejilla—algo indefinidamente blando, húmedo y tibio—resultaba demasiado turbador para la buena marcha de un claro discurrir.



No podía estar en el jardín y echó a andar, sin caña de pescar y sin ilusiones, por las calles bordeadas de hotelitos. Seguía pensando y ahora se recreaba en esa esperanza que acompaña al hombre más allá de la muerte, en la más falaz de las esperanzas: en la esperanza de perdón. Le parecía fácil y bonito el juego de perdonar y ser perdonado; lo ocurrido aquella mañana no había sido nada irreparable, más aún: era el comienzo de una larga serie de perdones mutuos. Alguna vez Margarita podría estar necesitada de perdón y, sólo ante esta presunción, Alberto se sentía magnánimo como un Alejandro; se veía a sí mismo perdonando sin una sombra de rencor, sin una pizca de despecho. ¡Es tan hermosa la misericordia!

El padre Alvarado había hablado en una plática de estas cosas estupendas: el arrepentimiento, el perdón y la misericordia. Claro está que sin referirse para nada a morder a las chicas, pues el padre Alvarado nunca salía con chicas, ni era partidario de tales empresas, pero Alberto estaba seguro de que en aquella plática había muchas cosas aprovechables en su situación presente.

De esta larga meditación Alberto llegó a dos conclusiones igualmente importantes: de ahora en adelante escucharía los sermones del padre Alvarado con verdadero entusiasmo y al día siguiente, sin perder minuto, pediría perdón a Margarita.

Cuando se han hecho dos propósitos tan radicales, cualquiera puede regresar a casa con la satisfacción del deber cumplido; Alberto volvió a casa y se metió en un rincón.

Mamá estaba jugando a la canasta. Sólo la intrépida tenacidad de mamá podía conseguir formar una mesa de canasta en un lugar de veraneo al que todavía no han llegado los veraneantes y en aquella mesa de canasta estaba la mamá de Margarita. Alberto podía reconocerla a través de unas facciones inolvidables y no se atrevió a presentarse porque sabía que cualquier pregunta, cualquier palabra, podía turbarle.

Hay que decirlo de una vez: Alberto estaba enamorado o, por mejor decir, había sido seducido. Para el caso es igual. Y Alberto pensaba, lo mejor que podía, entregado a un aquelarre en el que danzaban el perdón, las pláticas del padre ciosamente rústicos. Oía a hierba y a vaca, y sólo Alvarado, los siete pecados capitales, la mañana —como es otro día— traería, en el juego de sus primeras luces, la solución exacta a tantos y tantos problemas.

La tarde se fue, dejando en el cielo tintas rojas y malvas de las que nadie hizo caso y terminaron por borrarse; mamá hacía canasta tras canasta y Alberto pudo pasar inadvertido.

Lo malo llegó con la cena. Alberto pudo pensar todo cuanto quiso mientras mamá jugaba, pero al sentarse a la mesa las cosas cambiaron; el aire absorto del muchacho levantó una tempestad de sospechas.

—¿Qué te pasa, Alberto? Tienes mala cara.

—No, nada. No me pasa nada.

—Te veo muy pensativo.

Esta última observación era tremendamente peligrosa, porque mamá atribuía toda actividad mental a trastornos digestivos y era decidida partidaria del aceite de ricino.

—No pienso nada, mamá; es que me aburro, porque no tengo amigos. Todavía no ha venido nadie a veranear.

Mamá abandonó sus sospechas. La idea de que la gente se aburriera, de que su hijo se aburrirse, le pareció tan absolutamente normal que todo su afán pesquisidor quedó inerte.

Pero desgraciadamente pusieron delante de Alberto un plato de verdura y el chico, que aquella mañana había conocido el sabor de la piel humana, se sintió desfallecer. Parece ser que el cocimiento de hojas verdes antaño fue muy apreciado por los monjes de la Tebaida y aun hoy tiene cierta aceptación entre las mujeres entradas en años; pero Alberto no se encontraba en ninguno de los dos casos. Tragó un bocado con esfuerzo y se sintió incapaz de llevarse a la boca una nueva cucharada.

Mamá, siempre vigilante, tomó una decisión.
—Estás enfermo, Alberto; tienes el estómago sucio. Toma un vaso de lechê y vete a acostar. Mañana te purgas.

Alberto había perdido la voluntad a la orilla del río y dócilmente tomó el vaso de leche y se acostó. La amenaza de la purga no le impidió, como otras veces, conciliar el sueño.

III

La mañana vino y con ella el despertar de Alberto; fue entonces cuando notó que el beso de Margarita se había evaporado, dejando en su mejilla una cicatriz necesitada de remedio.

Pero todo estaba claro; desde el cielo, un poco pálido por la juventud del día, hasta el quehacer perentorio del recién enamorado. Era preciso buscar a Margarita, solicitar su perdón, obtenerlo y volver a besar la mejilla ultrajada; sólo entonces los astros recobrarían su brillo, la tierra su centro y el corazón del chico la paz.

Cuando acariciaba estos sublimes pensamientos apareció mamá trayendo la prosa de un vaso de aceite de ricino. Venía sonriente y cariñosa; aureolada de los más cálidos instintos maternos, porque mamá ponía toda su alma en el capítulo de las purgas.

Y Alberto sintió un vuelco en el estómago.

Un enamorado puede estar impaciente, turbado o perplejo; pero siempre está seguro de que un día lleno de promesas no debe comenzar con una purga. Alberto, aunque novato en la materia, era de esta opinión.

No resistió, porque sabía que mamá era irresistible en tales circunstancias y, cerrando los ojos, se tomó la purga. La sonrisa de mamá era sencillamente encantadora.

—Ahora quedate en la cama hasta las nueve; entonces puedes bajar a desayunar.

Y sin dejar de sonreír besó a su hijo.

A Alberto aquel beso le pareció oleaginoso y le dejó impregnado de un vago perfume de mandarinas que iba a obsesionarle durante la hora entera que tenía por delante.

Cuando el amor y el aceite de ricino actúan al unísono sobre una naturaleza joven e intrépida se puede esperar todo: cuando la imaginación está pendiente de una chica no se debe esperar ningún esfuerzo creador. Y así Alberto estuvo atento a los menores movimientos de sus visceras.

Sentía deslizarse por sus entrañas una marea de aceite purificador, que despertaba en ocultos y hasta entonces ignorados rincones de su organismo sensaciones apenas perceptibles, vagamente gratas unas veces, ligeramente turbadoras las más. Y así hasta las nueve de la mañana, hora en que bajó a desayunar.

Mientras se vestía estuvo asomado a la ventana de su cuarto; desdichadamente, desde aquella ventana no podía ver la casa de Margarita por la sencilla razón de que estaba en el lado opuesto. Y dijo desdichadamente porque desde el momento en que se levantó, la imaginación de Alberto comenzó a trabajar impetuosamente en la edificación de un sonrosado futuro: obtenido el perdón e instalado en el amor de Margarita, como en un seguro paraíso lleno de estupendos rincones desconocidos, le hubiera gustado dirigir cada noche una mirada a la ventana de la chica y saber que allí cerca, tras unas cortinas floreadas, una muchacha soñaba algo que le atañía.

Alberto poseía una naturaleza cavilosa, que se exacerbaba al sentarse a la mesa.

—Pero Alberto, por Dios. ¡No te has echado azúcar!

Mamá parecía tonta; pero a mamá se le escapaban muy pocas cosas. Mamá también quería saber qué tal le había sentado la purga y, en una palabra, mamá estuvo a punto de hacerse odiosa. Y es que pocas personas comprenden que el tiempo que la humanidad dedica a soñar es un tiempo sagrado que debe ser respetado. El interés de mamá por seguir puntualmente la acción farmacológica del purgante era cruel; seamos piadosos y no pormenoricemos este conflicto de Alberto, el amor y el aceite de ricino.

En virtud de las peripecias omitidas era ya mediodía cuando Alberto pudo salir de casa. El sol, en un cielo luminoso, hacía destacar el rojo de los tejados de los hotelitos, el verde jugoso de los árboles, las ventanas azules, las manchas

multicolores de las persianas y la lontananza brumosa de la sierra pardusca. Todo se resumía en una densa convocatoria a la paz y a la concordia, en un imperioso estímulo para fundir las cosas y las almas en una armonía soleada.

Alberto caminó, alegre y presuroso, en busca de Margarita. Sus pensamientos eran risueños como la mañana; su esperanza, sólida; su amor, maduro de un día, empezaba a establecer contacto con el deseo.

Margarita no podía estar lejos: la gloria del día anunciaba su proximidad y, efectivamente, en un breve jardín descolorido y entre un grupo de chicos y chicas estaba ella. Este anhelado encuentro con «ella» no era, por primero, menos turbador y aunque el espectáculo podía abarcar-se con una mirada, tenía matices sencillamente escalofrantes; no nos detengamos morbosamente en los detalles. Baste decir que Margarita hablaba animadamente con un muchacho; hablaba reía y de vez en cuando, pero con frecuencia poco justificada, le golpeaba confanzadamente. Margarita tenía puesta su mejor sonrisa; aquella sonrisa abierta, como una ventana, hacia los paisajes secretos de la vida. El chico, cuatro o cinco años mayor que ella, mostraba un cuidado por su atuendo y su persona que, en opinión de Alberto, constituían flagrantes atentados contra la virilidad. Era un punto antipático.

Y Alberto, el desdichado Alberto, que no conocía la palabra celos, ni su significado, ni sus dimensiones irónicas, se encontró sumido en un sentimiento angustioso e inominado, perdido en una isla sin nombre. Sabía que aquel sentir no era una pena de niño y encontraba en su propio dolor tierra donde hincar las raíces de su virilidad recién despierta. Y también sabía que ante aquella escena no tenía nada que hacer, sino el ridículo, y reanudó su camino como si no se hubiese dado cuenta de nada. Naturalmente, Margarita no se enteró de nada porque—es cosa sabida—las mujeres no suelen enterarse del dolor de los chicos.

Las cavilaciones de Alberto eran turbias y esperanzadas a la vez; pero la comida fue un desastre, aun teniendo en cuenta que una purga justifica la desgana e incluso exige sobriedad.

Y después de comer se fue al jardín para acercar a Margarita. Su alma de pescador se consumía de impaciencia con los ojos fijos en la puerta de la muchacha. El paisaje era ahora una puerta inmóvil, una pared blanca, unas ventanas borrosas y un cielo inclemente, deshaciado de dioses y de nubes.

El galán, bajo la sombra de una acacia, miraba ansioso la puerta: al otro lado estaba el mundo habitado por Margarita, un mundo jugoso y lleno de sentido y música de arpa; del lado visible quedaban el desamparo, la soledad, el sol implacable del verano y el concierto de las chicharras.

A las cinco de la tarde, ambos mundos se pusieron en comunicación y apareció Margarita en el umbral. El la llamó y, por encima de la tapia, se cruzó una conversación, no por sencilla, menos trascendental.

—Margarita, quería pedirte perdón por lo de ayer. Sé que me porté mal, pero a veces...

La chica cortó el hilo algodonoso de las excusas.

—Te portaste como un crío, Alberto; pero la culpa fue mía por salir contigo a pescar. Creí que sabrías comportarte como una persona.

Alberto estaba cambiando el oro limpio del arrepentimiento por la sucia moneda del desdén. Apenas pudo balbucear:

—Por favor, Margarita, quiero que me perdones.

—No vale la pena; lo había ya olvidado y será mejor que no hablemos más del asunto.

—Pero ¿volveremos a ser amigos?

La chica se encogió de hombros, dando a entender que sobre aquella pregunta no había formado opinión. Insistió Alberto:

—Tienes otros amigos, ¿verdad?

Margarita sonrió empalagosamente y acarició levemente la mejilla del chico.

—Eres todavía un niño.

Y al decir esto se alejó con aire de altiva superioridad.

Aquella caricia esbozada en la mejilla quemaba como un insulto y Alberto comprendió que el mundo tiene perfiles agrios y guarda sorpresas

dolorosas. Todo había cambiado al pasar de la imaginación a la realidad, al enfrentarse la Margarita imaginada con aquella chica que se alegraba contoneándose. El mundo era diferente, su propio cuerpo distinto; sentía un dolor sordo dentro de sí mismo, a una profundidad más honda que las visceras más ocultas, pero dolor material capaz de conturbar el corazón y de llenar los ojos de sombras y de nieblas.

Había entrado en el reino del dolor por la puerta grande de la sonrisa de una muchacha y en un laberinto de desdén, de deseo y de vergüenza. Durante cuatro años de Bachillerato nunca le habían suspendido.

IV

Todo cambió. Nadie dijo a Alberto que el dolor le hacía hombre y, como no lo sabía, se sentía sencillamente desgraciado. Empezó a saber que el dolor es siempre incommunicable y empuja a buscar consuelo en la soledad: la compañía de otros muchachos le lastimaba, todos los juegos le parecieron vanos, la pesca estéril y sólo en el aislamiento encontraba algo del sosiego perdido.

Pero con mamá siempre en acecho, teniendo a mano un frasco de aceite de ricino, cualquier cambio de conducta tenía riesgos, no por previstos menos ominosos.

Pasear por el campo, sin otra compañía que sus pensamientos, le traía recuerdos dolorosos; aislarse en casa, como el monje en su celda, le parecía una solución espléndida. Pero estaba mamá y su largo y bien preparado sermón sobre las virtudes curativas y tónicas del sol, el aire y el olor de la sierra.

Y en esta lastimosa situación no le quedó a Alberto otra solución que instalarse en el desván de la casa. Un desván constituye un mundo mágico, donde todas las cosas que perdieron su valor recobran una vida fantasmal de asilo de ancianos. Y el desván de la casa de Alberto —una casa sólo habitada en verano— recogía muebles de toda la familia; muebles y cosas que nunca se vieron juntas ni conocieron los mismos lugares, allí estaban unas frente a otras, en silencio, pero quién sabe si llenas de nostalgia.

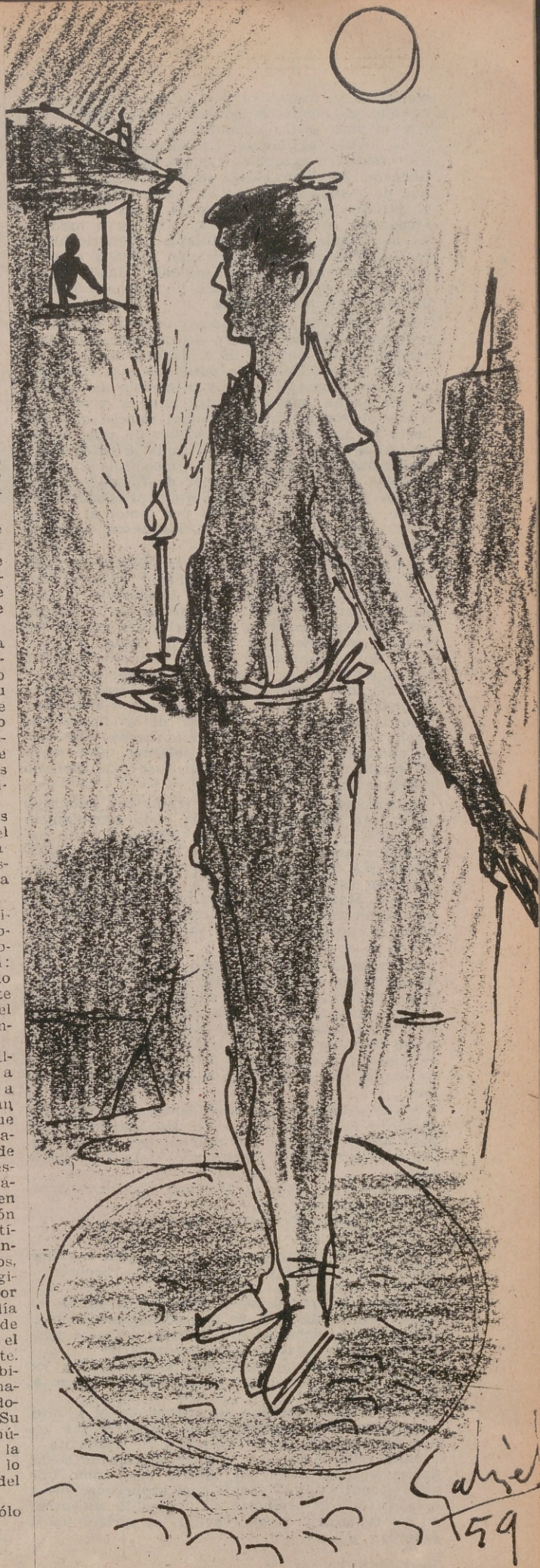
Había baúles llenos de trajes envidiados años atrás, de cortinas que envolvían en naftalina el murmullo de antiguos salones; fotografías amarillentas de vivos y de muertos, estampas, trastos. Era un cosmos sin utilidad, como inútil era el dolor de Alberto.

Y entre las cosas que encontró estaban los libros de tío Joaquín, recogidos de prisa y corriendo cuando hubo que internarle en Ciempozuelos. Era un caso curioso el del tío Joaquín: fue el único miembro de la familia aficionado a la lectura y terminó mal, tan ejemplarmente mal, que la familia entera se hacía eco de aquel desastroso fin para escarmiento y aviso de intelectuales.

Los libros del tío Joaquín estaban allí, al alcance de Alberto y dispuestos, como siempre, a consolar su pasión y a abrir nuevos cauces a su vida maltrecha. Pero los tales libros eran algo cuidadosamente escogidos por un loco que aún no había presentado síntomas peligrosos; había grinnorios de papas desconocidos, libros de magia de Raimundo Lulio y una copiosa muestra de apócrifos y fantasmagóricos libros de cabalas, traducidos del francés y encuadernados en tela roja; libros diabólicos en los que Salomón compadreaba con demonios de nombres fantásticos; libros capaces de resucitar legiones de Inquisidores y páginas y páginas llenas de ritos, fórmulas, sortilegios y recetas de pomadas mágicas. En aquella biblioteca, un poco deslucida por el polvo y algo deteriorada por los ratones, podía encontrarse todo: desde unos polvos capaces de devolver su fulgor a la plata marchita hasta el codiciado unguento para hacerse amar locamente.

Alberto devoró en pocos días todo aquel abigarrado catálogo de cuantos inventos ha imaginado el hombre para derrotar la realidad, para domesticar la crueldad del acontecer cotidiano. Su imaginación se entregó a una tarea vieja e inútil como el hombre, pero terca y jugosa como la primavera; a sentirse investido del poder de lo secreto y desconocido y del eficaz poderío del Maligno.

Pero también era un chico práctico y no sólo



Galve
159

meditó sobre estas trascendentales cuestiones, sino que un cuaderno escolar, apenas comenzado, poco a poco lo fue llenando de notas, de recetas y de sortilegios. Había una fórmula para conseguir fruta en cualquier tiempo, que llenó de entusiasmo al chico; desde muy pequeño tenía ganas de comer uvas de una parra que había en el jardín; nunca lo conseguía, pues el verano terminaba demasiado pronto y la parra maduraba demasiado tarde. Resultaba impracticable la receta, pues en su composición entraba el cuerno de unicornio y Alberto no sabía dónde encontrar un unicornio y no tenía tiempo para andarse por esos caminos de Dios.

Las fórmulas para obtener oro le resultaron seductoras. Estaba seguro de que presentando a Margarita un par de kilos de este metal y llevándola a su laboratorio para que ella viese por sus propios ojos el poder y la ciencia de Alberto, la muchacha quedaría entusiasmada y volvería a sus brazos movida por aquel ímpetu que despertó en su sangre la presencia de una trucha en trance de asfixia. No era tonto el chico. Pero, desgraciadamente, todos los procedimientos para fabricar oro exigían disponer de fuego en abundancia y Alberto no consideraba prudente hacer fuego en el desván de casa por temor al posible incendio o, en el mejor de los casos, al humo delator de sus actividades.

Así, tras de considerar la posibilidad de fabricar oro o la conveniencia de hacer madurar precozmente la parra del jardín, decidió que lo más sencillo para recuperar la perdida paz y el apenas entrevisto amor de Margarita era utilizar los poderes demoníacos y para ello había que ponerse en comunicación directa con el Maligno o con alguno de sus más serviciales servidores.

Había una fórmula especialmente sencilla para invocar a un demonio que atendía por Leonardo. Sólo se necesitaba una vara de avellano, una noche de luna llena, una vela hecha con sebo de ahorcado y recitar unas palabras cuya copia no exigía demasiado esfuerzo; cosa más fácil no podía pedirse.

Alberto estaba dispuesto a tratar con Leonardo su asunto desde un punto de vista estrictamente moral y decente; era un cristiano y un caballero enamorado incapaz de hacer daño a Margarita. Su conciencia estaba perfectamente tranquila en este punto y nadie podría convencerle de que Margarita enamorada de él sería una muchacha magnífica, mientras que enamorada de otro no podría dejar de ser una cursi y una idiota.

Lo malo de aquel sortilegio tan estupendo, tan eficaz y tan adecuado para el caso era la necesidad de disponer de un cirio fabricado con sebo de ahorcado. En un principio pensó sustituirlo con una vela corriente por aquello de ¡vaya usted a saber con qué está hecha! Pero luego reflexionó y se dijo a sí mismo que estas cosas de magia hay que tratarlas con la debida seriedad.

Nadie sabe si fue la providencia; el mismo demonio o la propia locura del tío Joaquín, quien hizo llegar al fondo de un baúl una tosca vela, en cuyo extremo y escrito con tinta roja podía leerse:

«Hecho con sebo de Mariano García, ahorcado en Malagón.»

Y unos números a continuación:

—17-6-68.

¿Era una fecha? ¿Una clave? Era sencillamente un misterio y la seguridad de recobrar el amor de Margarita.

Cuando Alberto tuvo el cirio en la mano, se sintió seguro de sí y de sus posibilidades en el mundo; era dueño de un talismán increíblemente más valioso que la propia Margarita.

Y entonces dejó el desván y salió todos los días a pasear y a jugar con los chicos como si tal cosa.

Pero el demonio, que ya andaba en el asunto, todo lo enreda y la forma de enredarlo fue poner frente a frente a Alberto y a Margarita.

Salía ésta de su casa con un vestido de rayas azules y amarillas y el cabello más rubio que nunca, contrastando con la piel bronceada. Traía la sonrisa más prometedora que pudo encontrar en su repertorio y, sin vacilar, se dirigió hacia Alberto.

—¡Tanto tiempo sin verte! No te veo nunca. ¿Es que ya no vas a pescar?

El chico estaba un poco confuso, sorprendido por el tono amistoso de Margarita y apenas pudo balbucir:

—No, no voy a pescar.

Hubiera podido añadir que la pesca no tenía interés para los mortales que una vez en la vida pescaron acompañados de Margarita; pero confesar esto le habría parecido una humillación.

—Es una pena, porque lo hacías muy bien. ¿Y tus amigos? ¿Han venido a veranear?

—Apenas salgo—contestó Alberto con un aire que quería ser interesante—. Ahora me dedico a estudiar.

La chica miró a Alberto con cierta desconfianza, desconfianza que duró una fracción de segundo. Ella estaba segura de sí misma; sabía que toda su persona estaba llena de encantos aún no estrenados, de fascinaciones irresistibles y de fuerzas dulces y amables como la vida. Alberto, en posesión de su receta mágica, dueño de un cuaderno lleno de conjuros y de sortilegios, aprendiz de brujo e iniciado en la Magia Negra, no estaba seguro de sí; la presencia de Margarita, el viento de la sierra y un vago perfume de Agua de Colonia turban su corazón de enamorado.

—Margarita, quería decirte una cosa.

—Dímela.

Pero Alberto comprendió que lo que quería decir no era confesable y se sentiría avergonzado de haber tenido un momento de sinceridad imposible. Se inventó una mentira a medias:

—¿Quieres venir conmigo a pescar?

Margarita comprendió lo que había detrás del deseo de Alberto, porque Margarita era una chica corriente y perfectamente capacitada para comprender ciertas cosas. Margarita no tenía corazón y contestó con su voz más suave y con su sonrisa más dulce:

—Yo tengo otros amigos, Alberto, otra pandilla. No puedo dejarlos.

Al ver la palidez del chico, Margarita continuó:

—Pero no te enfades conmigo. Hay cosas que tú no comprendes porque aún eres demasiado niño.

Aquel acento maternal era increíblemente esperante, pero a pesar de todo, Margarita continuaba siendo encantadora y Alberto no estaba preparado para digerir sentimientos ambivalentes en su alma de niño; sus ojos se nublaron y echó a correr hacia casa. Margarita se encogió de hombros, se atusó el pelo y se fue, andando con un garbo recién aprendido del que sólo los vetejos eran privilegiados espectadores.

Y aquella tarde, rumiando su rematado enamoramiento, Alberto comprendió que sólo le quedaba el recurso de Leonardo. Dos noches después la luna estaba llena.

Y Alberto se lanzó a la pesquisa del mal. De-seaba algo inaccesible y prohibido y para ello iba a utilizar procedimientos sobrenaturales y poco correctos: había una clara correspondencia entre los fines y los medios. Todo debía marchar sobre ruedas; no tenía remordimientos, porque su alma estaba llena de Margarita, de la sonrisa de Margarita, del desdén de Margarita y de ciertos pormenores de Margarita que no es preciso detallar.

Volvió a leer otras tres veces la invocación. Las potencias infernales permanecían sordas, la vela se apagó y la noche se quedó desnuda de toda magia; clara, fresca, amable y llena de olor a flores dormidas.

Alberto comprendió que Margarita tenía razón: era un niño y la maldad no estaba a su alcance. Y entonces lloró sus primeras lágrimas de hombre y en el curso del llanto se dio cuenta de que algún día sería mayor y podría hacer el mal, sin necesidad de recurrir a demonios. Vió claramente que el mal se alcanza sin esfuerzo en el transcurso de los años y que la vida da muchas ocasiones para ejercitarlo. Y aunque parezca mentira este pensamiento le consoló.

Antes de irse a casa dio una patada a la vela hecha con sebo de Mariano García.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

«HISTORIA DE LA LIBERACION DE FRANCIA»

Por Robert ARON

ROBERT ARON

HISTOIRE DE LA LIBERATION DE LA FRANCE

JUIN 1944 - MAI 1945

LES GRANDES ETUDES CONTEMPORAINES
LIBRAIRIE ARTHEME FAYARD

CON una indiscutible buena voluntad, Robert Aron se ha propuesto describir lo más objetivamente posible las circunstancias históricas que dominaron la vida de su país durante el turbulento periodo de la liberación. Su éxito más notable es el de haber escrito una obra de síntesis a la cual habrá ya siempre que recurrir cuando se hable de la lucha en Francia durante la pasada guerra mundial. También hay que señalar otro tanto a su favor, éste con todas las reservas que se quiera, y es el de haberse lanzado a historiar este periodo histórico intentando por lo menos romper con los maniqueísmos hasta ahora imperantes. Robert Aron quiere ser objetivo y por ello no vacila en abordar el tan delicado tema de la represión que siguió a la liberación, cuya violencia hizo que para muchos franceses la desaparición de la ocupación alemana significase todo menos una auténtica liberación. Si Robert Aron no llega quizá a tratar este tema con toda la objetividad que se requeriría—no se olvide que él ha sido parte interesada de un bando y, además, la cercanía histórica de la época que narra—, tendrá siempre el mérito de haber iniciado el camino hacia la verdad, cosa siempre loable.

ARON (Robert): «Histoire de la liberation de France», Juin 1944-Mai 1945. Librairie Arthème Fayard. Paris, 1959.

EL día «J» es el momento en que el plan quizá más gigantesco de toda la historia militar se enfrentará con la realidad. Se le ha llamado «Overlord» por los Estados Mayores anglosajones, ya que lo consideran que se trata de la campaña decisiva de la guerra. El principio de la operación, previsto en 1940, decidido en abril de 1942, fue aplazado en enero de 1943, cuando el encuentro de Churchill y Roosevelt en Casablanca. En mayo de 1943, el «asalto a la fortaleza Europa» es previsto para la primavera siguiente. En agosto de 1943, en la Conferencia de Quebec, a pesar de las reservas de Churchill, el proyecto es aprobado. Por decisión de Eisenhower, el 6 de junio de 1944 se pone en marcha todo el mecanismo gigantesco. Hacia la costa francesa se dirigen 5.000 navíos, 2.000 aviones y 23.000 paracaidistas. Luego seguirán las patrullas de asalto y las tropas de desembarco, que en los dos primeros días representarán un total de 176.000 hombres y 20.000 vehículos.

FRANCIA. POLITICAMENTE, EN
EL MOMENTO DEL DESEMBARCO

La verdad es que Francia en el momento del desembarco no es cien por cien degaullista. Su estado político corresponde a un tríptico, una de cuyas hojas será petainista, otra comunista y la tercera

degaullista. Hojas desde luego de importancia muy distinta: el tripartismo del día «J» recubre fuerzas desiguales, tanto en número como en eficacia.

Por lo que respecta a los partidarios del Mariscal, un texto difundido en junio de 1944 por la dirección de los servicios especiales franceses de Londres suministra algunas informaciones. Facilita el testimonio de un observador extranjero en Francia y su fecha es del 31 de mayo, es decir, seis días antes del día «J».

Según el informador, «un 10 por 100 de los franceses están totalmente contentos con la situación en que se encuentra Francia... El 90 por 100 son antialemanos; un 50 por 100 se puede considerar petainista, principalmente en París. Estos encuentran en Pétain el gran mérito de haber salvado numerosas vidas humanas cuando el éxodo por las carreteras y que el Mariscal ha hecho cuanto era posible por hacer menos pesado el yugo alemán. El otro 40 por 100 se opone decididamente a Pétain y abiertamente a los alemanes.»

Este diagnóstico aparece a la vez exacto e insuficiente. No hay duda de que los franceses partidarios de Alemania en mayo de 1944 son una fracción mínima: un 10 por 100 nos parece exagerado. Es también cierto que la inmensa mayoría es anti-alemana y que mucho hace que la resistencia a Hitler se encarne por lo menos en Pétain, si no en su Gobierno. La acogida entusiasta hecha al Mariscal cuando sus últimas visitas a las ciudades francesas, particularmente en las que realizó a París el 26 de abril de 1944 y a Saint-Etienne el 6 de junio de 1944, el mismo día del desembarco, muestra que su prestigio ha sobrevivido al fallo de su política. Ahora bien, este porcentaje elevado de «marechalistas» no constituye ya en 1944 una fuerza política.

Lo que subsiste de Vichy aún es, por una parte, la Milicia, una Orden de caballería malograda, y la Administración, que bien que mal continúa funcionando hasta su relevo, más o menos cordial, por la Administración degaullista.

En el extremo opuesto tenemos a los comunistas, segunda hoja del tríptico francés. El partido comunista francés, cuando la firma del pacto germanosoviético, dirigió su actividad contra la guerra. Cuando Alemania invade el territorio soviético, cambia de táctica, pero le coge tan de sorpresa que «L'Humanité», el mismo día de la invasión de Rusia, patrocina todavía la «colaboración con Berlín». Introducidos luego abiertamente en la resistencia, sin embargo, la liberación para la mayor parte de los dirigentes comunistas no constituye más que un episodio de la lucha revolucionaria, que tiende a la instauración de la sociedad marxista. Constituyendo un Ejército dentro del Ejército de la Resistencia, al mismo tiempo que un estado dentro del Estado, las organizaciones comunistas tienen razones particulares para comportarse así y no participar en el juego común.

Queda por ver la tercera hoja del tríptico: el degaullismo. Este en 1944 es a la vez un comienzo y una llegada y en él se concretan el conjunto de

rebeliones espontáneas contra el invasor que se manifestaron en Francia inmediatamente después de la capitulación. De Gaulle es al principio tan hostil como la mayoría de los resistentes a cualquier visita al régimen de los partidos, a cualquier política que constituya un renacimiento o una prolongación de la III República. Esta actitud, cada vez más acuciada en él, le llevará a una serie de contradicciones cuya última consecuencia será la del abandono de la tarea que la historia le había ofrecido. De Gaulle es el hombre llamado a realizar en Francia una revolución nacional. Todo le incita a ello: su tradición familiar, sus primeras amistades, su temperamento, hostil, como él mismo dirá más tarde, a la democracia oficial; su concepción del Estado, su formación cristiana y, finalmente, su patriotismo inflexible.

Su drama es el de que, políticamente hablando, se encuentre entre Pétain, del cual fue amigo y con el que se aproxima mucho, pero que los acontecimientos de 1944 van a alejarle, y entre los comunistas, de los cuales todo le separa, pero con los que, a partir de junio de 1941, se verá obligado a convivir, aunque sólo sea para neutralizarlos. Violentado entre un enemigo, que lo es en el fondo de su familia y de sus aliados, que ha sido siempre el partido opuesto al suyo, su pensamiento y su acción se ven obligados a buscar equivalentes a sus convicciones reales, a maniobrar y a desviarse algunas veces, lo que no está muy conforme con su concepción autoritaria y lo que no consigue siempre: cuando habla de «insurrección nacional» es precisamente porque no puede pronunciar las palabras de «revolución nacional», adoptadas por Pétain y su régimen.

En el momento de la liberación, el degaullismo es la confluencia de todo un movimiento espontáneo de resistencia al enemigo, que aunque totalmente ajeno a la política en sus comienzos, cosa que se ha mantenido entre los combatientes, ha degenerado, sin embargo, en muchos dirigentes en un deseo de volver a las costumbres anteriores a la derrota.

LAS EJECUCIONES SUMARIAS.

El domingo de Ramos de 1945, un predicador sube al púlpito de Notre-Dame, de París. Se trata del R. P. Panici, cuyo sermón va a provocar reacciones extraordinarias. «He aquí—dice—que los alemanes han encontrado sus discípulos. Esperábamos con fervor nuestra liberación y la recibimos con júbilo, pero a pesar de las protestas de la Prensa nueva, a pesar de los esfuerzos de las supremas autoridades, nuestra alegría de sentirnos liberados de los alemanes se ha visto en parte malograda por la evidencia de que estamos muy lejos de vernos libres de las crueldades germanas... Innumerables detenciones ilegales, en muchos casos totalmente arbitrarias, productos sólo de simples venganzas; innumerables encarcelamientos, todos ellos apenas injustificables; cárceles privadas en las que hombres sin función pública alguna han secuestrado a ciudadanos, mayormente sin causa objetiva; matanzas sin juicio, torturas ejercidas sobre prisioneros por sus carceleros irregulares, ejercidas incluso sobre los condenados antes de su ejecución; asesinatos de personas sentenciadas, indultadas o absueltas por miserables que invaden las prisiones para saciar su sed de venganza; la delación elevada a la altura de una institución y dirigida en la mayoría de los casos contra los jefes, que fieles a su deber impidieron el saqueo, el desorden, la pérdida de tiempo, por lo que desagradó a los inferiores llenos de ideas falsas.»

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, los servicios de seguridad hicieron saber al cardenal Suhard que el P. Panici debería interrumpir sus sermones. Según un sacerdote resistente, el canónigo Desgranges, uno de los primeros en elevarse contra los excesos, el arzobispado de París respondió así: «Esta medida perjudicará más al ministro que al predicador. He oído el discurso que se le quiere considerar un delito, pero lo que afirma es, desgraciadamente exaito.» El P. Panici pudo continuar sus pláticas, pero se le hizo saber que si las repetía al año siguiente, se impediría que fuesen difundidas por la radio.

Episodio revelador de la confusión que provocaba en los espíritus los excesos entonces frecuentes. ¿Cuáles eran los hechos inculcados? ¿Y cuál era frente a ellos la actitud del Gobierno? Esta, justo

es decirlo, no era tan simple como parecía. El que el Gobierno no permitiese que se le hablase abiertamente de las ejecuciones sumarias no debe llevar a la consunción de que quisiese ignorarlas o de que incluso las tolerase. La verdad, como veremos por lo que sigue, era infinitamente mucho más compleja.

LAS FUENTES OFICIALES Y LAS EJECUCIONES

El 20 de junio de 1945, Adrien Tixier, ministro del Interior del Gobierno de De Gaulle, escribía a un colega suyo: «Debo señalaros... las graves dificultades con que se encuentran en el momento actual los servicios de Policía para la realización de su tarea ante un movimiento popular y espontáneo con el cual resulta frecuentemente imposible enfrentarse.»

Así, pues, diez meses después de la liberación de la casi totalidad del territorio, las pasiones populares eran aún lo suficientemente vivas como para que la propia Policía se encontrase incapacitada para impedir las infracciones.

Tras esta prueba de conjunto, he aquí algunas informaciones de casos concretos, transmitidas por las propias autoridades. El 19 de octubre de 1945, el procurador general del Tribunal de Apelación de Nîmes cita el caso de un cierto marqués de L... que el Comité de liberación de Carpentras considera como «colaborador infame» y al que amenaza con quemar el castillo. «Según parece—escribe el magistrado—, el acusado es víctima de odios locales, debido esencialmente a que es un importante terrateniente y de tendencias monárquicas.»

En Poitiers, el Tribunal se ocupa de un asunto de ejecución sumaria: «El 28 de agosto de 1944, los esposos T... y su hija son detenidos por un grupo F. T. P. y fusilados en el bosque de Mauprier. El secretario del Ayuntamiento declara que para esta ejecución no ha habido Tribunal. Según los rumores públicos, los «maquisards» exigieron a la familia sus joyas, que no han sido encontradas nuevamente.»

Otro crimen semejante es relatado por el Tribunal de apelación de Dijon, y el magistrado que informa sobre el mismo llega a la conclusión de que el asesinato se ha cometido por razones personales, invocándose la Resistencia.

Ciertos casos revelan bandidismo puro y simple como es el del «gangster» Le Coz, cuyo «curriculum vitae», según el informe oficial, es el siguiente:

«Condenado más de 36 veces, se improvisa en jefe del «maquis», recluta 250 hombres de diversas nacionalidades: ucranianos, polacos, españoles, antiguos Waffen S. S. y jóvenes de la región donde actúa. Alcohólico inveterado, causa el terror en toda la comarca, y seguido de una veintena de mujeres, que son sus amantes, quiere aparecer como el hombre que ajusticia a los colaboracionistas: en realidad es un bandido de caminos que saquea, roba y asesina. Ocupa Loches del 16 al 20, fusila en la plaza pública al inspector Recco, abandona la ciudad ante la presión del Ejército alemán, que vuelve a ocupar la localidad el 2 de septiembre. Finalmente será fusilado por las propias autoridades liberadoras en mayo de 1946, aunque había sido sentenciado a la pena capital el 16 de octubre de 1945. El balance de sus ejecuciones sumarias es de 16 personas.»

LOS CRIMENES COLECTIVOS

Existen también los crímenes colectivos, de los cuales no se pueden conocer sus autores, y ante los cuales las autoridades permanecen generalmente impotentes.

Un informe oficial procedente de Gard relata cómo una formación de F. T. P. que se establece en el castillo de Surville, cuando lo abandona la Policía descubre una fosa común en el parque del palacio. Con el fin de comprobar el número y la identidad de los cadáveres, los gendarmes intentan abrirla, pero durante la noche anterior a la fecha prevista para la investigación unos desconocidos irrumpen en el lugar y queman los cadáveres, descubriéndose sólo algunos restos calcinados irreconocibles.

Otra fosa se descubre en Dordoña, y en ella, 20 asesinados. La investigación oficial comprueba que se trata de personas ejecutadas después de

la liberación, en dos ocasiones distintas. Fueron necesarios cuatro meses para que la justicia registrase esta matanza colectiva, lo que dice mucho respecto al estado de anarquía en que se encontraban ciertas regiones en el momento de la liberación.

Esta misma anarquía es ratificada por otro texto procedente de París, y que se trata de una carta dirigida el 27 de septiembre de 1944 al ministro de la Guerra por el guardasellos. Igualmente el 16 de marzo de 1945 el presidente del Comité parisiense de Liberación escribe al ministro de Justicia para quejarse de que policías «patriotas» hayan sido encarcelados después de la liberación. En su respuesta el guardasellos describe ciertas brutalidades cometidas por los servidores de la Ley.

Todos estos documentos oficiales irrefutables, que se podrían multiplicar, tienen un doble interés. En primer lugar permiten dar el diagnóstico de las ejecuciones sumarias: las unas son provocadas por rivalidades de clase o por querellas políticas, sin relación directa con la Resistencia. Otras son consecuencia de crímenes crapulosos o pasionales, los cuales no tienen nada que ver con la lucha contra el ocupante y sus cómplices. Otras, por el contrario, son la consecuencia de los combates o de la regulación de cuentas, muchas de las cuales incluso tuvieron lugar antes de la misma liberación.

En segundo lugar, estos textos permiten precisar la actitud de las autoridades nacidas de la Resistencia en presencia de las ejecuciones sumarias. Desaprobando tales excesos, esforzándose en lo posible por impedirlos o limitarlos, no se puede afirmar que se mostrasen siempre eficaces en esta tarea, por lo menos en sus principios, y sobre todo en muchos casos se les impidió abiertamente realizar las represiones necesarias, por lo que era casi oficiosamente, y en cierto sentido clandestinamente, como los representantes del orden podían restablecerla.

De todo esto testimonia abundantemente un texto de primera mano, todavía inédito, que data de febrero de 1945. Se trata de una rendición de cuentas de los «acontecimientos de la quincena», redactada por el Comisario de Policía de Montpellier. Este documento oficial muestra las dificultades que encontraban entonces las autoridades para restablecer la calma y los medios retorcidos y secretos a que debían recurrir para alcanzar este fin. Creemos que si lee con atención, jamás se publicó un documento más revelador sobre la cuestión.

50.000 VICTIMAS

Ocurrió entonces lo que pasa siempre cuando los Poderes públicos vacilan en hablar o se callan: la opinión pública busca explicaciones fuera de las declaraciones oficiales. En la revista «The American Mercury» de abril de 1945, Donald Robinson hace el relato siguiente: «Cuando estaba destinado en Marsella, junto al cuartel general del VIII Ejército, fui testigo personal del terror comunista instaurado por los comunistas después de la retirada alemana en el Mediodía de Francia. Oficiales de la Seguridad estiman en 50.000 el número de víctimas ejecutadas la mayor parte por los comunistas. Durante el verano y el otoño de 1944 la revolución ha invadido casi por completo el mediodía de Francia fomentada ardentemente por los comunistas. Su fracaso parcial se debe al freno constituido por la presencia del Ejército americano. La amargura, fruto de sus excesos; las divisiones, los resultados de sus maniobras son la fuente de sus desuniones actuales. Un pueblo no olvida ciegamente su calvario... De Toulouse a Niza el terror se desencadenó. Por todas partes las calles estaban pobladas de paisanos armados de las más diversas maneras... Recorrian las calles en coches sin puertas, lo que les permitía disparar más fácilmente en marcha... Buscaban a todo el que pudiese ser políticamente enemigo suyo...; entre los mismos americanos hay muchas víctimas suyas...»

En este relato apasionado todo no es comprobable. La cifra de 50.000 víctimas, que unos juzgan excesiva y otros insuficiente, no está fundada en nada. Se trata de unos números formulados en su clima emocional. No obstante, volvió a ser recogida por la revista inglesa «The Table» el 7 de enero de 1950.

En el campo opuesto, entre los que fueron

víctimas de la liberación, se encuentra un Fleiber-Grandjean, que realizó un esfuerzo por escribir en la revista «Écrits de Paris» un repertorio objetivo de numerosas atrocidades. Los hechos que relata son en la mayoría de los casos exactos. Ahora bien, ocurre que saca de quicio las cosas o se excede en las conclusiones. Según él, los siete millones de abstenciones que se han registrado en las consultas electorales de la IV República corresponden a las víctimas directas o indirectas de la liberación.

Tales exageraciones no impiden que, en conjunto, los testimonios privados hayan servido para sustituir en buena parte el mutismo de las autoridades. Lo que no es óbice para que estos datos, desde el punto de vista histórico, resulten insuficientes. El problema más espinoso a este respecto lo constituye el fiar el número de ejecuciones sumarias cometidas por la liberación. Las fuentes oficiales y las privadas son radicalmente dispares. Así, como respuesta a una petición escrita por Isorni con fecha 19 de junio de 1951 al presidente del Consejo de ministros, el ministro del Interior hizo saber que «de una investigación realizada en 1948 por los prefectos se desprende que el número de ejecuciones sumarias se elevaba a cerca de 10.000.»

El total indicado por el ministro del Interior es ciertamente insuficiente. Habiendo tenido ocasión de citar al actual presidente, Michel Debré, en aquella ocasión guardasellos, el número de 4.500 para las ejecuciones sumarias efectuadas durante y después de la liberación, le he escuchado responderme: «Es absurdo! Dos o tres departamentos del Sudoeste alcanzarían solamente esta cifra.»

Sin embargo, a pesar de todos los pasos dados de acuerdo con él y con otras personalidades, ha sido imposible obtener oficialmente cifra distinta de las citadas anteriormente. Todos los ministros o servicios que podrían facilitar información se atrincheran detrás de las cifras del ministerio del Interior.

Del conjunto de testimonios o de negativas de testimoniar que se citan en este libro, se desprende en general que los prefectos no parecen muy dispuestos a efectuar una encuesta, susceptible de corregir las cifras que da la autoridad de que ellos dependen. La verdad oficial subsiste sola, con toda su inverosimilitud, y se empeña en confirmar que el número de ejecuciones sumarias no llegó a las 10.000. Por su parte los investigadores privados no pueden, evidentemente, aceptar estos números; para ellos las víctimas pasan ampliamente de las 100.000, lo que equivaldría a decir que un francés de cada 400 ha sido ejecutado.

¿Sobre qué descansa esta última afirmación? En primer lugar, sobre una conversación que el coronel Passy afirma haber tenido en noviembre de 1944 con André Tixier, ministro del Interior. Este le dijo, según él, que de los informes que poseía, las ejecuciones sumarias alcanzaban las 105.000 víctimas.

¿Cómo buscar la verdad fuera de las cifras oficiales que ciertamente la mutilan y de las exageraciones particulares que con toda seguridad la deforman? En ningún caso, en ningún departamento hemos oído citar cifras que justifiquen la cifra total de las 105.000 víctimas, pero lo cierto es que no se podrá nunca saber la verdad exacta sobre este punto. Solamente por medio de sondeos y exploraciones se puede uno imaginar la cifra conjunta. Estas investigaciones nos llevarían a triplicar o cuadruplicar los informes oficiales. El balance entonces ratificado en parte por un documento oficial que me ha entregado la Policía, cuando ya este libro estaba en Prensa, sería de unas 30.000 ó 40.000 ejecuciones sumarias.

Así, pues, un francés de cada 1.000 habría sido víctima de los excesos asesinos cometidos cuando la liberación. Cifra suficiente para crear una psicosis que no cesará de pesar en los recuerdos de los supervivientes. Será vano querer apaciguar sus desesperaciones y sus rencores; sólo se les puede sugerir lo que un estudio profundo de lo ocurrido, después de la liberación, confirma que sin la acción, aunque insuficiente e incluso reticente de las nuevas autoridades, el desorden habría sido mayor y las víctimas más numerosas, la presencia de la Administración deaullista permitió que la cifra extrema de 105.000 ejecuciones no fuese superada, ni siquiera alcanzada.

EL PADRE VICENTE JOSE GARCIA, NUEVO HISTORIADOR DE ASTURIAS

«LA CASA DE QUIROS», BIOGRAFIA DE UNA COMARCA

«SOMOS SACERDOTES A TODAS HORAS EN LA VIDA»



El padre Vicente José García, ante el Santuario de Nuestra Señora de Covadonga

COLUNGA es una villa turística—y por ello hermosa y bonita—que festonea y alhaja la ribera de la Costa Verde. Un poco más arriba, siguiendo la línea de los montes, está Libardón, perdido entre montañas, como un pastorcillo que cuidase la manada de sus montes, de sus árboles, de sus nubes y vientos incluso. Pueblo callado en su bello rincón norteño, lleno de quietud y paz rural.

La otra tarde pasé por Colunga y subí a verlo.

Vive allí don Vicente José García, un joven sacerdote que simultanea con fortuna el apostolado con la aventura literaria. Acaba de publicar un libro donde hace historia, emocionada y cálida, de estas tierras, de sus costumbres, de sus tradiciones. Habla por menudo de la vida de sus gentes y penetra en su psicología.

—La encontrará usted a mano izquierda.

Me lo dicen nada más preguntar.

La casa de don Vicente José está al borde de la carretera. Llamo al timbre. Baja el mismo padre. Un saludo como de eternos amigos. Resulta facilísimo entrar en conversación con el joven sacerdote. Vamos al despacho donde se encontraba en plena tarea de trabajo. Nos sentamos frente a frente. El día es claro y por la galería entra un tibio sol que cae en la mesa sobre mi cabeza.

«SOY QUIROSANO POR
LOS CUATRO COSTADOS»

El padre es jovial y alegre. Ríe constantemente. Tiene una mirada profunda y aguda bajo sus gafas. Hay en él un movimiento vivo de ojos listos. Es bajo de estatura. Se recuesta en el sillón como un chiquillo jugueteando. Ha nacido en Bóo (Aller). Y, sin embargo, se apresura a decirme:

—Soy quirosano por los cuatro costados.

—¿Entonces?

—Mis padres, mis abuelos y todos mis ascendientes hasta no sé qué generación son naturales de Quirós. Y yo allí he vivido mi vida.

Nació allá por el febrero de 1925. Y aprendió las primeras letras del abecedario en una escuela rural.

Aunque muy pronto nos fui-

mos a Santa Cruz de Mieres. Allí estudié en el Colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana.

Así les sorprendió la guerra. Vino el éxodo a Quirós, tierra entrañable para la intimidad de don Vicente José G. García. En Oviedo cayó entre las muchas víctimas su padre. Fueron fechas tristes y dolorosas que recuerda como estremecido. Y allí, un buen día, dijo a su madre que deseaba ser sacerdote. Catorce años contaba el muchacho a su ingreso en el seminario de Covadonga, donde se empapó de amor a la Santina. Un amor arraigado que entró a formar parte esencial en su corazón. Un curso bastó para que el muchacho se enamorara de la Virgen «pequeñina y galana», cuya imagen está en el despacho presidiendo las horas de trabajo. Pasó a la casona de Donlebún Castropol. Vino a cursar la filosofía al convento de Valdediós.

—Recuerdo que los compañeros de curso, muy compenetrados, fundamos la revista «Sedón», que comenzó con cuatro páginas y vino a morir de mala manera con dieciséis. ¡Ah, qué aventuras! Fué una revista escrita a pluma la que despertó una inquietud literaria en el seminario que trajo consigo nuevas revistas. Lástima que todas hayan muerto.

Ya en tiempos mejores don Vicente fue a cursar la Sagrada Teología al nuevo seminario de la Asunción, en Oviedo. Y se ordenó de sacerdote el 12 de abril de 1952 y celebró su primera misa el día 20. Día inolvidable para todo Quirós.

DE COMO NACIO «LA CASA DE QUIROS»

La charla es rápida. Hablamos como buenos amigos. El joven padre tiene una conversación grata y simpática. El despacho es pequeño. Una mesa llena de cuartillas y libros en la que trabaja don Vicente. Un armario con montones de libretos y revistas. En un hueco la imagen del Beato Melchor García Sampedro, protomártir asturiano, al que don Vicente admira como maestro y cuya devoción va propagando a su paso por las parroquias. En la esquina, una mesita con la máquina de escribir y ejemplares de «La Casa de Quirós». Allá, la radio y un gramófono. Pone un disco y seguimos charlando.

—¿Cómo nació en usted el historiado?

—Siempre me gustó la historia. De estudiante era una asignatura que me aprendía con placer y mucha curiosidad. Seguí un método que a mi modesto juicio es bueno. Procuraba investigar la marcha de la historia buscando motivos y razones de los acontecimientos. Eso que llaman la filosofía de la historia.

—Ya.

—Y de veras que uno toma cariño a esas asignaturas que de otra forma resultan insoportables y fatigan brutalmente la memoria.

Don Vicente adopta una postura muy típica. Mete las manos en las bocamangas de la sotana.



La Universidad, peldaño decisivo en la formación del padre Vicente José

—Luego fue una casualidad. Allí por los cursos teológicos y curioseando en la biblioteca me tropecé con unas fichas sobre Quirós. Es curioso. Tres fichas con datos de mi concejo que el azar me depara en un viejo volumen son bastante para meter a un hombre en varas, busca que te busca por bibliotecas y archivos. Las fichas fueron creciendo en montón.

Y no sólo revolver papeles. Don

Vicente José G. García no se conformaba con lo escrito. Los datos eran como indicadores. Y él recorrió todo Quirós, hasta los rincones más insospechados, comprobando la exactitud de cuanto leía, recogiendo leyendas, viendo lugares históricos.

—Un pasar los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro. Menos mal que no se me secó el cerebro.

Y sonríe. Con una sonrisa am-



Un momento de la entrevista con nuestro colaborador

plia, llena de humor zumbón, que contagia:

—El libro lo hacía con cariño como pasatiempo. Trabajaba con la sana intención de entregar todo a un amigo para que él lo perfeccionase y publicase. Luego me encargó que hiciera una prueba y escribí unas páginas. Me dijo que prosiguiera yo, que la obra era ya muy mía. Bien o mal, lo hice con honradez. Y ahí está el resultado.

Me enseña el libro. Es grueso. Cuatrocientas largas páginas con muy buen tipo de letra y una sencilla portada sin ilustración alguna. Simplemente el nombre del autor, el título y como fecha pone: «Ea el centenario del martirio del protomártir asturiano beat ofray Melchor García Sampederro. 19 8». Digo que el libro da lectura para unas horas. Y don Vicente me dice:

—Sí, claro. Estos libros de historia no son novelas. No son para leerlos de un tirón. Con tiempo, con tiempo. Nada de prisas y atragantones.

—¿Todo es historia en «La Casa de Quirós»?

—Todo puede considerarse como historia del concejo. Al fin y al cabo, los hijos ilustres, las mitologías, las leyendas, los cuentos, etc., son un conjunto y reflejan un momento histórico, una época. Bueno sería que cada cincuenta o cien años se escribiese una crónica de toda comarca. Imagine qué bonito para el hombre futuro saber con todo detalle la historia, la trayectoria de su pueblo, de su heráldica, de todo. «La Casa de Quirós» eso pretende. El libro es la historia del concejo quirosano; cada comarca debía tener su libro. Entonces sí tendríamos una historia completa de todas las Asturias.

—No en todas partes hay un don Vicente.

Me mira con ojos burlones.

—Sin bromas. En cualquier sitio hay alguien que pueda hacer ese libro. Yo no soy un genio ni cosa que de lejos lo parezca. Sin embargo, la curiosidad, el entusiasmo y el amor vencieron mi timidez. Bien o mal escrito el libro está ahí y es historia. Es lo que a la postre sirve. Con corazón se hacen maravillas.

Abro el libro: «No escribirse... cantarse debía la historia de este pueblo. Ella es un poema. Yo he recogido los hechos principales sobre los lugares mismos donde acontecieron.» Nunca mejor traídas estas frases del poeta. Sí, don Vicente ha recorrido los lugares. Ha estudiado con hondura, con rigor crítico, con agudeza, con meticulosidad, la posibilidad de cualquier hecho y el mismo acontecimiento. Ahora he leído muchos capítulos de «La Casa de Quirós». Creo se trata de un libro apretadamente histórico en sus líneas fundamentales. Don Vicente con pluma ágil y sencilla con fluido estilo, como quien cuenta algo que acaba de ver con con sus propios ojos en la calle, con mente acostumbrada al riguroso raciocinio silogístico de la escolástica, con naturalidad abrumadora, va paso a paso descubriendo la verdad de la Casa de Quirós. Casi como si desenmarañase una madeja de hilos revueltos. Se le advierte muy a las cla-

ras esa mentalidad curiosa que gusta de las pruebas, que no cesa hasta encontrar radicalmente la filosofía de unos hechos. Y en los capítulos de mitologías, de leyendas, de cuentiquinos, vemos la pluma escueta y laconica, nada romántica, de don Vicente José, dando cierto regusto especial a cualquier minucia, a las mínimas cositas. Y al final del libro, una serie de bellas fotografías que vienen a ilustrar la Historia, que, como el mismo joven padre dice:

—También la fotografía es noticia histórica. Bien lo sabe usted por el periodismo. Una fotografía bien lograda vale por un extenso artículo.

Me ofrece unos pitillos. Él no fuma.

«AFIRMO LA EXISTENCIA DE BERNARDO DEL CARPIO»

Mientras fumo un cigarrillo, don Vicente pone en el gramófono otro disco de música ligera. Y hablamos de música. Y me cuenta de las dificultades de un sacerdote con cura de almas escribir libros, de la enorme falta de tiempo, de que hay que andar a ratos perdidos y uno no se concentra como quisiera. Sin embargo, veo que a él le dan las horas para todo. Para entregarse a las almas, para hacer obras maravillosas como las que realizó en Libardón—templo, casa rectoral, cine parroquial, biblioteca, sala de juegos, etc.—, y también para escribir muchas cosas. Parece un hombre ligero, con su nervioso aire y garbo. Pero no. Hay en él un algo que le da personalidad, que le da pose de hombre intelectual, con su frente despejada y su cabello peinado como a raya, sin marcarla. Está inquieto continuamente como un niño. Tarea una musiquilla graciosa, pegadiza. Y se ríe mucho cuando me mira y cuando habla.

—¿No siente cierta inquietud ante esta primera salida al ruedo literario?

Duda. Titubea con un gesto de hombros y cabeza.

—Un poco, sí, un poco. Sobre todo, por el capítulo que a Bernardo del Carpio dedico, cuya existencia afirmo a sabiendas de que hay historiadores autorizados que la niegan. No es petulancia ni pedantería, claro. A mí se me impuso casi con evidencia la existencia real del personaje y no puedo por menos de arriesgar-me.

Don Vicente me indica después el fundamento de su decisión, totalmente ajena a una alegría o «boutade» literaria:

—La verdad es que anduve investigando mucho sobre el personaje. Para vencer al miedo. Ya cuando escribía «La Casa de Quirós». Y mientras el libro andaba por la editorial, me di profundamente a Bernardo del Carpio. Tanto que sólo espero la censura eclesiástica para dar a la editorial una tesis que demuestre su existencia real. Con ella daré escuetamente las pruebas y los romances relativos al mismo. «Bernardo del Carpio» será un avance previo. Ya intentaré ampliarlo con más detenimiento.

—¿Por qué no espera a tenerlo concluido con todo el anarato necesario?

—No espero, no. Intervérselas publicadas levantaron la liebre a los tres de tiempo, y me es imposible esperar. A su hora se verán las razones que a ello me mueven.

—Me figuro.

—Para el estudio completo necesito un plazo largo. Y armarse de paciencia. Y muchos desajustamientos, que cuestan un puñalón y lo que de otro va.

—¿Tantos?

—Sí, no sólo por muchas provincias de España, sino al extranjero, como Portugal y Francia. No estoy tranquilo si no examino por mí mismo manuscritos, cartas, palimpsestos, inscripciones y cuanto al paso salga. No sé. Espero que me concedan una beca para viajes y estancias. De todas formas, a base de constancia iría haciendo avances. No sé si fácil al desaliento. Creo que el optimismo es algo característico en mí ser.

Y de veras que su rostro denota sensación de placidez y de un optimismo. Eso es bueno. Y a don Vicente le va con una risa, que es bastante intrincada. No sabe uno si franca o picareca. Una risa que evidencia un temperamento irónico de esos que dicen verdades como trampas de broma y de veras.

«VER LAS COSAS CON OJOS DE SACERDOTE DE DIOS»

Con este joven padre se puede charlar de cualquier cosa. Amplia cultura y buen modo de enjuiciar. Enfocamos el tema literario. Sale a cuento la novela en primer término. Y salen nombres de sacerdotes escritores, Cabodevilla, Javierre, Martín Descalzo, Martín Vigil, Rodobaldo Ruisánchez, compañero y amigo de don Vicente; Blajot, Montalvillo, Maruri, Tomé. Don Vicente se sabe los nombres de carrerilla. Me dice:

—No está mal el actual movimiento sacerdotal hacia el campo de la literatura. Claro que no debemos perder de vista nuestra misión. Somos sacerdotes a todas horas en la vida. Y eso ha de ser base. No podemos ver las cosas sino con ojos de sacerdotes de Dios.

Y está hablando perfectamente serio.

Le digo:

—¿No intentará usted coger un puesto en ese movimiento?

Y se ríe:

—No sé qué contestarle. Tengo muchos proyectos. En carpeta, muchos sueños. Algunas cosas ya terminadas. Pero las dejaré reposar de momento. Más tarde... Sí, daré el título «Estampas de la vida».

—¿Le resulta difícil lo literario?

—Estoy más sujeto a la Historia. Eso es todo.

Se queda pensando en vilo, con los ojos vagamente perdidos más allá de la ventana, quizá concentrados en algo interior. Y atropelladamente, pero bien meditado, concreta:

—Es más fácil hacer Literatura que Historia. Solamente necesitaría un largo ejercicio de fantasía y emborronar muchos folios.

Enrique CEPADA SUERO



El día de la inauguración la comitiva presidencial recorre los estands del certamen

VEINTE NACIONES Y 2.500 EXPOSITORES EN LA XXXVII FERIA MUESTRARIO DE VALENCIA

VENTANAL ABIERTO A LAS NOVEDADES DE LA INDUSTRIA Y EFICAZ INSTRUMENTO DE MERCADO

«PARA ofrendar nuevas glorias a España...» Ahí está la XXXVII Feria de Muestras de Valencia. En los recintos feriales de la Alameda y en los jardines del palacio Monforte, el palacio ferial.

Esta es la Feria de Muestras decana de las que se organizan en España, por lo que ostenta la representación de nuestro país en la Directiva de la Unión de Ferias Internacionales. Tiene, pues, buena solera la Feria Muestrario Internacional de Valencia, cuya raíz de origen se encuentra en aquella Exposición Regional que hace medio siglo organizó un valenciano ilustre, el primer marqués del Turia, cuya iniciativa sacó a Valencia de su antigua y recogida vida.

El que la región valenciana tenga el decanato de las Ferias de Muestras españolas indica que el gran sentido artístico de Levante está adornado también con las dotes de la iniciativa económica, capaz de la adecuada expansión



Los nuevos motores nacionales para automóviles y camiones han tenido brillante muestra en la Feria de Valencia

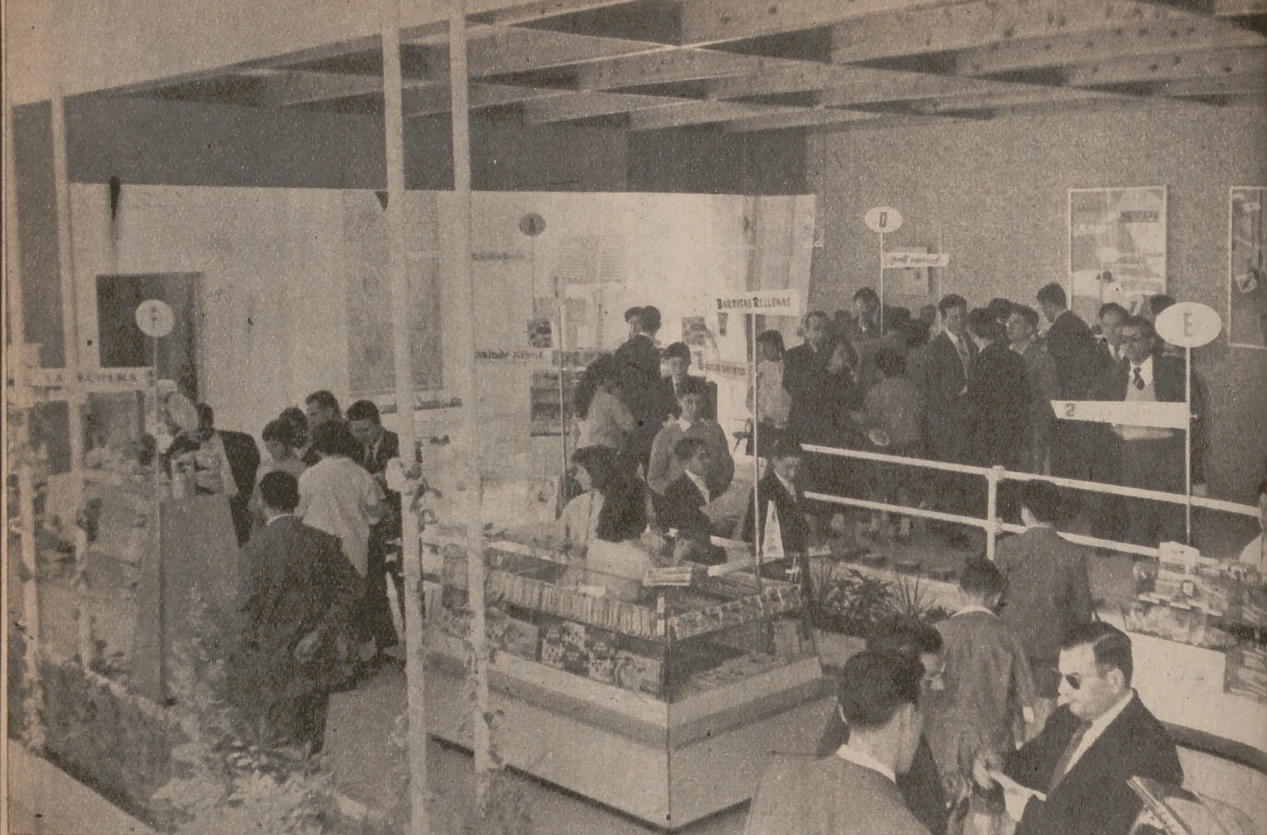
ALGO MAS QUE NARANJAS

Convendría que viesen la XXXVII Feria Muestrario Inter-

nacional los que creen que Valencia es una región de monocultivo, pendiente de las alas de la mosca del Mediterráneo y tiritante al menor síntoma de helada; que to-

da la vida de la región está totalmente a la espera de lo que cada año pasa con los agríos.

Sí, la naranja es muy importante no solamente para Valen-



Una clara exposición de los más variados productos caracteriza el magno certamen

cia, sino también para la economía nacional; pero por muy importante que sea la exportación de la naranja, no está ahí el todo de la economía valenciana. Quedan otros productos de la tierra: el arroz «bomba», las hortalizas, los tomates y pimientos...; pero queda, sobre todo, la industria, variada e importante.

El calzado, los muebles, la maquinaria agrícola, los juguetes, los azulejos, las cerámicas, los tejidos... y tantos otros artículos industriales tienen naves de fabricación en Levante. Y esta solera industrial, antigua y arraigada, ya justificaría por sí sola una Feria Muestrario de cada año en Valencia, aunque no estuviese la participación de las demás regiones españolas y la representación internacional, cada año más grande e importante.

EXPOSITORES: DOS MIL QUINIENTOS

En la Feria Muestrario de este año están representadas veinte naciones extranjeras en la variedad de «stands» forasteros, de Empresas y de países.

Y todo esto en el rutilante sol del mes de mayo valenciano, fragante y florido.

El bullicio humano bajo ese sol levantino de mayo y de casi todo el año. Un sol y un cielo amable cuando no le da por inundar con una tromba de agua a la tercera ciudad española por su importancia comercial y su densidad humana.

Dos mil quinientos expositores en una superficie de treinta mil metros cuadrados en los que se exhiben los muestrarios de las veinticinco secciones en que está clasificada la mercancía procedente

de veintisiete países, sin contar el nuestro, que es el que aporta una mayor cantidad de cosas.

Las maquinarias de Alemania occidental, los muestrarios de Austria, Bélgica, Canadá, Checoslovaquia. El importante muestrario de los Estados Unidos, los de Gran Bretaña y Francia. Los «stands» de países políticamente separados del mundo libre, como Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Yugoslavia. Muestras nórdicas, como las de Finlandia, y lejanas, como las del Japón.

Veinte naciones extranjeras representadas oficialmente y siete casas comerciales, también forasteras, que han montado su propio «stand» representativo.

EN EL PABELLON DEL ALUMINIO

El crecimiento de la Feria Muestrario de Valencia la ha desbordado de su propio palacio de Ferias y Exposiciones y ocupa más de la mitad del paseo de la Alameda.

Entre jardines, la Feria de Valencia. En realidad toda la población parece estar entre jardines y árboles floridos, que forman la aureola de perfume a la novia del Cid.

El Pabellón del Aluminio está formado por un enorme túnel brillante, de ciento sesenta metros de longitud por veintiocho de anchura. Los últimos modelos de las más prestigiosas firmas europeas del automóvil están representadas ahí, dentro de esa especie de «tubo de la risa», que es bien serio y rutilante esta vez.

La imaginación popular ante esos modelos de automóviles modernos y de elevados precios ha comenzado a llamar al Pabe-

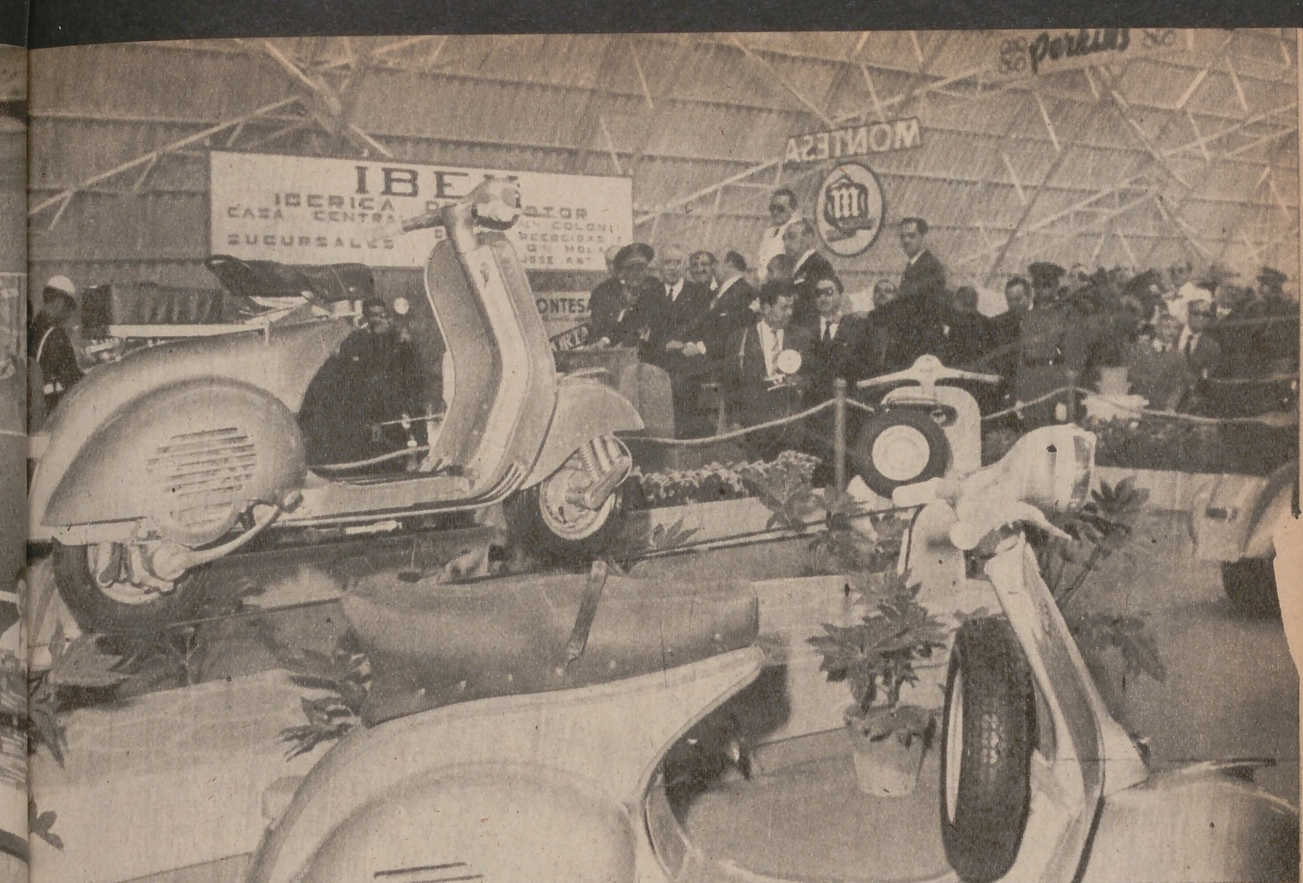
llón del Aluminio el de «Lo verás, pero no lo catarás», pero también hay allí modelos de fabricación española, cuyo precio no es tan elevado, y una buena muestra es esa variedad de motocicletas que tenemos en nuestro país.

LA MOTOCICLETA EN LA MAROMA

En el Pabellón del Aluminio el público se arremolina ante la motocicleta equilibrista que, sin conductor, pasa a la maroma de un alambre tenso a medio metro del suelo.

También está allí un camión cisterna gigante, presentado por una firma italiana, del que los entendidos dicen que puede ser una solución para las necesidades de riego en cultivos pequeños y ser algo así como una acequia sobre ruedas. El Tribunal de las Aguas no ha intervenido aún en la cuestión que pudiera plantear el empleo de esos camiones llevando el agua de un sitio a otro.

La maquinaria de aplicación agrícola está muy bien representada en la Feria de Valencia. El modelo de «jeep» español, presentado como si fuese una mula mecánica capaz de resolver muchos problemas campesinos sin el menor consumo de cebada, los últimos descubrimientos en maquinaria de utilización agropecuaria, presentada en Valencia como un avance de la Feria Internacional del Campo, de muy próxima inauguración en Madrid, y entre todos esos mecanismos el tractor «de bolsillo» capaz de maniobrar en terrenos de extensión muy limitada y que antes se consideraban de imposible cultivo mecánico.



La pujante industria española de la motocicleta tiene en la Feria de Muestras vistosos «stands»

LOS ULTIMOS INVENTOS

También los inventores —no olvidemos que la región valenciana es tierra de ingenio y sentido artístico— han hecho acto de presencia en la Feria, donde figura un acumulador para receptores radiofónicos recargable en la red del alumbrado. Un invento para evitar las heladas de los árboles y sus frutos que produce un suspiro de esperanza en los naranjeros. Una «super terraza» para que las cafeterías puedan poner mesas y sillas sobre las aceras sin impedir el paso de los transeuntes. Dispositivos para que no tengan pinchazos las cámaras de bicicleta y hasta un invento para extinguir la discontinuidad que produce en los frenos el paso de las juntas de carril.

Por lo que respecta a la maquinaria industrial ésta es abundantísima sobre todo en molinería, panadería, máquinas para aserrar la madera, material de Artes Gráficas...

UNA PSICOSIS T. V.

Capítulo aparte merece la T. V., pero antes digamos que Valencia —que, como ya hemos dicho y es bien sabido, es la tercera ciudad española en importancia— siente la televisión como cosa muy inmediata y tiene, como ninguna otra ciudad española, la psicosis televisora.

Igual que se hizo en Barcelona hace tiempo le ha llegado a Valencia la señal inequívoca de su

enlace T. V., ya que hace solamente unas semanas acabó de instalarse sobre el cercano montículo de Garbí una torre experimental. La cosa está en marcha definitivamente y ya no habrá que pensar en equipos móviles que escalen altísimas montañas para lograr un buen programa de «video».

Por otra parte, Radio Nacional

de España en Valencia ha instalado unos estudios dentro del recinto ferial, en los que se dan diariamente emisiones cara al público, a las que asiste una gran cantidad de gente. Y ésta es la televisión más directa y con programas más susceptibles de aplauso vivo.

Pero las instalaciones preliminares, la importancia de la ciu-



El pabellón Industrial muestra los últimos logros de numerosas fábricas nacionales

dad y la misma psicosis popular que ha acelerado la compra de aparatos y de antenas indicadas que éste es el año de la T. V. en Valencia.

LAS MAQUINAS DEL ME- NAJE

Otro pabellón que atrae mucho a las señoras es el Pabellón del Hogar, que resulta un poco más pedregoso para los maridos que los anteriores «stands», porque la compra de una máquina de hacer engranajes necesita la aprobación del Consejo de Administración y, en cambio, un calentador de agua para múltiples aplicaciones sólo cuesta unos cuarenta duros y aunque la muestra no se vende, la casa expositora da tantas facilidades para encontrar el artefacto fuera de la Feria que, prácticamente, el marido ya ha desembolsado las doscientas pesetas.

Y quien dice calentadores dice refrigeradores—incluso los hay de plástico—, cocinas que, a la vez, funcionan a gas del aluminio, gas butano y electricidad... bueno, a la vez no, porque con los tres dispositivos funcionando a la vez iban a salir buenos los bizcochos.

Lo cierto es que en el pabellón hay de todo. De todo lo que es imprescindible en el hogar moderno para el confort y la «productividad» del ama de casa. Las baterías de cocina, con batidoras, parrillas, cubiertos y demás, son una maravilla. Y las señoras toman nota para comprar esto y aquello... en el momento en que se les vaya la muchacha.

DE LA ARTESANIA AL RE- POSTERO

La Obra Sindical «Artesanía» ha montado un pabellón que supera ampliamente la calidad y cantidad de los muestrarios presentados en años anteriores.

Todas las provincias españolas han enviado lo más selecto que ha salido de manos de sus artesanos y Valencia—que tiene gran tradición en estas actividades—ofrece un bellissimo muestrario.

También la orfebrería religiosa está magníficamente representada, así como la imaginaria. Por otra parte, hay una gran profusión de finísimos encajes, abanicos, marquetería, muñecas, cerámica, porcelanas, hierros forjados y una serie casi interminable de objetos, con el alma y la gracia de la materia amorosamente trabajada.

El paseo por la Feria es largo y puede llegar a un momento en que haya que interrumpir el recorrido para reponer fuerzas pero ni aún así se quiebra la visita, porque las industrias alimenticias cuentan con una amplia gama de expositores.

El visitante no puede degustar los quesos holandeses ni el caviar alemán, ni tampoco la gran variedad de whiskys escoceses, ginebra, coñac, armagnac franceses, vinos del Rhin y cervezas alemanas que se exponen en el Certamen, pero sí los cafés portugueses y colombianos que se sirven gratuitamente al público.

Y a la hora de comer—que aquí parece ser cualquiera de las once horas diarias que está abierta la Feria—hay, a precio muy asequible, cuanto se pueda desear.

EL HOMBRE ES LO MAS VARIADO

Los visitantes son también, en cierto modo, un curioso muestrario. Hay toda clase de tipos: El visitante comprador que va derecho a su objetivo, para contratar sobre muestra. La mayoría saben lo que quieren, pero puede haber quien no entienda lo que media entre la fabricación en serie y la pieza artesana. Y así, un buen artesano granadino—de los que hacen en quince días un precioso cofrecillo incrustado de hueso y nácar—casi se desmaya al recibir, de un presunto comprador americano, un pedido de treinta mil cofrecillos mensuales durante un año.

Hay el turista curioso, que quiere saber cuántas horas ha necesitado un tallista para labrar la cabecera de una cama barroca. El coleccionista de prospectos que no sale contento si no ha logrado reunir medio kilo de impresos variados. El papá distraído que pierde al pequeño de la mano, enfrascado en la contemplación de una muestra o de una «mostradora». Y hasta puede haber quien no entienda por qué se llama Feria a un sitio donde no hay carruceses ni tirovivos.

UN AMBIENTE GENEROSO

Del Pabellón del Aluminio al del Mueble y la decoración; de la artesanía finísima a la gran maquinaria; de los abonos para la tierra a la degustación de los frutos que otorga la Naturaleza, cuando está mejorada por el arte del cultivo.

Y, sobre todo ese aire internacional de mercado abierto que hace incluso atravesar las fronteras difíciles de los telones políticos.

Con gran brillantez se ha celebrado el Día de los Estados Unidos, dedicado a los expositores norteamericanos que concurren al Certamen y que se ha visto realzado por la presencia de los miembros de la Misión Comercial estadounidense.

Ese ambiente de regalo degustación gratuita y generosidad, queda muy bien logrado en la hospitalaria Valencia, tan perfumada en ese tiempo de primavera y bajo el sol luminoso de mayo.

No es casualidad que Valencia pueda ofrecer al mundo en un perfecto acorde de emplazamiento, fecha, clima y ambiente su Feria Muestrario Internacional y que el desarrollo de ésta sea un fiel reflejo de la creciente actividad mercantil, industrial y agrícola de la región.

CADA VEZ MAS GRANDE

La visita al palacio ferial demuestra, al buen observador, el agobiante problema de la falta de espacio originado por el desmesurado crecimiento del número de expositores y mercancías.

El Pabellón del Aluminio en ple-

na Alameda ha descongestionado bastante las apreturas de la Feria, pero la necesidad de espacio continúa y tiende a aumentar por el impulso de crecimiento que el Certamen valenciano adquiere de año en año.

La «Operación M-4» creada para fomentar las exportaciones de manufacturados metálicos de la región valenciana, hace también acto de presencia en la Feria como un gran mecanismo de conjunto. Pero la idea de la exportación parece presidir todo el ambiente que por algo es Valencia la primera región exportadora de nuestro país.

La palabra «Export» pudiera ser el lema general de todo el Certamen si se atiende a la mayoría de las sugerencias que en él se notan.

EXPANSIVA Y VOLCADA AL EXTERIOR

Y es que la Feria Muestrario Internacional de Valencia es esencialmente expansiva y volcada al exterior. Tiene—a diferencia de otros certámenes parecidos—más fuerza centrífuga que centrípeta, hasta el punto que parece una pedrada en un estanque.

Por un lado la Feria es como un ventanal abierto a las novedades y por el otro es un mercado interior al que concurren también gentes y mercancías venidas de fuera. Esas son las dos vertientes de las Ferias Muestrario. La primera como presentación periódica, conjunta y ordenada de las novedades técnicas que al servicio de la economía han aparecido desde la Feria anterior. La otra vertiente es la que hace que las Ferias de muestrario sean un poderoso y eficaz instrumento de mercado. Unas veces por las transacciones que pueden hacerse en la Feria misma y otras por las que se hacen por medio de pedidos sobre las muestras que en ellas están expuestas.

AL BRILLO DE MAYO

Pero dejémosnos de lucubraciones teóricas ya que la Feria de Valencia es una realidad que invita a su visita y apremia incluso con la brevedad de tiempo en que va a estar abierta.

Si su exhibición no es prorrogada la clausura va a producirse el 20 de mayo, un poco a la manera escobar de la terminación de curso. Un 20 de mayo para el examen de los resultados.

Veinte días solamente, pero tan intensivos que durante once horas diarias la Feria es como una «Porción» de visitantes en aglomeración.

Los altavoces, los prospectos que vuelan de la mano al suelo, las degustaciones y el pasmo de las maravillas técnicas son el doble brillo de la novedad y la presentación.

Pero es toda Valencia la que brilla al sol con la alegría sana que la ciudad, la región y todo Levante tiene cuando ha podido ofrecerle a España una nueva gloria.

F. COSTA TORRO



JOAQUIN BLUME

EL MEJOR GIMNASTA DE EUROPA

EL «PODIUM» DE LOS VENCEDORES QUEDO VACIO

UNA ESCUELA Y UN EQUIPO ROTOS POR LA MUERTE

CREO que esta vez, en el Standhalle, he hecho la mejor demostración de gimnasia de mi vida.

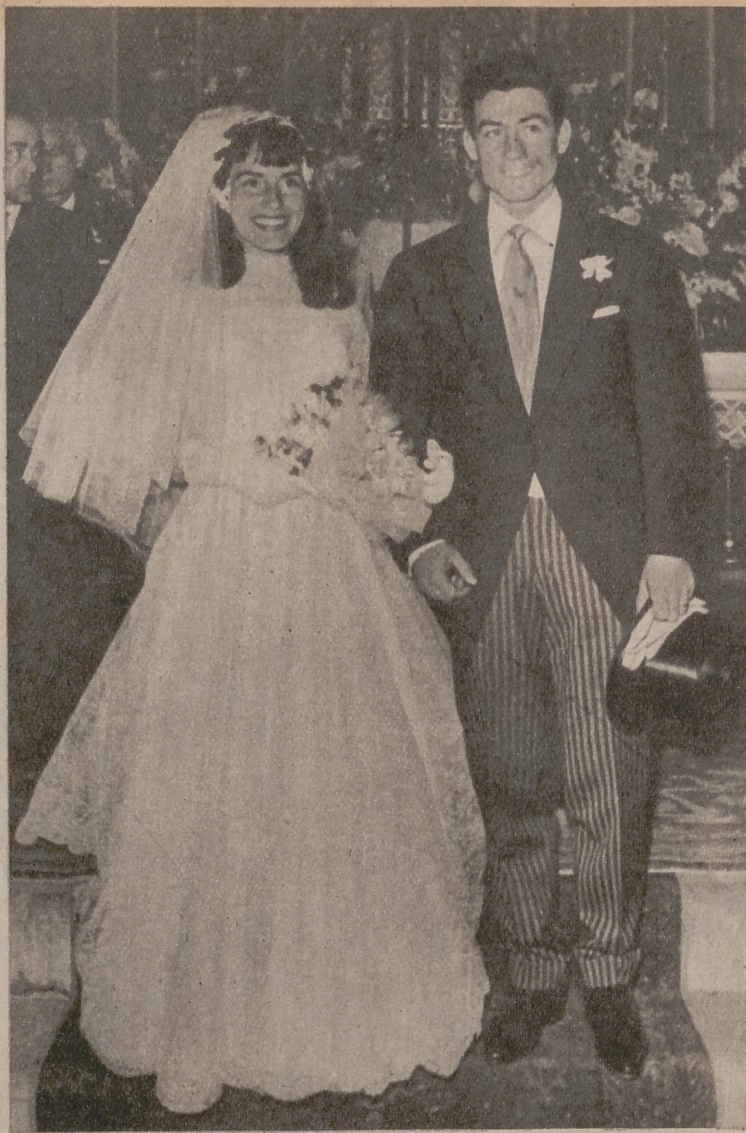
Era el día 29 de noviembre de 1958. Allí, para los ejercicios en tierra, para los de caballo con arzón, paralelas, barra fija y anillas, estaban los alemanes Lothar Lohmann y Helmunt Hellebrandt, los finlandeses Eugen Ekman y

Martti Monsikka, los italianos Angelo Oicardi y Pasquale Carminucchi, los polacos Josef Rajniz y Jerzi Sokien, los suizos Edy Thomi y Herman Thomi, los austriacos Ernest Hilber y Johann Koening; doce competidores de siete naciones.

Aquel mismo día—en el Standhalle de Viena, 29 de noviembre de 1958—Joaquín Blume sumaba

un total de 57,85 puntos, con 1,95 de diferencia sobre Lohmann, su inmediato seguidor. Aquel mismo día Joaquín Blume, gimnasta español, campeón de Europa, realizaba el clásico «sampedro» en manos libres y el «cristo en ángulo», y los más puros y estilizados ejercicios.

—Con mi nuevo ejercicio en paralelas obtuve mi más alta



Joaquín Blume contrajo matrimonio recientemente. Su esposa, que también halló la muerte en el trágico accidente, era gimnasta del mismo equipo del campeón

actuación: 9,75—diría a su regreso el campeón español.

—La actuación del alemán Lothar Lohmann fue excelente, pero la de Blume resultó excepcional—dijo en el mismo Standhalle Pierre Hentges, el luxemburgués presidente de la Asociación Internacional de Gimnasia.

Viena era, de los últimos, el más preclado capítulo europeo de un muchacho de veinticinco años, ejemplo de deportistas, espejo de caballeros, modelo de virtudes. Un muchacho español, gimnasta puro, Medalla de Oro al Mérito Deportivo, que la muerte nos lo ha arrebatado para siempre, en el más estúpido de los accidentes: en el aéreo.

A LOS QUINCE AÑOS, CAMPEON DE ESPAÑA

Para la gimnasia española, no sólo de nuestros días, sino de todos los tiempos, la figura, los hechos y las acciones de Joaquín Blume son, sin duda, efigie primera. Pocas veces hay vidas humanas dedicadas con tanto afán, con tanto esfuerzo, con tanto sacrificio, con tanta ilusión, a

una simple y concreta actividad como la vida de Joaquín Blume lo era con respecto a la gimnasia.

Aún vive el padre de Blume; aún vive y guarda en su corazón el dolor profundísimo de la pérdida no sólo del hijo, sino también del discípulo. Porque su hijo Joaquín fue el más querido alumno que él, gimnasta y profesor, jamás tuviese.

Desde el año 1933, en que el 30 de junio naciese Joaquín Blume en Barcelona, hasta el año 1949, en que Joaquín Blume se clasificase en cuarto lugar en el Concurso Competición celebrado en Lisboa—primero de los oficiales a que se presentase—, y en el que aquel mismo año quedase también por primera vez, y ya para siempre, campeón de España—con el primer puesto en la clasificación general y vencedor absoluto en las seis pruebas de aparatos—, habían pasado quince años tan sólo.

Quince años en los que el pequeño Joaquín—el hijo querido de don Armando Blume y de la señora Julia Carreras—sólo tuvo en la mente una ilusión, una esperanza, una realidad: ser gimnas-

ta bueno y de valía como lo había sido, como lo era su padre.

«YO QUIERO SER CAMPEON OLIMPICO»

La vida de Joaquín Blume, pues, tiene su centro, su norte vital en el gimnasio. El gimnasio es para el desaparecido campeón igual que la repetida comparación del agua para los peces, del aire para los pájaros. Un agua y un aire que, no obstante, tienen compaginación perfecta con los estudios. Porque Joaquín Blume, a su debido tiempo, acaba la carrera de profesor mercantil.

Mas, para Blume, la gimnasia. Una vez había dicho:

—El gimnasta perfecto, a los treinta años...

Otra vez:

—Tengo novia, pero es muy pronto para pensar en casarme. Mejor dicho, es demasiado pronto para pensar en otra cosa que en la gimnasia, el entrenamiento, el perfeccionamiento...

Y otra, ésta muchas veces repetida:

—Yo persigo un ideal: ser campeón del mundo o campeón olímpico.

A los veintiséis años, a muy poco tiempo de la Olimpiada de Roma, con un joven pecho que ya no le cabían las medallas, el «podium» de los vencedores, ese «podium» que un día le viese campeón de Europa, flanqueado por el ruso Titov y el suizo Benker, no sentirá ya más a Blume. Pero cuando los gimnastas del mundo contemplen a los campeones olímpicos de la Olimpiada de Roma sabrán muy bien que por derecho, y por mérito, y por clase, y por valía, aquel puesto le correspondía a Joaquín Blume, veintiséis años muerto en olor de gloria y de juventud.

A LOS VEINTIDOS AÑOS, CINCO MEDALLAS DE ORO EN LOS JUEGOS MEDITERRANEOS

Hablan sus biógrafos: «Fue en 1952, cuando sólo contaba diecinueve años, cuando comenzó a oírse hablar de Blume internacionalmente. El alemán Lohmann le orientó y le aconsejó que actuase en los Juegos Olímpicos. Y allí fue, con el escudo de España en el pecho, a competir contra más de doscientos gimnastas de todo el mundo. Su actuación no fue, en ningún caso, decepcionante, pues se clasificó el 56, es decir, en el primer tercio de participantes.

Entonces Blume actúa solo, añadido al equipo japonés. En manos libres obtiene el 26 lugar, los críticos internacionales, intuyendo ya su porvenir, se fijan en el «gimnasta solitario español».

El año 1955 es el primer año dorado de Blume, el año de campeón de los Juegos del Mediterráneo, el año que desbancó al egipcio Ali Zaki, al italiano Frigone; a los franceses Dot, Mahirot y Changeat. «Blume ganó las anillas, la barra fija, las paralelas, el caballo con aros y los ejercicios de manos libres.»

co de los seis ejercicios de la gimnasia.

Blume, campeón de los Juegos Mediterráneos, tiene tan sólo veintidós años de edad.

«LE PLUS BEAU ET SCULPTUREL GYMNASTE DU MONDE»

El nombre de Blume no sólo es conocido en el mundo, sino apreciado y solicitado. Empiezan a desfilar por el calendario del campeón español nombres de ciudades, de festivales, de competiciones: Estocolmo, Göteborg, Copenhague, Francfort, Hannover, Roma, París, Bruselas... La máxima puntuación en cada ejercicio gimnástico de diez. Blume vence y convence. Blume, en multitud de ocasiones, sobrepasa los 9,50.

En 1956, Joaquín Blume es proclamado en España «el mejor deportista del año». Y lo será igualmente en 1957. Porque en 1957 es cuando Joaquín Blume conquista el Campeonato de Europa.

Es la sala Pierre de Coubertin, en París, donde están los mejores gimnastas de Europa. Allí los rusos Chakline y Titov, el alemán Gunthard, el suizo Benker, el francés Diot. «Los rusos no se recatan en afirmar que Titov, tercer clasificado en Melbourne, ganará la prueba. No cuentan, al parecer, con Blume. Y el catalán, seguro de sí mismo, fuerte, tenaz y con gran dominio técnico, gana tres de las seis pruebas; queda segundo en dos y cuarto en la otra. Consigue cinco medallas y la admiración del propio Titov, que ha mandado filmar una película del español «para estudiar y copiar los movimientos que realiza con asombrosa seguridad».

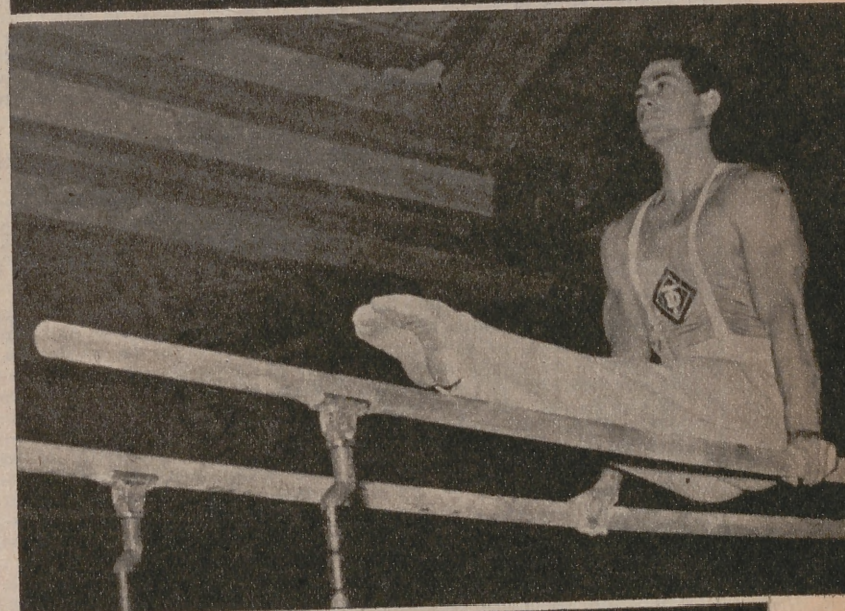
Aquella noche, la sala Coubertin es una sala española. Los padres de Blume, que han ido a ver a su hijo, lloran de emoción. España, la España deportista, la España gimnástica, le vuelve a proclamar el mejor deportista del año. Joaquín Blume, campeón de Europa, es denominado por la revista francesa «Sport & Vie», después de dedicarle varias páginas en color «le plus beau et sculptural gymnaste du monde». Nunca en la sala Coubertin, gimnasta alguno había podido triunfar en más de dos ejercicios; Blume ha ganado en anillas, en pótro con aros y en paralelas.

«NI UN SOLO DIA DEBE UN ATLETA DESCUIDAR EL ENTRENAMIENTO»

Aparte de la alta calidad técnica del campeón desaparecido, la vida de Blume fué un constante ejemplo de pasión por el entrenamiento, por la perfección. Un año antes de conquistar el Campeonato de Europa, cuando todavía no se conocía la no participación de España en la Olimpiada de Melbourne, en un gimnasio resbala Blume y se fractura una pierna. Médicamente se esperaban dos meses de inactividad. Pero Blume, a quien la cercanía de la Olimpiada le acosaba, no quiere perder forma. Con la pierna escayolada no deja ni un solo día de entrenarse. El cuerpo y la técnica del atleta, así se encontraban siempre a punto.



El «cristo en ángulo». Perfección, belleza y técnica en el estilo del campeón de Europa



El malogrado gimnasta español poseía un temple excepcional en los ejercicios sobre las paralelas

Otras de las anécdotas más representativas del llorado campeón tuvo lugar el mismo día de su boda. Mientras los invitados esperaban en el convite, Joaquín Blume acudía una hora al gimnasio. Como él decía, «Ni un solo día debe un atleta descuidar el entrenamiento.»

NI LA MUERTE SEPARA A LOS ESPOSOS

Con el atleta ha muerto su esposa, María Josefa Bonet, deportista y gimnasta también. En el mismo gimnasio se conocieron. Y fueron tejiendo un idilio emulsionado, donde los triunfos de

uno eran, a la vez, íntimas alegrías para el otro. María Josefa Bonet era componente del equipo regional de gimnasia de Cataluña. Y sus virtudes, su afabilidad, su simpatía y también su belleza se hicieron eco y cuna en el corazón del campeón, que compartió aquel amor suyo hacia la gimnasia con otro amor hacia otra muchacha que el 22 de mayo del año pasado, en Barcelona, se convertía en su mujer.

Un año apenas de vida, que ni ha sido separado por la muerte

EL EQUIPO, ROTO

El gran ejemplo de Blume, su



Blume, a su regreso de París, donde conquistó el Campeonato de Europa de gimnasia. A la izquierda del campeón, su esposa

fama, su clase y su simpatía personal hicieron que en Cataluña prosperase un estupendo vivero de gimnastas.

Al regreso del Festival de Viena, preguntado Blume sobre los progresos de la gimnasia olímpica de España respondió:

—Es realmente formidable la tarea que se lleva a cabo. Dentro de unos años tendremos un equipo capaz de acudir a todas las competiciones internacionales y de continuar los gimnastas marileños en sus entrenamientos

creo que arrebatarán a Barcelona la hegemonía que posee en nuestro deporte.

Tres compañeros de equipo han desaparecido con el campeón, con el compañero, con el maestro, con el amigo. Pablo Muller, campeón de Cataluña de primera y segunda categoría; José Aguilar, campeón de Cataluña de tercera categoría, y Raúl Pajares, subcampeón de Cataluña de tercera categoría. Eran compañeros del gimnasio y compañeros de Blume. Iban a Canarias —el úni-

co rincón de España que no había visto actuar a Blume— formando un equipo en el que si la estrella era el campeón, los tres componentes formaban parte de ese vivero que Joaquín Blume, al conjuero de su nombre y de su prestigio, había conseguido crear en Barcelona; en esa su pequeña patria que le viese nacer, allá en 1933, hace veintiséis años; veintiséis años jóvenes y hermosos, truncados en una tarde aciaga del mes de abril de 1959.

José María DELEYTO

HOGAR FIJO Y ESTABLE

EL hogar no son sólo las cuatro verticales paredes que lo forman, ni el color de los ladrillos; ni la amplitud de los ventanales, ni la ubicación de los edificios. El hogar es «la pequeña historia que se esconde en cada rincón», en cada esquina, en cada recuerdo.

Uno de los lazos que más aprietan, de las ataduras que más unen en la familia es la de saberse fijos en la casa, en la vivienda. Ser propietario de las cosas—sobre todo cuando las cosas tienen la importancia vital de la vivienda—hace a las personas sentirse un poco como superiores, felices, en suma, con su grande o pequeño montante de riqueza.

«La armonía de todos está en la paz de un hogar fijo y estable», ha dicho el Ministro de la Vivienda, don José Luis de Arrese, ante los representantes de los Colegios de Agentes de la Propiedad Inmobiliaria de España. Y ante ellos también ha expuesto el señor Arrese los seguros y revolucionarios cau-

ces por los que camina la política constructora española en materia de viviendas. El objetivo futuro del Ministerio de la Vivienda—un objetivo que ya es, sin embargo, realidad en gran parte—estaba en el fomento de la iniciativa privada. «La fórmula ideal, la cristiana, la revolucionaria desde el punto de vista de nuestra propia revolución, es la fórmula estable y armoniosa de la propiedad, donde se hace posible esa meta tan lógica y humana, pero hasta ahora reservada casi de modo exclusivo al privilegio del dinero, de alcanzar que la vivienda sea del que la vive.»

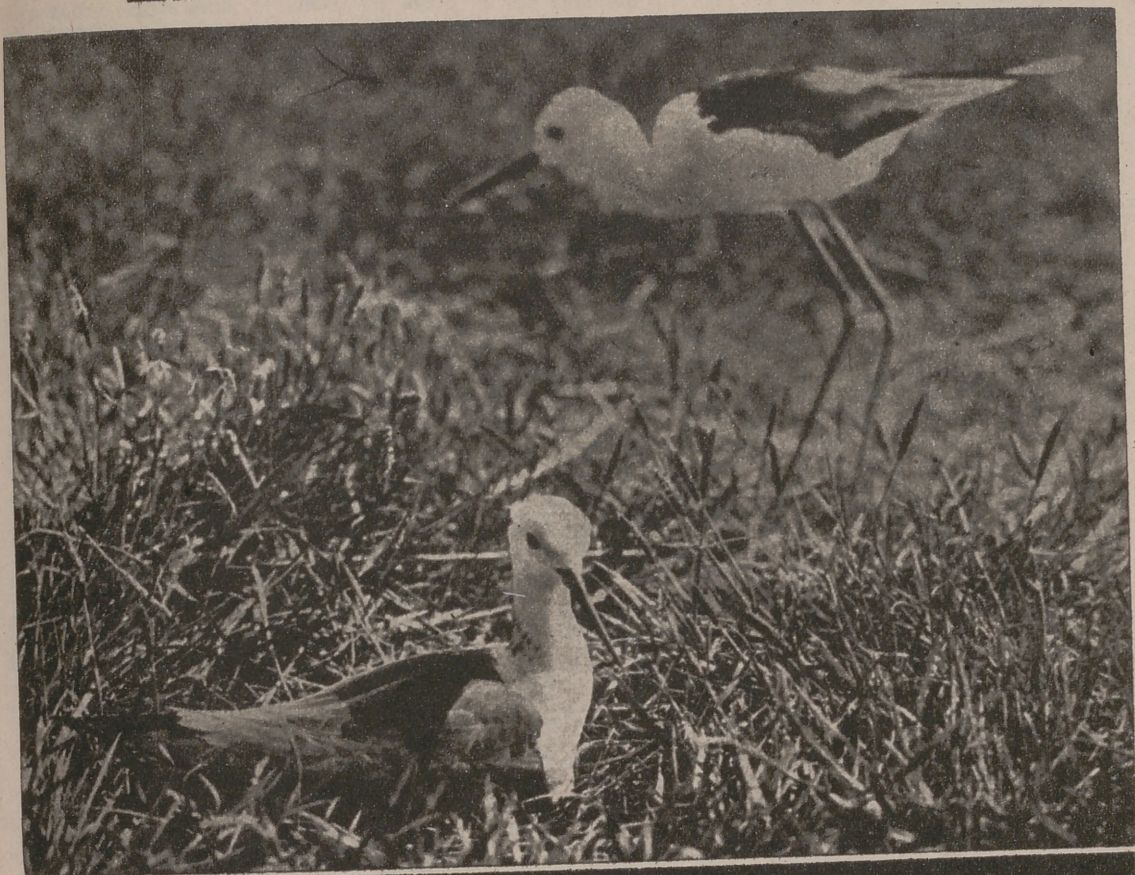
El señor Arrese, pues, ha enunciado el mecanismo en virtud del cual ha de llegarse a que todos los españoles se sientan propietarios del hogar que ocupan. Y este mecanismo para acceder a un hogar fijo y estable, limpio, moderno, cómodo, funcional si se quiere, empleando el término técnico, estaba no en el largo plazo que mata la ilusión, sino en la

legislación que facilite la posesión rápida, fácil y segura. El Ministro de la Vivienda ha expuesto cómo su Departamento considera superado el sistema de «venta limitada» para alcanzar la etapa ideal de «venta limitada». «Venta para que a través de ella se facilite el rápido acceso del hombre, a la propiedad de lo que está más íntimamente ligado a su propia personalidad y a la existencia de su propia familia. Limitada para evitar que el apetito desordenado de alguno malogre este encuentro del hombre con su contorno.»

El pensamiento está expuesto. En su tiempo debido una nueva fase se abre para la vivienda en España.

Una nueva fase, complemento y superación a la vez de las ya desarrolladas. Una nueva fase para una España donde los españoles no sólo dispondrán de hogar, sino que además serán propietarios de ese hogar, símbolo y resumen de la propia existencia.

EL DESIERTO VIVIENTE



Cigüeñuelas, ave zancuda típica de la Marisma

ORNITÓLOGOS DE QUINCE PAISES EN LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR

UN CONGRESO INTERNACIONAL PARA EL ESTUDIO Y PROTECCION DE LAS AVES ACUATICAS

EL Guadalquivir, como la mayoría de los ríos de gran curso del planeta, antes de estrenar la mar en Sanlúcar se estira, ancho y perezoso, cansado ya de espejear los álamos nerviosos y los olivos de media Andalucía. Difiere de otros grandes ríos en que no se abre en delta al morir. Ni siquiera un islote, un penacho de juncias, rompe la lámina parada de sus aguas. Los ramalazos azules de la mar se meten en cuña cauce arriba, sin un escollo que los rompa, culebreando traicioneros entre pequeños remolinos.

Antes, si tuvo delta. Antes, hace dos mil y pico de años. Lo dice Plinio y lo ha comprobado la moderna geología. Mucho más atrás también lo refiere un marino griego de la primitiva Marsella, que escribió el primer reportaje viajero de la historia del mundo.

Tuvo el Guadalquivir delta y, además, albufera, un gran lago cruzado por las naves mercantes tartesias de fondo plano, y por

las balsas y almadías de troncos que bajaban la plata de Sierra Morena hasta el Cádiz de los fenicios.

De todo el ancho brazo desaparecido del Guadalquivir, de todo el gran lago Lígur, que fue escenario del más remoto capítulo de la historia de Europa, hoy sólo

queda el inmenso cadáver estéril de las marismas, las extensas tierras llanas, empantanadas la mayor parte del año, donde sólo la estampa siniestra del toro bravo en la lejanía, junto con

«Charrancito»; el macho trae en el pico un pececillo para alimentar a su cría



caballero andante del garrochista, son los únicos puntos que recorta el horizonte.

La marisma es un desierto, un desierto de agua lechosa en invierno y un mar de tierra en verano; tierra cuarteada y ardiente por el sol, que pega de plano en los mediodías tremendos, en el negro del cielo sin una nube, sin el más tenue velo de vapor de agua que amortigüe algo la feroz calina. La raya perfecta del horizonte vibra entonces en espejismo, y el verdor sin un árbol de las márgenes del río y los caños de desagüe se abren como oasis en medio del fuego yermo de la tierra.

En los meses de lluvia el paisaje cambia. Los caños de las obras de desague no dan abasto a la avalancha de las nubes. La marisma se convierte toda en una inmensa lámina de plata confundida con el río en la distancia. Afloran en ella las manchas de los matujos y los toros navegan hambrientos, con el agua hasta la barriga, en busca de un «lucio» cualquiera, de una leve altura donde los garrochistas les acarrean algo de pienso.

El gran desierto de la marisma cobra entonces vida. Los cañaverales, los manchones de jaguzos y lentiscos de la margen derecha del río, del gran coto Doñana, se pueblan todos de chirridos, de graznidos de pájaros acuáticos que desde los fríos del norte de Europa eligen el Guadalquivir para invernar. Es hermoso el espectáculo. En las mañanas de sol brincan de rama en rama, se hunden en las aguas, escarban, remontan el vuelo y en bandadas saltan hacia otra mancha, hacia cualquiera de las charcas del interior del coto.

CITA DE ORNITÓLOGOS EN JEREZ DE LA FRONTERA

Doñana es una de las mayores reservas de aves y caza más importantes de Europa. Sus características geográficas y climatológicas lo hacen ideal para infinidad de especies animales, lo

mismo aves que mamíferos. Separado del mar por la playa de Arenas Gordas, con parte de monte, de lagunas y marismas, se dan en él especies ya desaparecidas de todos los sitios. A la gran abundancia de piezas venatorias — jabalíes, corzos, gamos, ciervos, etc.—une el gran interés de albergar, por ejemplo, ejemplares de linces, el feroz gato montés, y de melón, una variedad de la mangosta.

Pero el gran tesoro del coto Doñana son las aves: el águila imperial, la culebrera, la curruca cabecinegra, el alcaudón real y común, el buitrón, el chotacabras pardo y, sobre todo, la inmensa variedad de aves acuáticas, zancudas unas, palmípedas, todas de plumajes vistosos, como los flamencos y patos reales, o pardos y grises, para confundirse con los cielos y los pantanos.

El mundo animal de las marismas en primavera es fabuloso, y aun en verano, en la parte de charcas del coto. La vasta extensión es todo un verdadero paraíso para los ornitólogos, para los enamorados de la vida y costumbres de las aves, de sus misterios y sus dramas. De vez en vez, un equipo de naturalistas llega hasta el coto. Instalan las cámaras de teleobjetivo al pie de las lagunas y se encierran en los «puestos» para su inofensiva caza. Al final, un carrete de fotografías, una película, un rollo de cinta magnetofónica con los cánticos de celo de las aves registrados, es el único trofeo. A veces, ni esto. Tras pasarse horas y horas muertas con los prismáticos observando la ronda de un ánade antes de posarse en el nido, o el paso en cuadrilla de las fochas o las cigüeñas, sólo la satisfacción de unos cuantos apuntes rápidos en un cuaderno de notas; después, los datos valdrán para un trabajo que publicará una revista de ornitólogos, una revista desconocida por casi todo el mundo, y que número a número va escribiendo, sin embargo, los pasos de la historia de la ciencia.

Un nuevo grupo de ornitólogos

ha visitado en estos días el coto Doñana. Eran nada menos que de los miembros del Comité Internacional para el Estudio de las Aves Acuáticas, que se han dado cita en Jerez de la Frontera para celebrar su reunión anual. Patrocinado por el Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza, representantes de quince naciones —entre ellos don José A. Valverde, del Instituto de Acimatación de Almería y delegado de España—han expuesto interesantes Ponencias científicas sobre el tema y han resumido sus conclusiones en un informe de gran alcance para las actividades ornitológicas de todo el mundo.

El Comité Internacional para el Estudio de las Aves Acuáticas (International Wildfow Research Bureau) es un Organismo con sede en Londres que tiene por finalidad expresa, como su nombre indica, coordinar las investigaciones y protección en todas partes a esta importante rama de la ornitología. Nació la Institución como resultado de diferentes informes de numerosas Sociedades científicas y cinegéticas, que indicaban una rápida desaparición en Europa y América de numerosas especies de aves.

Hace bien poco ha podido comprobarse cómo la «grulla trompetera» norteamericana ha desaparecido de las lagunas de los Estados Unidos: sólo dos ejemplares se conservan vivos en el Parque Zoológico de Nueva Orleans. Cosa parecida ha ocurrido con el ganso de las islas Hawaii, variedad de la que se calcula, todo lo más, deben existir en dicho archipiélago unos cincuenta ejemplares. En la Península el panorama es bastante parecido. En la Albufera de Valencia ha desaparecido completamente el calamón, igual que en el pantano portugués de Gollega. Lo mismo se puede decir del faisánido «Francolinus Francolinus», así llamado por los naturalistas, que hace dos siglos era común en la Dehesa de Valencia, y de las «golondrinas de mar» de nuestras costas, que hoy sólo se hallan en las marismas del Guadalquivir y otros contados sitios de la Península. Precisamente sobre estas últimas aves se halla en trance de publicación un interesante trabajo que descubre lo fascinante de su azarosa vida. El autor es don Francisco Bernis, catedrático de la Facultad de Ciencias y eminente autoridad en la Ornitología, a cuya amabilidad debo la mayoría de los datos del presente reportaje.

LAS MARISMAS. VIVERO INMENSO DE AVES ACUÁTICAS

La desecación de los pantanos y su aprovechamiento para la agricultura, las repoblaciones de bosques y, sobre todo, la caza sin cuartel de estas especies durante muchos años han extinguido para siempre estas hermosas especies animales. El problema es difícil. Por una parte, todos los países necesitan bosques y más bosques para suministrar celulosa a sus fábricas. Se impone, además, sanear y beneficiar todas



Polluelos de águila perdicera, especie común en el Coto Doñana. En primer término, un lagarto llevado al cubil por los padres

Coto
ue
In-
las
ado
para
tro-
nal
pre-
nes
ver-
ción
pa-
otes
te-
clu-
i-
rri-
r a
cas
Re-
mo
ene
su
in-
to-
ra-
la
di-
sas
éti-
da
mé-
de
mp-
pa-
Es-
la-
ar-
ns.
el
lo
ar-
m-
no-
la
pa-
la-
mo
do
asi
que
la
go-
ras
en
y
cas
ce
ra-
ate
es
ti-
y
ni-
bo
re-
O
os
la
de
in
te
a-
e-
li-
os
s
o-
e-
as



Una inmensa bandada de ánades emprende el vuelo

las tierras estériles para nuevos cultivos, para suministrar alimentos al número siempre creciente de hombres. Y los seres inferiores de la Creación pagan las consecuencias.

El problema es, en parte, parecido al que hace ya años se planteó en África, en el corazón de las selvas vírgenes. Más cada vez, acudían los cazadores en busca de colmillos de elefantes, de pieles de leones y otros grandes mamíferos, y se daba muerte muchas veces a las cebras y a las inofensivas jirafas, sólo por el placer de hacer puntería con el rifle. Hubo de ser reglamentada la caza y destinar una vasta extensión a Parque Nacional de Reserva. Sólo así ha sido posible conservar numerosas especies animales en trance inmediato de desaparición de toda la superficie del Planeta.

En otros lugares del mundo se ha procedido igual. Bien conocidos son por postales y noticiarios cinematográficos los Parques Nacionales de los Estados Unidos y algunos de Europa. En nuestra Patria el Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza ha hecho mucho en este orden en los últimos años. Por vez primera en España se han acotado vastas extensiones de terreno propiedad del Estado, creándose el Parque Nacional, como el de Gredos, donde mora la «capra hispanica» y el rebeco; el de Covadonga, Picos de Europa, Ordesa y San Mauri de Agües Tortes.

Pero no es bastante. Son necesarios, además, Parques para la conservación de aves, de aves acuáticas principalmente, dadas

las particulares características de estas especies, tan numerosas en muchas lagunas y ríos españoles hace sólo treinta años y hoy refugiadas casi exclusivamente en las marismas del Guadalquivir. Como referencia de la importancia de Doñana puede servir el siguiente dato: A principios de junio del año 1956, el eminente ornitólogo suizo Bengt Flach visitó el coto Doñana durante siete días. En tan breve espacio de tiempo tuvo ocasión de observar justamente ciento sesenta y una especies distintas de aves, la mayoría acuáticas. Entre otros consiguió fotografiar varios ejemplares de «moritos», ave rarísima en Europa, así como numerosísimos ánades. Otras aves acuáticas fotografiadas fueron la «malvasia», con su característica cola, y una fabulosa colonia de garzas con más de veinticinco mil ejemplares.

Otros naturalistas, tanto españoles como extranjeros, han confirmado esta abundancia de especies ornitológicas en el coto Doñana, lugar realmente privilegiado en todo el mundo. Ahora los quince representantes asistentes al Congreso Internacional celebrado en Jerez de la Frontera han quedado igualmente maravillados. Doñana es un vivero único en el mundo que merece con toda urgencia ser declarado Parque Nacional. Las escuadrillas en flecha de los ánades y gallaretas en el cielo, la llama de nieve y grana de los flamencos alineados batiendo sonoramente el aire es por sí sola una estampa que justifica con creces cuanto por la marisma se haga. Sólo allí, en las soledades de la inmensa llanura,

cobra toda su belleza salvaje, su grandioso marco único.

CAZADORES CON TOMAVISTAS Y CAMARAS CINEMATOGRAFICAS

El problema de la creación de Parques Nacionales es de mero sentido de distribución de riqueza, de valoración auténtica de los tesoros de un país al margen de cuentas de hectáreas y fanegas de trigo en la frialdad de unos números. Hoy se tiende a repoblar todas las tierras posibles con bosques de eucaliptos, que moderan lo riguroso de los cambios climatológicos y producen en un tiempo record abundante madera y celulosa. También se tiende—y es natural y elogiable que así sea—a desecar toda clase de marismas y pantanos, a meter en ellos los tractores armados de grandes cuchillas en el morro para levantar matujos y preparar a marchas forzadas terrenos para surcos y sementeras.

Se habla ahora de sanear y beneficiar de una vez para siempre todas las inmensas marismas del Guadalquivir. Ello representaría una gigantesca conquista para la economía española. Arrozales inmensos, plantíos de algodón, inmensos bosques de eucaliptos, patatales, huertas feraces alimentadas por el río en tierras de siempre estériles, yermas desde hace milenios. Pero, a la vez, se daría muerte sin querer a toda la gran fauna y flora de la zona, que también es riqueza, patrimonio de nuestra Patria.

El eucalipto es un árbol exótico en nuestro paisaje, un árbol

importado de Australia cuya única ventaja es la de crecer muy de prisa y proporcionar abundante materia prima celulósica. Pero nuevos pájaros, nuestra fauna más auténtica lo desprecian. Es raro que alguna vez un pajarillo cualquiera anide en él. Es raro también verles cantar en sus ramas sarmentosas, de fuerte olor, lanzando al aire alegremente sus trinos de celo. Donde se plantan eucaliptos, por regla general, el pájaro huye, busca otros parajes o desaparece para siempre.

Lo mismo ocurre en las zonas pantanosas que se sanean. Las aves acuáticas, de vistosas plumaje; las zancudas, con sus patas le bambú; los ánades y patos, n. tienen nada que hacer. Buscar nuevos refugios y desaparecen para siempre del paisaje.

El problema es—a en reglamentar todo esto, en saber cuál ha de ser la superficie de tierras que debe ser destinada a cultivos y cuál a Parques de Reserva. Es lo mismo al edificarse una ciudad. La tendencia de los propietarios de solares es siempre la de edificar todo lo más posible, sin dejar un solo espacio para jardines o glorietas con árboles. Pero las glorietas llenas de sombra, donde los niños juegan, y los jardines, son también necesarios para el hombre. Las llamadas «zonas verdes» en el conglomerado de una ciudad cuentan tanto como los bloques funcionales de viviendas.

En verdad, una zona de reserva para aves acuáticas en el bajo Guadalquivir sólo necesitaría una extensión pequesísima comparándola con la vasta superficie de las marismas. Desde el cortijo de «Las Nuevas», en la margen derecha del río, hasta la playa estéril de Arenas Gordas, sería el lugar más indicado por los expertos. Los flamencos, ánades, patos en todas sus variedades, fochas y la serie interminable de pequeñas y medianas aves acuáticas—andarríos, combatientes, correlinos, archibebe, gaviotas, golondrinas de mar, agujas, abocetas, cigüeñuelas, etc.—, las aves de pico ganchudo o largo, de patas finísimas como juncias o planas como remos; los cientos de aves de ojos traviesos y siempre despiertos, que saben del limo de los pantanos, de los escondites entre las plantas del agua; también de los cielos de otros países y lejanas tierras tendrían pa-

ra siempre lugar único para recalar en sus migraciones, para plantar el cóchon tibio de sus nidos, para lanzarse al aire graznando alegremente gritando al viento la alegría de su vida, el milagro cotidiano y fascinante de la Creación.

El gran Parque supondría una reserva de toda la fauna y flora de la zona, y aun de otras latitudes, dado el régimen de migración de las aves; un verdadero Museo de Historia Natural viviente, a la par que un fondo permanente para la caza.

De paso, vale decir que en la mayoría de los países europeos está muy superado ya el concepto clásico de «caza», incluso en España. Hoy son muchos los cazadores que se echan al monte o a las marismas y se contentan con fotografiar o contemplar lo más cerca posible la pieza. Fueron muchos los que empezaron con una escopetilla bajo el brazo y una canana al cinto y terminaron trocando el arma por un tomavistas. Con perdón de Ortega y Gasset, este moderno tipo de caza no se nos antoja, ni mucho menos, como un sibaritismo o degeneración de la clásica. Quizá podría hablarse de caza, de caza auténtica, cuando el hombre salía al campo armado de una honda o, todo lo más, de un arco y un carcaj, y rastreando y husmeando los sotos descubría la pieza, a la que hacía lo imposible por cobrar, entre otras cosas porque la necesitaba para comer.

Hoy, cuando con una moderna escopeta «del doce» se da muerte a un inocente pajarillo, a una de esas avecillas tiernas que hechas un bolo de plumas sangrientas caen a nuestros pies, el más duro de corazón experimenta siempre un remordimiento, un no se sabe qué, ante la desproporción entre lo mortífero de los medios que tiene en su mano y la candidez mágica del ejemplar derribado, que ya nunca más volverá a volar. El conde de Yebe, cazador nato, habla mucho de esto en su libro famoso de venatoria. Y lo dice pensando en la caza mayor, en los hermosos ciervos y rebecos, cuya cuerna es el más vistoso trofeo que un cazador puede colgar en su casa.

LA PRIMERA SOCIEDAD ORNITOLÓGICA ESPAÑOLA

En todo el mundo la protección

a las aves es ya algo común, no sólo entre los medios científicos. Desde que en 1865 se fundó el Instituto Ornitológico de Budapest se ha incrementado notablemente en todos los países el interés por las aves. Son numerosísimas las Sociedades extranjeras dedicadas a investigar sobre la migración, el régimen de vida y costumbres de las aves acuáticas y de todas, en general. Este movimiento de protección no es sino una faceta más del interés general por conservar y proteger la Naturaleza. El Organismo supremo de todas estas actividades es la Unión Internacional de Protección a la Naturaleza, creado en 1948 con el apoyo de la Unesco.

En España nació oficialmente la primera Institución dedicada exclusivamente al estudio de las aves en la primavera de 1954. La Sociedad Española de Ornitología inició sus tareas justamente con setenta socios en toda España. Hoy cuenta con más de trescientos, entre los que se hallan naturalistas puros, taxidermistas, pintores enamorados de la Naturaleza, muchos cazadores, todos aficionados hasta el tuétano a la aventura pacífica de controlar el vuelo de las aves con los prismáticos, para después enviar una comunicación a la sede de la Sociedad, que sirve intercambio con otras de los más diversos países.

El anillado de aves es una de las más importantes misiones que realiza la Sociedad. Ya antes venía efectuando esta científica actividad la Sociedad «Aranzadi», de San Sebastián—que ha llegado a controlar a una garceta anillada en el coto Doñana cerca de Port of Spain, junto al litoral de Venezuela—, y continúa hoy en sus tareas. La Sociedad Española de Ornitología, por su parte, organiza con esta finalidad periódicamente excursiones a los diversos puntos de confluencia y cita de aves en la Península, principalmente a Doñana, y efectúa numerosísimos anillados de polluelos de las más variadas especies. Después llegan las cartas desde los más diversos lugares, y poco a poco se trazan así las rutas de las aves y con sus estaciones y etapas más importantes a lo largo del año.

El Congreso celebrado ahora en Jerez de la Frontera ha representado una importante contribución al mundo de la ornitología. Entre los más destacados representantes extranjeros se hallaba el doctor Hindle, de la Academia de Historia Natural de Londres; el profesor Ohigi, de la Academia Pontificia y ex rector de la Universidad de Bolonia; doctor Drost, ex director de la estación de anillamiento de Helligoland (Alemania); miss Barkay-Smith y Mr. Olivier, secretarios generales del International Wildfowl Research Bureau; doctor Benzon, director del Museo de Ciencias Naturales de Copenhague; doctor Hoffman, director de la estación belga de anillamiento y estudios ornitológicos de



Entre los juncos y pastos de los «lucios», las aves acuáticas construyen sus nidos.

Tour du Valat; M. Edmond Blanc, secretario general del Consejo Internacional de Caza, y otras personalidades del mundo científico.

El representante español, don José A. Valverde, una de las primeras autoridades de la ornitología, en unión de don Alberto Durán Tejera, director del Parque Zoológico jerezano de Tempul—el tercero de España, después de los de Barcelona y Madrid—organizó visitas documentales a los lugares frecuentados por las aves acuáticas de la comarca, en re ellas la excursión al coto Doñana, que tan imborrable recuerdo ha dejado en todos los congresistas.

Doñana, en verdad, es un paraíso fabuloso; un nidal de kilómetros y kilómetros, donde toda la fauna andaluza tiene asiento, lo mismo que infinidad de especies de aves emigrantes. El Parque Zoológico de Jerez se suministra principalmente de este inmenso vivero, contando así con una colección de aves y mamíferos típicos realmente excepcional. Toda lograda en escasos años de trabajo y celo constante.

Un día llegará en que la marisma toda será campo de arroz, maizales, barbechos y sementeras cortados por una gran red de canales de desagüe mayor aún que la actualmente existente. Las tierras cuarteadas por el sol del verano, las tierras pantanosas del otoño e invierno serán útiles otra vez al hombre, como en los días lejanos cuando fueron fondo del gran lago Ligur de la desembocadura del Guadalquivir. Para entonces es de esperar se haya sabido respetar la zona verde del coto, solar casi único en la Península de las especies de aves acuáticas que buscan refugio en nuestras latitudes de los fríos del Norte. Los flamencos, las garzas, los ánades venidos a veces desde Groenlandia, tendrán en España siempre agua y cielo para su vida. Formados en flecha, alineada la raya roja de los flamencos en vuelo, otra vez los veremos partir y, como las cigüeñas, de nuevo buscar sus viejos nidos.

Es el ciclo eterno de la vida, la vida emigrante de las aves acuáticas. Algunos no volverán; pero sus hijuelos sabrán retornar, guiados por el radar de su maravilloso instinto, sorteador de tormentas y nevadas cordilleras. Veremos volver las bandadas, sus escudrillas, de paz, batiendo alegremente los vientos, para zambullir otra vez gozosos en las aguas marismefias y anidar en los matamos alucios, junto a las ranadas de toros sedentarios.

Tal vez esto parezca sensible, a veces melancólica en tiempos de rife y ojo rápido. Pero siempre hay quien saluda a las aves viajeras, a las cigüeñas que cada año berdican con sus crías los viejos campanarios; a los ánades y flamencos que raudos por el cielo desfilan trayendo vientos de otras tierras, flejes como nadie a su ciclo de puesta y cría, puntuales en la exacta cita que marca su calendario vivo de nubes y estrellas.

Federico VILLAGRAN
(Fotos Archivo de la Sociedad Española de Ornitología.)

EVOLUCION EUROPEA

N el curso del último quinquenio las perspectivas de Europa han experimentado una transformación sustancial. Sólo en estos cinco años, Europa ha avanzado más hacia la unidad que en todo un vasto periodo anterior, que abarca varios siglos y se remonta acaso a la misma aparición del nacionalismo político. Desde muchos puntos de vista, éste es uno de los primeros y más trascendentales fenómenos históricos de nuestro tiempo. Negarlo sería sencillamente pueril, y empeñarse en desconocerlo sólo conduciría al ridículo.

Este proceso de unificación o de integración europea tiene, como es lógico, varias vertientes. No faltan quienes insisten en minimizar la importancia de los éxitos alcanzados hasta aquí en la vertiente política. A nuestro juicio, esta apreciación es, en el mejor de los casos, muy aventurada. Basta contemplar el grado de coordinación alcanzado por la política exterior de Francia y de la Alemania Occidental para convencerse de ello. Esa coordinación, amplísima, activa y eficaz, hubiera parecido hace sólo diez años una simple quimera. Hoy es una realidad incuestionable y esperanzadora desde el punto de vista del futuro europeo.

Es forzoso reconocer, no obstante, que en la vertiente económica los éxitos han sido más concretos y sustantivos. La Euratom, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la O. E. C. E. y, por último, los Tratados de Roma de 1957, en los que fue creado el Mercado Común Europeo, entrañan, como es sabido, los jalones más destacados de esos éxitos. La entrada en vigor, a principios del año actual, del Mercado Común Europeo, representa un verdadero acontecimiento de la historia europea. No es atrevido afirmar que con él comienza una nueva etapa, de alcances y posibilidades insospechados, para nuestro viejo continente. Con el Mercado Común Europeo, efectivamente, se ha iniciado un proceso de reestructuración económica de la mayor trascendencia, un proceso de restauración ante el que no pueden permanecer indiferentes ninguno de los países de la Europa Occidental. De ahí el enorme, decisivo interés que para España ofrecen estos hechos.

El Caudillo, en sus recientes declaraciones al director del periódico "Pueblo", lo ha destacado admirablemente con unas palabras certeras y exactas. "Hay una corriente y una evolución de los pueblos de Europa —ha dicho— a la que tenemos que incorporar nos de acuerdo con

nuestros intereses." En estas palabras queda resumida la actitud de nuestro país ante la presente trayectoria histórica europea. Una actitud que implica también en la vida de nuestro país una coyuntura histórica.

El viejo aislacionismo decimonónico, que ha configurado las relaciones intereuropeas, bien dicho, hasta la última conflagración mundial, hemos de considerarlo definitivamente rebasado. Europa, desde el punto de vista de su desenvolvimiento histórico, ya no puede continuar en espaldas a sí misma, ya no puede seguir entregada a su viejo y triste juego segregacionista. En la actual problemática del mundo, referirnos tanto a las cuestiones culturales como políticas y económicas, la necesidad de su propia unificación se ha convertido en algo insoslayable y vital. Para subsistir necesita unirse, necesita coordinar todos sus esfuerzos y aprovechar de la mejor manera todas sus posibilidades. Emparedada entre los gigantes ruso y norteamericano, sus viejas rivalidades han venido a convertirse en un tóxico nocivo que podrá provocar en un plazo no muy lejano su propia asfixia.

Hemos de reconocer que la evolución de los pueblos de Europa a que se refería el Caudillo ha sido determinada en gran parte por esa realidad histórica de nuestro tiempo. Es un bien, al menos para nosotros los europeos, originado por los grandes acontecimientos de los últimos años, tan prósperos, por otra parte, en hechos trágicos y luctuosos. Un bien en potencia, puesto que los pueblos europeos han de saber aprovecharlo positivamente. Cualquier confusión a este respecto puede tener consecuencias graves. Europa, que es, sobre todo, una comunidad espiritual y cultural, pese a que muchas páginas de su historia parecen negarlo, ha de convertirse también en una comunidad política y económica. Esta meta es fundamental desde el punto de vista de su futuro. Y ha de alcanzarse sin mengua de la personalidad e incluso de los intereses legítimos de cada uno de los países que la integran. Ha de alcanzarse, como decía el Caudillo con respecto a España, de acuerdo con los intereses de cada uno de ellos. Esta puede ser otra gran hora de Europa. Y para nuestra España renacida puede serlo también, porque después de un largo período crepuscular está de nuevo en forma para incorporarse a las grandes corrientes históricas europeas, como sucediera en las más altas ocasiones de su pasado.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

EL DESIERTO VIVIENTE

ORNITOLOGOS DE QUINCE PAISES EN LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR

UN CONGRESO INTERNACIONAL
PARA EL ESTUDIO Y PROTECCION
DE LAS AVES ACUATICAS

